

SOBERANÍA ALIMENTARIA:

AGROECOLOGÍA, SEMILLAS Y "GENTRIFICACIÓN" DE LO RURAL

EVERALDO LAMPREA
(COORD.)

SOBERANÍA ALIMENTARIA:
AGROECOLOGÍA, **SEMILLAS**
Y "GENTRIFICACIÓN"
DE LO **RURAL**

COLECCIÓN ESTUDIOS CIJUS

La Colección Estudios CIJUS publica investigaciones que aplican herramientas de diversas disciplinas al análisis de distintos temas. Impulsada por el Centro de Investigaciones Sociojurídicas de la Universidad de los Andes, la colección difunde perspectivas y metodologías novedosas que promueven debates de relevancia pública.

SOBERANÍA ALIMENTARIA:
AGROECOLOGÍA, **SEMILLAS**
Y "GENTRIFICACIÓN"
DE LO **RURAL**

EVERALDO LAMPREA MONTEALEGRE
(COORDINADOR)

Soberanía alimentaria: agroecología, semillas y "gentrificación" de lo rural / Everaldo Lamprea Montealegre (coordinador). – Bogotá : Universidad de los Andes, Facultad de Derecho, Ediciones Uniandes, 2017.
120 páginas; 15 x 24 cm.

Otros autores: Ana María Garcés Escobar, Juana Martínez Quintero, Felipe Macía, Cristina Consuegra, Libardo José Ariza Higuera.

ISBN 978-958-774-490-3

I. Derecho a la alimentación 2. Seguridad alimenticia 3. Agricultura biológica – Colombia – Estudio de casos I. Lamprea Montealegre, Everaldo II. Universidad de los Andes (Colombia). Facultad de Derecho.
CDD 344.033

SBUA

Para citar este libro: <http://dx.doi.org/10.15425/2017.02>

Primera edición: abril del 2017

- © Everaldo Lamprea Montealegre (coordinador)
- © Ana María Garcés Escobar, Juana Martínez Quintero,
Felipe Macía, Cristina Consuegra, Libardo José Ariza Higuera.
- © Universidad de los Andes, Facultad de Derecho

Ediciones Uniandes
Calle 19 n.º 3-10, oficina 1401
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 3394949, ext. 2133
<http://ediciones.uniandes.edu.co>
infeduni@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-774-490-3
ISBN e-book: 978-958-774-491-0

Corrección de estilo: Alejandra Muñoz
Diagramación interior: Claudia Rodríguez
Diseño de cubierta: Alejandro Ospina
Imagen de cubierta: tomada de <https://pixabay.com/en/users/ryj1116-3608554/?tab=about>, autor ryj1116

Impresión:
Xpress Estudio Gráfico y Digital S. A.
Carrera 69 H n.º 77-40
Teléfono: 6020808
Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación
Reconocimiento como Universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964.
Reconocimiento personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949 Minjusticia.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	9
Everaldo Lamprea Montealegre	
HACIA UNA POLÍTICA ORGÁNICA Y AGROECOLÓGICA EN COLOMBIA	23
Ana María Garcés Escobar	
Juana Martínez Quintero	
ORGÁNICA, RED DE CAMPESINOS: UN ESTUDIO DE CASO SOBRE AGROECOLOGÍA Y MERCADO ORGÁNICO	45
Felipe Macía	
SEMILLAS DE PERMANENCIA. EL LUGAR DE LAS SEMILLAS PARA LOS CAMPESINOS DE LOS MONTES DE MARÍA	67
Cristina Consuegra	
VIVIR EN LA FINCA. ECOBURGUESÍA Y GENTRIFICACIÓN DEL MUNDO RURAL	95
Libardo José Ariza Higuera	

INTRODUCCIÓN

Everaldo Lamprea Montealegre

DE LA SEGURIDAD A LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

El sustento académico de este libro se encuentra en dos literaturas distintas, aunque estrechamente interrelacionadas. Por un lado, los estudios sobre el *derecho a la alimentación* y a la *soberanía alimentaria* y, por otro lado, la literatura que aborda los *impactos ambientales, sociales y culturales* de la agroindustria.

El derecho a la alimentación se materializa “cuando todo hombre, mujer o niño tiene acceso físico y económico, en todo momento, a la alimentación adecuada o a medios para obtenerla” (ONU, DESC, 1999). Este derecho se encuentra relacionado con la seguridad alimentaria de la población, pues la realización del derecho se da cuando el Estado tiene la capacidad de ofrecer alimentos suficientes a sus ciudadanos, esto es, cuando puede garantizar la seguridad alimentaria de la población de manera sostenida. Existe, entonces, un vínculo íntimo entre el derecho a la alimentación y la *seguridad alimentaria*, entendida como el estado en el que “todas las personas tienen acceso en todo momento (ya sea físico, social y económico) a alimentos suficientes, seguros y nutritivos para cubrir sus necesidades nutricionales y las preferencias para una vida sana y activa” (FAO, 2011).

Con el objetivo de alcanzar mayores niveles de seguridad alimentaria global se implementaron, después de la Segunda Guerra Mundial, un sinnúmero de políticas públicas encaminadas a fomentar la agroindustria, la cual era considerada el mecanismo óptimo para solucionar los problemas de seguridad alimentaria y sostenibilidad de la producción agrícola (León, Martínez, Espíndola y Schejtman, 2004, pp. 41-42). Uno de los efectos de este fenómeno, ampliamente conocido como la Revolución Verde, fue promover una economía agrícola de gran escala y de monocultivos que, aunque logró mitigar algunos problemas de inseguridad alimentaria a través de la producción masiva de alimentos, también destruyó un

legado histórico y cultural basado en las semillas tradicionales, la producción a pequeña escala, los policultivos y las cadenas cortas de producción. Con el avance apabullante de la revolución verde a escala global, el pequeño productor se vio desplazado del mercado agrícola, y se convirtió en un agente vulnerable y dependiente de las empresas agrícolas de insumos o de los supermercados de grandes superficies (Bourne, 2015).

Por otra parte, el triunfo de la Revolución Verde vino acompañado de daños ambientales de escala global y local (Pollan, 2007, p. 131). Desde una perspectiva ambiental, la agroindustria, en tanto método productivo, tiene tres grandes impactos negativos (FAO, 2003). Primero, es un método con un uso intensivo de químicos en la cadena de producción que afectan la composición natural del suelo. Segundo, la agroindustria favorece el monocultivo en grandes extensiones de tierra en detrimento de la biodiversidad (Cuthbertson, 2011). Finalmente, este método incentiva el calentamiento global en tanto que, según datos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), la agroindustria produce más del 20 % de las emisiones de gases efecto invernadero (OCDE, 2001, p. 3).

Además, la tendencia hacia el monocultivo y a la uniformidad genética promovida por la Revolución Verde vino acompañada por un discurso sobre el Sur Global como un lugar rico en biodiversidad, pero despojado de tecnología, donde los pequeños productores utilizaban semillas tradicionales y métodos de producción preindustriales que no garantizaban niveles óptimos de seguridad alimentaria (Nazarea, 1998). Como lo ha mostrado Shiva, en el subcontinente indio, África y Latinoamérica la implantación de la Revolución Verde ha sido utilizada como un mecanismo para desvertebrar las culturas tradicionales campesinas y para promover un mercado favorable para grandes corporaciones de semillas y de insumos químicos. En cuestión de décadas, países como Colombia han pasado a ser receptores de métodos agrícolas “costo-eficientes” y de semillas genéticamente modificadas cuya propiedad no reside en las comunidades tradicionales de campesinos, sino en corporaciones y conglomerados como Monsanto o Syngenta (Nazarea, 2005).

Pero pese al desplazamiento que ha sufrido por parte de la agroindustria, el pequeño productor sigue siendo el principal proveedor de alimentos para el consumo humano. Según datos de Altieri (1995, 2015), el 70 % de la tierra arable a escala mundial está sembrada con cultivos comerciales o *commodities* —los cuales producen principalmente biomasa, pero no alimentos consumibles por los seres humanos— mientras que el 30 % pertenece a pequeños y medianos productores, quienes cultivan entre el 50 % y el 70 % de los alimentos destinados al consumo humano. Estos pequeños y medianos productores representan aproximadamente 1500 millones de familias que tienen alrededor de 1,9 millones de variedades diferentes de cultivos (Altieri, 1995, 2015).

En Colombia, como en muchos otros países del mundo, el pequeño productor agrario sigue representando un porcentaje importante de la población. Según datos de la Misión para la Transformación del Campo, el 30 % de la población colombiana vive en áreas rurales. Actualmente hay 2,9 millones de productores en edad de trabajar que son pequeños productores¹, lo que equivale a que cerca del 72 % del total de la población rural se encuentra en edad de trabajar. Las cifras productivas del sector del agro en Colombia muestran cómo el porcentaje de producción agrícola que proviene del pequeño productor oscila entre el 50 % y el 68 % del total (Leibovich, Botello, Estrada y Vásquez, 2013, pp. 187-231).

Pero a pesar de representar a la mayoría de la población rural en edad de trabajar y de ser la fuente de al menos la mitad de la producción agrícola en Colombia, los pequeños productores agrícolas constituyen uno de los grupos humanos más desprotegidos y vulnerables del país. El reciente Censo Nacional Agropecuario del DANE indica que para el 2015 el índice de pobreza multidimensional en el campo colombiano era del 44,7 %, lo cual equivalía al doble del promedio nacional (21,9 %) y aproximadamente al triple de los sectores urbanos (15,4 %). Este mismo censo encontró que el 20 % de la población rural entre los 5 y 16 años, y un 72,6 % de la población entre los 17 y 24 años, no tenía acceso a la educación. Además, un 11,5 % de los habitantes del campo son analfabetas. Este instrumento también determinó que más del 80 % de los productores no contaban con maquinaria o infraestructura agrícola, mientras que más del 90 % de los campesinos encuestados aseveró no tener asistencia técnica por parte del Estado (DANE, 2015).

Finalmente, según la evidencia disponible el modelo de agricultura industrial no ha logrado mejorar la seguridad alimentaria global (Rivera, 2012, pp. 162-175). Por ejemplo, pese a que Colombia ha adoptado un método agroindustrial orientado a garantizar la seguridad alimentaria de la población, según cifras recientes del Gobierno colombiano —compiladas por el Observatorio de Seguridad Alimentaria y Nutricional (OSAN)— el 42,7 % de los hogares colombianos tiene problemas severos, moderados y leves de seguridad alimentaria. Además, en el periodo 2005-2010, la Encuesta Nacional de la Situación Nutricional en Colombia (Ensin) registró un aumento del 1,9 % en la prevalencia de la inseguridad alimentaria a escala nacional².

En respuesta a la incapacidad de la agricultura industrial para resolver los problemas de seguridad alimentaria, se ha venido consolidando una aproximación alternativa para abordar problemas como el hambre,

1 Esta cifra fue obtenida de un estudio que define al pequeño productor como aquel que produce en menos de dos hectáreas (Leibovich, Botello, Estrada y Vásquez, 2013, pp. 187-231).

2 Véase Observatorio de Seguridad Alimentaria y Nutricional. Disponible en http://www.osancolombia.gov.co/doc/Documento_tecnico_situacion133220313.pdf.

la desnutrición y la producción agrícola. La insuficiencia del concepto de *seguridad alimentaria* para solucionar efectivamente los problemas tanto de acceso a los alimentos como de falta de poder de los pequeños productores agrícolas fue conceptualizada por primera vez por la Vía Campesina a través de la idea de *soberanía alimentaria*. Esta organización, nacida de un movimiento social global de campesinos, estableció que la seguridad alimentaria depende en últimas de las comunidades que producen los alimentos y del cuidado que se le dé al medio ambiente. De este modo —sostenía la Vía Campesina—, la *soberanía alimentaria* se debe entender como una superación de la idea de seguridad alimentaria, la cual no incorporaba el derecho de las comunidades de mantener y desarrollar su propia capacidad para producir alimentos básicos, respetando la diversidad cultural y productiva así como el medio ambiente (*Vía Campesina*, 1996). La soberanía alimentaria presupone, desde esta perspectiva, la participación directa de las comunidades locales en las decisiones que puedan tener un impacto en los alimentos que producen y en los métodos agrícolas que utilizan (Patel, 2009, pp. 663-706). A lo largo de las tres últimas décadas, el discurso de la soberanía alimentaria ha promovido los mercados locales, las redes de campesinos y la agricultura familiar, privilegiando además el derecho de los consumidores a controlar su propia alimentación y nutrición (*Vía Campesina*, 2007). Dicha perspectiva les da prioridad a la agricultura de pequeños productores, a los policultivos, a las cadenas cortas de distribución y al traspaso colaborativo del conocimiento productivo.

Desde el punto de vista de los *regímenes alimentarios* (*food regimes*) propuesta por sociólogos como Friedmann (1987, pp. 258-276) y Friedmann y McMichael (1989, pp. 93-117) y McMichael (2005, pp. 269-303), el concepto de *soberanía alimentaria* debe enmarcarse dentro del proceso de transición de un régimen mundial de agroindustrialización con efectos devastadores a escala, social y ambiental, a un régimen alternativo de *capitalismo verde* que surge como respuesta a la crisis de una economía global dependiente de combustibles fósiles (McMichael, 2005).

Para McMichael, son tres los grandes regímenes alimentarios que se han experimentado a escala global desde finales del siglo XIX. El primer régimen (1870-1930) fue liderado por países metropolitanos como Gran Bretaña, los cuales incentivaron la importación de productos tropicales provenientes de sus colonias e impulsaron los sistemas nacionales agrícolas de *naciones despensa* como Estados Unidos, Argentina, Canadá y Australia, que a su vez masificaron sus monocultivos y sobreexplotaron lo que quedaba de los suelos vírgenes del Nuevo Mundo (McMichael, 2005).

El segundo régimen alimentario (1950-1970) estuvo marcado por el proyecto de Estados Unidos de redirigir sus excedentes agrícolas a los estados satélites que componían su zona de influencia durante la Guerra Fría. Los subsidios alimenticios que Estados Unidos les otorgó a los

países satélites buscaban promover la industrialización selectiva, así como asegurar la lealtad con el proyecto imperialista estadounidense frente al comunista. Durante este periodo los estados desarrollistas del Tercer Mundo internalizaron el modelo agroindustrial propugnado por Estados Unidos, adoptando estrategias propias de la Revolución Verde tales como la implementación de reformas agrarias orientadas a desactivar la movilización social campesina y a fortalecer las relaciones de mercado en las áreas rurales. A su vez, el complejo agroindustrial corporativo (*agribusiness*) promovió la creación de encadenamientos (*linkages*) entre los sectores agrícolas nacionales de los países satélites y los mercados globales, ansiosos por garantizar la seguridad alimentaria de sus poblaciones a través del complejo industrial de proteínas animales, granos/carbohidratos, soya/proteína y corrales industriales de engorde de ganado (*lot-feeding*) (McMichael, 2005).

En el tercer régimen alimentario (1980-) descrito por McMichael se profundizó el modelo global agroindustrial que surgió de la Revolución Verde y se incorporaron nuevas regiones (Brasil y China, por ejemplo) a los encadenamientos transnacionales de la producción de alimentos. Al mismo tiempo, durante este periodo se consolidó la llamada “revolución del supermercado” para consumidores de altos ingresos dispuestos a pagar altos precios por pescado, vegetales y frutas frescas, lo cual ha conllevado al desplazamiento de millones de pequeños productores por parte de empresas transnacionales de alimentos especializadas en satisfacer la creciente demanda global de alimentos “sanos”.

Como ocurrió en los anteriores regímenes alimentarios, actualmente se presentan diferentes formas de resistencias “localistas” a un complejo global de producción de alimentos cada vez más asediado por sus propias contradicciones en costos de producción, contribución al calentamiento global y producción estandarizada de alimentos de baja calidad. Estas resistencias localistas se manifiestan en movimientos como el de la soberanía alimentaria, la producción de alimentos a través del método agroecológico y orgánico, la promoción de la “comida lenta” (*slow food*) y la agricultura comunitaria (*community supported agriculture*) (McMichael, 2005).

No obstante, como lo señala Friedmann, los actuales focos de resistencia al complejo global de la agroindustria están marcados por las tensiones propias del “capitalismo verde” y por la competencia entre dos sistemas de alimentación que coexisten dentro del mismo régimen alimentario global: por una parte, el sistema de alimentos altamente procesados, baratos y de consumo masivo, intervenidos ingenierilmente (*engineered*) y compuestos por ingredientes “desnaturalizados” recombinados genéticamente; por otra parte, el sistema de alimentos frescos y dirigidos a un público especializado y de altos ingresos, poco procesados y con una baja exposición a químicos (McMichael, 2005). En una lectura menos optimista sobre

los regímenes alimentarios que la de McMichael, Friedmann plantea que el surgimiento del modelo agroecológico y de “capitalismo verde” puede terminar beneficiando a grupos pequeños de personas con altos ingresos, interesadas en sanar sus cuerpos a través de la alimentación o en desarrollar proyectos de vida relacionados con el crecimiento espiritual a través del consumo de productos orgánicos (McMichael, 2005).

“EL TAL PARO NACIONAL AGRARIO NO EXISTE”

El origen de este libro se remonta a los meses de agosto y septiembre del 2013, cuando la movilización social campesina surgida en el marco del Paro Nacional Agrario conmocionó a buena parte del país. Tan solo en Bogotá las manifestaciones dejaron un saldo de cuatro muertos, más de doscientos heridos y quinientos detenidos, así como la militarización de la ciudad y la declaratoria de toque de queda en varias localidades (*Semana*, 2013). Mientras los cierres de vías, los actos de vandalismo y los casos de violencia policial se multiplicaban, el presidente desestimaba las dimensiones de la protesta con una desafortunada frase que encapsulaba el desprecio del Gobierno hacia el movimiento: “El tal Paro Nacional Agrario no existe”, dijo Santos mientras el paro se tomaba el país.

Unas semanas después, Santos se vio forzado a reconocer no solo la existencia del paro, sino el hecho de que estábamos “atravesando una tormenta” (*Semana*, 2013). Los usuales señalamientos de infiltración guerrillera se confundían con las profusas — y no pocas veces condescendientes — manifestaciones de solidaridad con el campesinado sublevado. Durante esos días las redes sociales mostraban fotos de celebridades ataviadas con ruanas boyacenses, imágenes de manos y caras de cultivadores gastadas por el sol y el azadón, videos aficionados en los que se podía ver al Esmad golpeando brutalmente a grupos de manifestantes, entre otras cosas.

Fue durante esas conmocionadas semanas de paro que, no solo en mi caso personal sino en el de muchas otras personas, el problema agrario dejó de ser un asunto de los libros de historia y sociología que alguna vez había leído en la universidad. Allí estaba el problema agrario, en las plazas y supermercados desabastecidos, en los piquetes policiales a la entrada de pueblos y ciudades, en los buses y camiones quemados, en las manifestaciones masivas de campesinos indignados.

Aunque de manera fugaz el levantamiento campesino nos forzaba a reconocer las contradicciones del régimen corporativo global de la alimentación, el cual promueve una idea de los “alimentos de ninguna parte” (*food from nowhere*) (Bové y Dufour, 2001). Paralelamente, las demandas de los campesinos ponían de relieve la importancia de los alimentos provenientes de lugares concretos y llenos de significados (*food from somewhere*),

producidos por comunidades que reafirman su soberanía alimentaria frente a una narrativa modernista para la cual los campesinos son poco menos que un atavismo, un elemento residual en el camino hacia una seguridad alimentaria a escala global (McMichael, 2005).

Para octubre del 2013, cuando junto a un grupo de estudiantes de la clínica de Justicia Global empezábamos a sistematizar la literatura sobre los obstáculos comerciales y de producción que enfrentan los pequeños cultivadores en Colombia, el Gobierno ya había llegado a un Gran Pacto Agrario con los líderes del movimiento campesino³. Sin embargo, los determinantes estructurales que condujeron al paro no parecían haberse alterado. A lo largo de las negociaciones el Gobierno se había negado a tocar temas de fondo incluidos en los pliegos de peticiones del movimiento, especialmente aquellos referentes a los tratados de libre comercio (TLC) suscritos entre Colombia y Estados Unidos.

Durante el segundo semestre del 2013, el grupo de investigación que conformamos con los estudiantes de Justicia Global realizó varias mesas de discusión con profesores de facultades como el Cider, Diseño, Ciencias Sociales e Ingeniería, con objeto de estructurar un proyecto de investigación interdisciplinario que presentamos para una convocatoria de la Universidad de los Andes. La meta principal de ese proyecto era explorar, utilizando herramientas cualitativas de ciencias sociales y de diseño participativo, cuáles eran los principales obstáculos comerciales que enfrentaban los pequeños cultivadores de alimentos agroecológicos y orgánicos⁴ en Colombia.

Gracias a la financiación brindada por la Universidad de los Andes, durante el 2014 y parte del 2015 el grupo de investigación pudo realizar un trabajo de campo con Orgánica Red de Campesinos (en adelante Orgánica), una comunidad de pequeños cultivadores agroecológicos de Chontá, Cundinamarca. El trabajo de campo incluyó múltiples entrevistas, observación participante dentro de la organización, así como un acompañamiento al proceso de acercamiento entre la cadena de restaurantes Crepes & Waffles y Orgánica, el cual culminó en un acuerdo comercial exitoso entre ambas partes.

3 Agrupados en torno a organizaciones como la Mesa Nacional Agropecuaria de Interlocución y Acuerdo (MIA), el Coordinador Nacional Agrario (CNA) y las dignidades gremiales campesinas.

4 El concepto de *alimentación orgánica* o de *productos orgánicos* y *agroecológicos* que está a la base de este libro puede ser definido, de manera general, según los lineamientos fijados por la USDA: "[...] Los alimentos orgánicos son producidos sin usar los pesticidas más convencionales, ni fertilizantes hechos con ingredientes sintéticos o aguas residuales, bioingeniería o radiación ionizante. Antes de que un producto pueda ser etiquetado como 'orgánico', un certificador aprobado por el Gobierno inspecciona la granja donde se cultivan los alimentos para asegurarse de que el agricultor siga todas las reglas necesarias para cumplir con los estándares orgánicos del USDA" (Departamento de Agricultura de los Estados Unidos [USDA]).

Las razones que llevaron al grupo de investigación a enfocarse en una comunidad de pequeños cultivadores de alimentos orgánicos o agroecológicos son múltiples. En Colombia, así como en muchas partes del mundo, el pequeño productor tradicional debe enfrentarse a la maquinaria de la agroindustria y competir con economías de gran escala. Sin embargo, el pequeño productor orgánico y agroecológico se ve confrontado no solo con el tamaño y la maquinaria de la agricultura industrial, sino con el método productivo convencional-industrial que, según una percepción ampliamente extendida aunque no necesariamente cierta, es más costoeficiente y productivo que el método orgánico y agroecológico⁵.

Como lo mostró nuestro trabajo de campo con Orgánica, el pequeño cultivador agroecológico y orgánico debe superar un sinnúmero de obstáculos para ubicar sus productos en el mercado local. Estos obstáculos van desde la ausencia de políticas públicas que promuevan este tipo de agricultura hasta las marcadas asimetrías de poder entre el cultivador, los intermediarios y los compradores, supermercados, centrales de abasto, restaurantes, entre otros.

Pero, como también lo mostró nuestro trabajo de campo, algunos pequeños productores logran superar los diversos obstáculos que se interponen entre ellos y los consumidores en los centros urbanos. Este fenómeno coincide, además, con la evidencia que recogimos durante esos meses, la cual apunta a que en Colombia hay una demanda creciente de alimentos agroecológicos y orgánicos, tal como lo muestran varios estudios (FAO, 2013). Así mismo, en esa primera etapa de investigación descubrimos que un número de cultivadores ha logrado acceder al mercado global de productos orgánicos y agroecológicos, el cual ha experimentado tasas aceleradas de crecimiento durante las últimas décadas. Por ejemplo, mientras en 1991 el tamaño del mercado de alimentos orgánicos en Estados Unidos se estimaba que era del orden de 1000 millones de dólares, para el 2012 equivalía a 28 000 millones de dólares (Bourne, 2015). Debido a la expansión global del consumo de productos orgánicos, países como Estados Unidos y regiones como la Unión Europea se han convertido en destinos atractivos para las exportaciones de alimentos orgánicos provenientes de países biodiversos y tropicales, los cuales proveen condiciones óptimas para la producción de una amplia gama de alimentos. En el 2011 Colombia fue el tercer país del mundo con más exportaciones de productos orgánicos a Estados Unidos (Cepal, 2013). Así mismo, el Instituto Colombiano de Agricultura (ICA) estima que la agricultura orgánica en Colombia pasó de ocupar 25 000 hectáreas en el 2001 a cerca de 42 200 en el 2009. Para el ICA, este crecimiento productivo se ha dado como una respuesta a la

5 Sin embargo, hay un sinnúmero de estudios que sugieren que, por el contrario, la agricultura orgánica y agroecológica de pequeña escala es, en el largo plazo, más productiva y eficiente que la convencional, industrial o de gran escala. Véase Pollan (2007, p. 131).

creciente demanda de productos orgánicos a escala local y global (Bernal, Rodríguez, Domínguez, Bernal, Rodríguez y Domínguez, 2012).

No obstante, es poco o nada lo que conocemos en Colombia sobre la producción orgánica y agroecológica. ¿Quiénes son los productores de esos alimentos? ¿Qué obstáculos —globales y locales— enfrentan en las fases de producción y de comercialización? ¿Qué políticas públicas existen para incentivar ese tipo de producción agrícola? ¿Son exitosas dichas políticas?

El artículo de Garcés y Martínez —quienes hicieron parte del grupo de investigación desde que eran estudiantes del programa Justicia Global— con el cual se abre este libro aborda estas preguntas a través de una revisión de la literatura local e internacional. Así mismo, el artículo explora las tensiones entre la soberanía alimentaria, el método agroecológico y el impacto medioambiental de la agricultura tradicional o no orgánica.

Por su parte, Felipe Macía presenta un estudio de caso que describe el proceso de acercamiento y de negociación entre Orgánica y el restaurante Crepes & Waffles (C&W). Las conclusiones de este estudio ponen de relieve los obstáculos que enfrenta el pequeño productor orgánico en Colombia para acceder al mercado institucional de alimentos orgánicos. Además, sugiere estrategias para disminuir dichas barreras gracias a un acercamiento entre productores y consumidores como C&W. Así mismo, Macía describe los retos de mercado y de acción colectiva que enfrentaba la asociación antes del acercamiento con C&W. Finalmente, presenta los resultados y el desempeño de Orgánica en sus ocho primeras entregas, así como la transformación que experimentó la organización y los productores después de acceder a un mercado de las características de C&W.

En el artículo “Semillas de permanencia: el lugar de las semillas para los campesinos de los Montes de María”, Cristina Consuegra presenta un estudio de caso referido a un grupo de pequeños productores de los Montes de María. En este texto, Consuegra busca darle un espacio privilegiado a las voces de los productores orgánicos con el objetivo de controvertir la comprensión utilitaria y comercial de las semillas que han asumido y actualmente movilizan, de manera estratégica, las transnacionales semilleras. La autora se basa principalmente en entrevistas semiestructuradas y a profundidad, así como en observación participante para reflexionar acerca de la complejidad cultural y social de las semillas en el contexto de los Montes de María.

Finalmente, en el artículo que cierra este libro “Vivir en la finca: ecoburguesía y gentrificación del mundo rural”, Libardo Ariza presenta una reflexión sobre la posible emergencia de una subjetividad particular basada en el cuidado del cuerpo y el consumo de alimentos orgánicos. Ariza sostiene que esta subjetividad se forja a medio camino entre la ciudad y el campo, articulada por una combinación estable entre el *ethos* ciudadano y

el ánimo ecológico, la cual puede ser descrita como una *ecoburguesía* que en su afán de cuidar su cuerpo y crear una vida sana, impulsa e intensifica los flujos desiguales de intercambio entre el espacio urbano y el rural. “Vivir en la finca” —el título de esta pieza— coincidirá con el proceso de gentrificación del campo y puede suponer un proceso que entra en contradicción con el discurso político más amplio de la Vía Campesina.

BIBLIOGRAFÍA

- Altieri, M. A. (1995). *Agroecología: la ciencia de la agricultura sostenible*, 2.ª ed. Colorado: Westview Press.
- Altieri, M. A. (2015). La agricultura del futuro. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=IHFcZJux1RU>.
- Bernal, M., Rodríguez, L., Domínguez, P., Bernal, O., Rodríguez, P. y Domínguez, O. (2012). Sostenibilidad y desarrollo: el valor agregado de la agricultura orgánica (doc. n.º 26574) CO-BAC, Bogotá.
- Bourne, J. (2015). *The End of Plenty*. Nueva York: Norton.
- Bové, J. y Dufour, F. (2001). *The World is not for Sale*. Londres: Verso.
- Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas (Cepal) (2013). *Organic Food Market in the United States: Market Access Opportunities for Latin American and Caribbean Producers*. Washington D. C.
- Cuthbertson, Y. (2011). *The Organic Vegetable Gardener*. Sussex: The Guild of Master Craftsman Publications.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) (2015). *Encuesta Nacional Agropecuaria*. Recuperado de <http://www.dane.gov.co/index.php/agropecuaria/encuesta-nacional-agropecuaria>.
- Friedmann, H. (1987). International Regimes of Food and Agriculture since 1870. En T. Shanin (ed.), *Peasants and Peasant Societies* (pp. 258-276). Oxford: Basil Blackwell.
- Friedmann, H. (2005). From Colonialism to Green Capitalism: Social Movements and the Emergence of Food Regimes. En F. H. Buttel y P. McMichael (eds.), *New Directions in the Sociology of Global Development. Research in Rural Sociology and Development*, vol. 11 (pp. 229-267). Oxford: Elsevier.
- Friedmann, H. y McMichael, P. (1989). Agriculture and the State System: The Rise and Fall of National Agricultures, 1870 to the Present. *Sociologia Ruralis*, 29 (2), 93-117.
- Leibovich, J., Botello, S., Estrada, L. y Vásquez, H. (2013). Vinculación de los pequeños productores al desarrollo de la agricultura. *Políticas para el desarrollo de la agricultura en Colombia* (pp. 187-231). Bogotá: Fedesarrollo.
- León, A., Martínez, R., Espíndola, E. y Schejtman, A. (2004). *Pobreza, hambre y seguridad alimentaria en Centroamérica y Panamá*. Santiago de Chile: Cepal.
- McMichael, P. (2005). *New Directions in the Sociology of Global Development Research in Rural Sociology and Development*, vol. 11, 269-303, *Studies*, 36, 1, 139-169.
- McMichael, P. (2009). A Food Regime Genealogy. *The Journal of Peasant Studies*, 36, 1, 139-169.

- Nazarea, V. D. (1998). *Cultural Memory and Biodiversity*. Tucson: University of Arizona Press.
- Nazarea, V. D. (2005). *Heirloom Seeds and their Keepers. Marginality and Memory in the Conservation of Biological Diversity*. Tucson: University of Arizona Press.
- ONU, DESC. Aplicación del Pacto Internacional de los Derechos Económicos, Sociales y Culturales, Observación general 12, el derecho a una alimentación adecuada (art. 11), (20 periodo de sesiones, 1999). Recuperado de <http://www1.umn.edu/humanrts/gencomm/epcomm12s.htm>.
- Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) (2003). *Agricultura orgánica, ambiente y seguridad alimentaria*. Roma: Colección FAO, Ambiente y Recursos Naturales n.º 4.
- Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) (2011). La seguridad alimentaria: información para la toma de decisiones. Guía práctica. Recuperado de <http://www.fao.org/docrep/014/al936s/al936s00.pdf>.
- Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) (2013). Crece en Colombia el consumo de productos orgánicos. *Agronoticias América Latina y el Caribe*, 12.
- Organisation for Economic Cooperation and Development (OECD) (2001). Environmental Indicators for Agriculture. Methods and Results. Organisation of Economic Cooperation and Development.
- Patel, R. (2009). Food Sovereignty. *The Journal of Peasant Studies*, pp. 663-706.
- Pollan, M. (2007). *The Omnivore's Dilemma: A Natural History of Four Foods*. Londres: Penguin Books.
- Rivera-Ferre, M. (2012). Framing of Agri-food Research Affects the Analysis of Food Security: The Critical Role of the Social Sciences. *The International Journal of Sociology and Agriculture and Food* (pp. 162-175).
- Semana (2013, 31 de octubre). Paro agrario: las dos caras de la moneda. Recuperado de <http://www.semana.com/nacion/articulo/paro-agrario-las-dos-caras-de-la-protesta/356110-3>.
- Shiva, V. (1993). *Monocultures of the Mind*. Londres: Zed Books.
- Shiva, V., Lockhart, C. y Schoff, R. (eds.). (2013). Introducción, en *La ley de la semilla* (pp. 4-10). Recuperado de <http://redsemillas.org/wp-content/uploads/2014/10/La-Ley-de-la-Semilla.pdf>.
- Vía Campesina (1996). The Right to Produce and Access to Land.
- Vía Campesina (2007). *Nyeléni Declaration*. Selingué: Forum for Food Sovereignty.

HACIA UNA POLÍTICA ORGÁNICA Y AGROECOLÓGICA EN COLOMBIA*

Ana María Garcés Escobar**

Juana Martínez Quintero***

INTRODUCCIÓN

Con este artículo pretendemos empezar a cerrar la brecha que hay en la literatura sobre la producción y comercialización de alimentos orgánicos en Colombia. Particularmente, nos interesa abordar la siguiente pregunta de investigación: ¿Por qué los productos orgánicos y agroecológicos, a pesar de contar con una demanda creciente en centros urbanos locales y globales, tienen tantas dificultades para ser comercializados? Por lo tanto, este artículo busca identificar los obstáculos a los que se enfrenta el pequeño productor de este tipo de alimentos, para que futuros diseñadores de políticas públicas puedan incorporarlo al mercado agrícola como un sujeto empoderado y con capacidad de negociación (un hacedor de precio) y no como ocurre actualmente: como un agente dependiente de otros actores de la cadena de producción y comercialización de alimentos (un tomador de precio).

En la primera parte del texto buscaremos identificar, a partir de la literatura disponible, los principales obstáculos a los que se enfrentan los pequeños productores orgánicos y agroecológicos en Colombia. En especial, señalaremos algunos de los obstáculos que dificultan su participación en el mercado y que limitan su empoderamiento social. En la segunda parte del texto buscaremos identificar las políticas públicas dirigidas a ese grupo de productores en Colombia.

* Para citar este artículo: <http://dx.doi.org/10.15425/2017.03>

** Economista y abogada de la Universidad de los Andes. Investigadora del Programa de Justicia Global y Derechos Humanos de la Universidad de los Andes. Para mayor información escribir a am.garces2.17@uniandes.edu.co.

*** Abogada e historiadora de la Universidad de los Andes. Investigadora del Programa de Justicia Global y Derechos Humanos de la Universidad de los Andes. Para mayor información escribir a j.martinez195@uniandes.edu.co.

OBSTÁCULOS A LOS QUE SE ENFRENTA EL PEQUEÑO PRODUCTOR AGRÍCOLA: UNA REVISIÓN DE LA LITERATURA ACADÉMICA Y DE POLÍTICAS PÚBLICAS

La revisión de literatura abarcó temas relativos al sector agrícola colombiano y a la producción y comercialización de alimentos orgánicos y agroecológicos. Primero, resulta importante definir lo que entendemos como la fase productiva y la fase de comercialización de los alimentos orgánicos, ya que los obstáculos a los que se enfrenta el pequeño productor varían dependiendo de la fase en la que se encuentre el producto. En ese sentido, entendemos que la fase productiva de este tipo de alimentos empieza con la preparación de la tierra que se va a cultivar, abarca la plantación de las plántulas y termina con la cosecha de los alimentos. Por otro lado, la fase de comercialización empieza con la recolección de la cosecha, comprende su almacenamiento y transporte y termina con la venta del producto. Sin embargo, resulta interesante resaltar que la literatura se ha centrado principalmente en explicar los problemas a los que se enfrenta el pequeño productor en la fase productiva del alimento. Así mismo, el conjunto de políticas públicas enfocadas al pequeño productor está encaminado a solucionar los problemas de la fase productiva, dejando de lado la fase de comercialización de los alimentos. Nos concentraremos primero en los resultados de la revisión de literatura sobre los obstáculos identificados para la fase productiva y luego miraremos los de la fase de comercialización.

Obstáculos en la fase productiva

Los autores que han investigado el sector agrícola en Colombia han identificado algunos de los obstáculos de producción a los que se enfrentan los pequeños cultivadores relacionados con distintos aspectos de la producción de alimentos entre los que destacamos la tenencia de la tierra, el acceso a recursos financieros y aspectos técnicos.

Uno de los obstáculos de la fase productiva más importantes descritos por la literatura es la informalidad en la tenencia de la tierra. Según varios autores, cuando hay informalidad en la tenencia de la tierra se generan incentivos perversos para que el productor no invierta en esta de la misma forma que lo haría un propietario, lo que disminuye el cuidado que se tiene sobre la tierra y por lo tanto su productividad (Gáfaró, Ibáñez y Zarruk, 2012). Otra variable importante identificada por la literatura es la dificultad que enfrentan los pequeños productores para acceder a créditos. Exactamente, situaciones como el riesgo moral y la selección adversa¹

1 El riesgo moral y la selección adversa son ejemplos de fallas de mercado, generadas por la asimetría de información que hay entre los agentes de un mismo mercado. El riesgo moral hace referencia a situaciones en que un agente realiza acciones que no pueden ser controladas por el otro agente y

hacen que los pequeños productores sean individuos con poca favorabilidad a la hora de acceder a la solicitud de créditos.

Un tercer conjunto de variables productivas resaltadas por la literatura se relaciona con el acceso limitado de los pequeños productores a bienes públicos y a infraestructura productiva, especialmente al sistema de riego. En Colombia, solo el 32 % de los pequeños productores tiene un sistema de riego. El 68 % restante carece de capacitaciones y del capital necesario para implementar sistemas de riego que les ayuden a aumentar su productividad (Leibovich, Botello, Estrada y Vásquez, 2013, p. 205). Una variable final resaltada por la literatura disponible es la falta de manejo organizado de información que permita transferir conocimientos entre pequeños productores. Esta falta de información sistematizada y pública hace que el proceso productivo sea más oneroso y menos eficiente pues las soluciones a problemas compartidos tienen que ser desarrolladas individualmente por los productores y no a través de redes de información que permitan reducir los costos (Hazell, Poulton, Wiggins y Dorward, 2010). Vale la pena mencionar que, aunque algunos de estos estudios hacen un análisis de datos agregados, no incluyen trabajo de campo directo con las comunidades estudiadas.

TABLA 1.
Obstáculos identificados por la literatura en el proceso productivo del pequeño productor

Obstáculos identificados en la fase de producción	Obstáculos identificados en la fase de comercialización
La informalidad en la tenencia de la tierra	1. Falta de asociatividad
Dificultad para acceder a créditos	2. Poca inversión en bienes públicos como carreteras e infraestructura para el transporte
Dificultad en el acceso a la asistencia técnica	3. La intermediación

que tienen efectos en la probabilidad de que ocurra un acontecimiento. Por ejemplo, cuando una persona decide asegurar uno de sus bienes, al saber que el bien está asegurado tenderá a ser más descuidado y aumentará la probabilidad de que algo le ocurra al carro y entonces deba cobrarse el seguro. Por otro lado, la selección adversa describe situaciones precontractuales, en las que una parte del contrato tiene más información que la otra. La parte con menos información usualmente terminará seleccionando la peor opción, la de menos calidad, porque presume que la parte con la información tratará de sacar provecho de él. El ejemplo más común es el del mercado de autos usados; los vendedores de autos usados saben si el bien tiene defectos o no, pero el comprador del auto siempre presumirá que el auto que le están vendiendo tiene algún defecto, porque si no lo tuviera entonces el vendedor no tendría razón para venderlo. Es así como el mercado de autos usados refleja una realidad que no necesariamente es la realidad del mercado, porque aun si un vendedor quiere vender su auto que está en perfecto estado, el precio del mercado lo castigará como si fuera un auto de mala calidad, haciendo que los autos de segunda de buena calidad salgan del mercado porque sus dueños no están dispuestos a venderlos a tan bajos precios. Estos dos conceptos económicos han sido desarrollados por Akerlof (1970), Levin (2001), Pauly (1968), Baker (1996) y Arrow (1968).

Obstáculos identificados en la fase de producción	Obstáculos identificados en la fase de comercialización
Falta de recepción de información especializada (compartir información sobre la fase productiva con otros productores en situaciones similares)	

Fuente: elaboración de las autoras.

Similar a como ocurre con la literatura especializada, las políticas públicas han estado dirigidas a solucionar los problemas de producción de los pequeños productores, obviando los problemas de comercialización a los que estos se enfrentan. Así, el problema de la tenencia de la tierra ha sido abordado a través de distintos programas que incluyen: el Programa de Restitución de Tierras², el Programa de Formalización de Tierras³ y el Programa para Víctimas y Poblaciones Vulnerables⁴. Así mismo, el problema del apoyo financiero para que el pequeño campesino pueda invertir en un método productivo ha sido afrontado por el Gobierno a través de la creación de programas como el Sistema de Financiamiento del sector Agropecuario (Finagro)⁵ y el Programa de Desarrollo Rural con Equidad (DRE) del 2010⁶, con su proyecto de microcrédito rural. Por su parte, el problema de acceso limitado a la infraestructura ha sido contrarrestado con instrumentos de DRE como el incentivo a la asistencia técnica agropecuaria (IAT) y el apoyo al riego y drenaje.

El Ministerio de Agricultura ha liderado recientemente el programa de Oportunidades Rurales, el cual se orienta al desarrollo de capacidades productivas y de comercialización de los pequeños productores. Sin embargo, programas como este no han logrado romper la tendencia de las políticas agrarias en Colombia, las cuales han favorecido no a los pequeños productores sino al monocultivo y al latifundismo de altos ingresos (López, 2004). Además, en los documentos de políticas públicas revisados, la fase productiva ha eclipsado fenómenos de comercialización de alimentos cultivados por pequeños productores. En el próximo aparte discutiremos con más detalle estos vacíos tanto en la literatura especializada como en los programas de políticas públicas.

2 Disponible en <http://restituciondetierras.gov.co/>.

3 Disponible en <http://formalizacion.minagricultura.gov.co/>.

4 Disponible en <http://spanish.bogota.usembassy.gov/poblavulne.html>.

5 Disponible en <http://www.finagro.com.co/>.

6 Disponible en <https://www.minagricultura.gov.co/ministerio/programas-y-proyectos/Paginas/Programa-Desarrollo-Rural-con-Equidad-DRE.aspx>.

Obstáculos en la fase de comercialización de los alimentos

En cuanto a la fase de comercialización de los productos, aunque algunos estudios muestran someramente que hay obstáculos de asociatividad y falta de manejo coordinado de información (Leibovich, Botello, Estrada y Vásquez, 2013), no se evidencia la existencia de políticas públicas dirigidas a solucionar estos obstáculos directamente (Perfetti, Balcázar, Hernández y Leibovich, 2013, pp. 212-217)⁷.

La ausencia de estudios académicos y de políticas públicas en esta área es paradójica. Esto, ya que la fase de comercialización de los alimentos orgánicos es igual de relevante a la fase productiva. Al resolver los obstáculos de la producción sin dar soluciones a los obstáculos de comercialización, difícilmente se puede mejorar la posición de los pequeños productores en el mercado. Cuando el pequeño productor resuelve sus problemas productivos, pero no puede sacar su producto a la venta en condiciones que le sean favorables, es poco factible que pueda mejorar su calidad de vida, superar los obstáculos de mercado y reducir las asimetrías de poder respecto a la agroindustria. El precio, que es en últimas la señal de mercado que arroja el productor de alimentos, es un agregado de todo el proceso, tanto de la fase productiva como de la fase de comercialización.

La literatura disponible sobre los obstáculos en la comercialización ha sido desarrollada para casos internacionales en su mayoría y no presenta datos o revisiones de literatura recientes. Dentro de esa literatura resalta un trabajo en el que se identifican algunos de los problemas de comercialización de pequeños productores agrícolas. En dicho estudio se señala que el comercio de alimentos está en las manos de unos pocos minoristas y de grandes intermediarios que manejan los precios de los alimentos. Pero más que explicar las distorsiones que generan estos intermediarios en el mercado, los autores del estudio abordan las posibles causas de la existencia misma de la intermediación en el mercado (Pingali, Khwaja y Meijer, 2005).

De tal forma, los autores explican la forma en que la intermediación en los mercados surge como una respuesta a los altos costos de transacción que inicialmente pagan los productores, pero que luego internalizan los comercializadores. Estos costos son: (1) los costos burocráticos asociados a la gestión y la coordinación de la producción integrada, procesamiento y comercialización; (2) el costo de oportunidad del tiempo utilizado para comunicarse con los agricultores y coordinarlos; (3) los costos involucrados en el establecimiento y seguimiento de los contratos a largo plazo; (4) los

7 Existen otros programas destinados al campo pero que afrontan los problemas de violación de los derechos humanos que a los que se enfrenta la población rural tales como: Programa de Vivienda de Interés Social Rural, Red de Seguridad Alimentaria (ReSA), Unidos y el Programa de Jóvenes Rurales Emprendedores, entre otros.

costos de selección vinculados a la incertidumbre acerca de la fiabilidad de los proveedores o compradores potenciales y la incertidumbre sobre la calidad real de las mercancías, y (5) los gastos de transmisión asociados a las limitaciones jurídicas o físicas en el movimiento y traslado de mercancías. También se incluyen los costos de manipulación y almacenamiento, gastos de transporte, entre otros (Pingali, Khwaja y Meijer, 2005).

Los intermediarios, al convertirse en los eslabones clave para la comunicación entre los productores y los consumidores, tienden a tener el mayor poder en el mercado de alimentos. Ese poder de mercado les permite participar como hacedores de precio (*price-makers*), en contraposición a los productores y consumidores, quienes terminan siendo tomadores de precio (*price-takers*). El análisis de los autores sobre estas fallas de mercado es relevante, pero está más encaminado a estudiar la posibilidad de que los pequeños productores se sumen a las cadenas productivas de la agroindustria, y no tanto a empoderarlos como agentes independientes en el mercado.

Otros autores han identificado una serie adicional de obstáculos en el proceso de comercialización de los alimentos de pequeños productores. Entre ellos resaltan la falta de inversión efectiva del Estado en bienes públicos, tales como infraestructura de transporte, que permita el desplazamiento de los productos hacia los mercados. De tal forma, cuando la infraestructura del Estado no es adecuada, se entorpece el transporte de los alimentos cultivados por los pequeños productores, lo que a su vez aumenta los costos de comercialización (Valdés y Foster, 2010).

Finalmente, en la literatura local resalta un estudio sobre los obstáculos que enfrentan los pequeños productores de alimentos en la fase de comercialización en Medellín. A través de una encuesta realizada a cincuenta pequeños productores del corregimiento de San Cristóbal, Caicedo indagó sobre los precios de venta de sus productos al intermediario, para luego compararlos con el precio de venta de los mismos productos por parte de un supermercado de grandes superficies. Los resultados de este estudio muestran que las utilidades obtenidas por los vendedores finales de alimentos en San Cristóbal alcanzan el 263 % de utilidades cuando se trata de hipermercados, y el 40 % de utilidades cuando se trata de una tienda de barrio. Según los resultados de este estudio el intermediario se queda con una utilidad del 89 %, mientras que el pequeño productor usualmente debe vender su producto según el precio impuesto por el intermediario (Caicedo Díaz del Castillo, 2013).

Desde una perspectiva de políticas públicas, nuestra revisión de la literatura muestra que el Proyecto de Alianzas Productivas⁸ es uno de los

8 Disponible en <https://www.minagricultura.gov.co/tramites-servicios/desarrollo-rural/Paginas/Proyecto-apoyo-a-alianzas-productivas-PAAP-.aspx>.

pocos planes en los que se percibe una preocupación por abordar la comercialización de los alimentos de los pequeños productores. Este proyecto tiene como objetivo “incrementar los ingresos, el empleo rural, capacidad de gestión, la asociatividad y la *conexión con los mercados*” (resaltado fuera del original). Sin embargo, este proyecto trata la fase de comercialización como un problema secundario, derivado de problemas productivos.

Otra política gubernamental que muestra sensibilidad frente la comercialización de alimentos provenientes del pequeño productor es el Programa de Desarrollo de las Oportunidades de Inversión y Capitalización de Activos de las Microempresas Rurales-Oportunidades Rurales. Según la literatura, durante el periodo 2007-2013 Oportunidades Rurales ha invertido cerca de 44 millones de dólares para aumentar los activos productivos de más 1817 familias campesinas conformadas por 47 018 hogares en 714 municipios del país (Moya, 2016). Oportunidades Rurales ha inyectado recursos para asistencia técnica en aspectos productivos, comerciales, administrativos y de accesos a mercados y a información relevante para ubicar productos en mercados locales y globales.

Sin embargo, según hallazgos del propio autor, Oportunidades Rurales no ha tenido impactos positivos en los hogares y comunidades campesinas en los que se enfocó. Según Moya,

no se observaron impactos estadísticamente significativos en los niveles de producción y consumo, los índices de seguridad alimentaria, el bienestar subjetivo, las inversiones productivas ni en el porcentaje de tierra usada en los predios. Así mismo, los resultados revelan que el programa tampoco generó cambios necesarios en el comportamiento de los beneficiarios, ni en el acceso a mercados financieros y comerciales.

Según con la hipótesis de este autor, el fracaso de Oportunidades Rurales se debe principalmente al hecho de que los beneficiarios no contaban con recursos propios para financiar proyectos o para implementar nuevas prácticas y conocimientos, lo que llevó a que los programas de asistencia técnica terminaran siendo inocuos (Moya, 2016).

En el ámbito distrital, se cuenta con el Proyecto de Acuerdo 180 del 2015 del Consejo de Bogotá, que busca establecer “lineamientos para institucionalizar el programa de agricultura urbana agroecológica⁹ en los planes de desarrollo de la ciudad de Bogotá”. Este proyecto pretende institucionalizar las prácticas propias de la agroecología para contribuir al cambio climático, fortalecer el tejido social y favorecer la alimentación sana¹⁰.

9 El Proyecto de Acuerdo define en su artículo segundo la agroecología urbana como: “un modelo de producción de alimentos en espacios urbanos y periurbanos por medio de prácticas en las que se aprovechen los residuos, se optimicen los recursos y respete las interacciones con los ecosistemas”.

10 Al respecto véase el artículo 1 del Proyecto de Acuerdo donde se establece el objeto de la norma.

Si bien este proyecto —de ser aprobado e implementado¹¹— les encomendaría a la Secretaría de Desarrollo Económico, al Instituto para la Economía Social (IPES) y a la empresa privada la conformación de redes y espacios para la comercialización de productos orgánicos y agroecológicos, no ofrece lineamientos específicos sobre cómo se debe lograr este propósito más allá de enunciar que la iniciativa debe seguir los parámetros del comercio justo¹². Así mismo, el proyecto busca que el Jardín Botánico José Celestino Mutis sea el encargado de asesorar técnicamente y acompañar los proyectos de agricultura urbana y periurbana que se den en el marco del acuerdo, pero no especifica cómo se debe desarrollar esta colaboración interinstitucional (Concejo de Bogotá, 2015).

Finalmente, es importante resaltar que nuestra investigación arroja como uno de los resultados que la política agrícola en Colombia se ha especializado en la provisión de subsidios directos al sector agrícola. Los subsidios directos, como lo han sugerido varios analistas, en la mayoría de los casos, son incapaces de proveer bienes públicos y desarrollo de capacidades productivas y comerciales entre los pequeños productores (Junguito, Perfetti y Becerra, 2014). Por el contrario, la política agraria colombiana de subsidios directos genera profundas distorsiones que son aprovechadas no por los pequeños productores, sino por los *rent seekers*, usualmente productores de monocultivos con altos ingresos y grandes extensiones de tierra (López, 2004). Esta percepción en la literatura refleja hallazgos como el reportado por el Banco Interamericano de Desarrollo, según el cual el 90 % de los recursos destinados al sector agrícola colombiano son apoyos fiscales directos; solo un 10 % se destina a la creación de bienes públicos sectoriales tales como innovación productiva, alternativas de comercialización, desarrollos tecnológicos y acceso a información (Malarin, Martel y Gaggero, Documento de Marco Sectorial de Agricultura y Gestión de Recursos Naturales, 2013).

Obstáculos particulares del pequeño productor orgánico y agroecológico: métodos de producción y procesos de certificación

Ahora bien: la literatura expuesta hasta el momento solo refleja la situación del pequeño productor en general; sin embargo, esta investigación se centra en el pequeño productor de alimentos orgánicos y agroecológicos. Respecto a los problemas particulares a los que se enfrenta esta clase de

11 Hasta la fecha no hay evidencia de que este proyecto haya sido implementado por la administración de Bogotá.

12 Al respecto véase el literal b del párrafo 3 del artículo 3 del proyecto de acuerdo donde se regulan los lineamientos orientadores del programa de agroecología urbana.

pequeño productor en la etapa de comercialización, encontramos dos que se destacan: los métodos de producción y los procesos de certificación.

Por una parte, ciertas características intrínsecas al método productivo de los alimentos orgánicos y agroecológicos terminan teniendo un impacto negativo en la fase de comercialización. Estas características incluyen las siguientes: (1) las particularidades del producto orgánico, las cuales lo hacen mucho más perecedero que el convencional (pues, entre otros factores, no se utilizan conservantes químicos en su producción) y que, por lo tanto, exigen unas secuencias de comercialización mucho más rápidas; (2) el alimento orgánico y agroecológico es usualmente más costoso que el alimento convencional, por requerir mayor mano de obra y por los costos asociados a las certificaciones orgánicas, y (3) el producto orgánico es visiblemente diferente al producto convencional en su presentación final ante el consumidor (esto es, exhibe más “imperfecciones” visuales).

Por otra parte, la literatura ha tratado el problema de acceso a los procesos de certificación internacionales que deben tener los alimentos orgánicos para poder ser exportados o comercializados en grandes superficies locales. Los procesos de certificación nacen de la necesidad de que los consumidores puedan establecer si los productos que están comprando bajo el nombre de “orgánicos” o “agroecológicos” tengan en efecto las características esperadas (Jaffee, 2012). Pero, aunque los procesos de certificación pueden tener un efecto deseable en los consumidores finales, una parte importante de la literatura muestra que la certificación orgánica produce efectos negativos en el pequeño productor, esto es, en el eslabón más débil de la cadena (Bosa Martínez, 2010, p. 99).

Por una parte, al ser un proceso muy costoso, la certificación se convierte en una barrera para que los pequeños productores accedan a mercados internacionales o a las grandes superficies en su país. Pero, por otra parte, aun cuando algunos productores tienen capacidad económica para pagar la certificación, esta puede tener un efecto nocivo sobre las redes de “asociatividad” que se tejen en torno a la producción orgánica.

En cuanto al primer punto, el alto costo asociado a las certificaciones se debe a que en la mayoría de casos son compañías privadas que provienen de los mercados nicho —Estados Unidos y la Unión Europea— las que proveen estos certificados, lo cual aumenta significativamente los costos para el pequeño productor (Bosa Martínez, 2010, p. 100). En cuanto al segundo punto, una parte de la literatura sugiere que durante los procesos de certificación las dinámicas, redes y normas sociales de asociatividad y solidaridad que antes regían la producción orgánica se rompen, siendo reemplazadas por un sistema de vigilancia entre los pequeños productores orientado a cumplir con los estándares requeridos para obtener y conservar el certificado “orgánico” (Getz y Shreck, 2006, p. 490).

Así mismo, a pesar de que existen prácticas diferenciadas para los productores a gran escala y para los pequeños productores, los procesos de certificación terminan reproduciendo el modo industrial de producción. Esto se debe principalmente a que las exigencias burocráticas de las grandes superficies internacionales privilegian la certificación orgánica de tipo agroindustrial, lo que juega en contra de los pequeños productores orgánicos y agroecológicos (Gómez Tovar, Martín, Gómez Cruz y Mutersbaugh, 2005, p. 461).

El café orgánico ofrece una de las ilustraciones más interesantes de las paradojas que rodean los procesos de certificación (Trumpy, 2008). Lo que en principio se concibió como una certificación para diferenciar el café proveniente de pequeños productores suramericanos y centroamericanos de aquel perteneciente a grandes conglomerados comerciales ahora es usada por empresas como Nestlé y Starbucks para dotar de legitimidad a sus productos frente al “consumidor con conciencia” dispuesto a pagar un precio *premium* por un café producido orgánicamente. Este giro se dio ya que las grandes corporaciones de alimentos y bebidas incidieron directamente en la modificación de los estándares de certificación. Como resultado de esa cooptación, las exigencias actuales hacen improbable que una pequeña cooperativa de caficultores en Colombia, Kenia o Guatemala cuente con recursos económicos suficientes para acceder de manera independiente a dichos procesos de certificación y para posteriormente ubicar su marca en una gran tienda de café —Starbucks, Peet’s Coffee, entre otras— o en un supermercado en Estados Unidos o Europa (Jaffee, 2012).

Algo similar ha ocurrido con una gran variedad de alimentos orgánicos. Como lo sostiene Pollan, la certificación orgánica ha perdido de vista los valores y la filosofía que dio origen al movimiento orgánico en los años setenta. Esto ocurrió en parte porque se ha creado una industria alrededor de las organizaciones certificadoras, la cual tiende a privilegiar los intereses corporativos por encima de las necesidades de los pequeños productores orgánicos y agroecológicos (Pollan, 2007).

¿UNA OPORTUNIDAD PARA LAS POLÍTICAS ORGÁNICAS Y AGROECOLÓGICAS EN COLOMBIA?

Acuerdo de paz, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) y la Misión Rural

Si bien es cierto que en Colombia existe un vacío referente a políticas públicas y estudios académicos que abarquen la situación particular de los pequeños productores agroecológicos y orgánicos, actualmente el país se

encuentra en una coyuntura histórica que ha posicionado al agro como uno de los motores del desarrollo nacional.

Son tres los documentos que reflejan el marco institucional para el futuro del agro colombiano: (1) el Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera, en especial el punto uno sobre la Reforma Rural Integral (RRI); (2) el documento de la Misión Rural para la Transformación del Campo Colombiano y (3) las recomendaciones de la OCDE sobre agricultura.

El primer documento es el resultado de cerca de cuatro años de negociaciones entre el Gobierno colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y de los cuales resultó el acuerdo final para la terminación del conflicto. Este acuerdo le pone fin a un conflicto armado interno de casi sesenta años. En su primer punto, sobre el cual hubo un acuerdo en junio del 2014, se aborda la situación del campo colombiano y se plantean los lineamientos para una Reforma Rural Integral (Acuerdo final, 2016).

El segundo documento relevante para el futuro de las políticas públicas agrarias en Colombia es el Marco conceptual de la Misión para la Transformación del Campo, también conocido como Misión Rural. La misión tiene como objetivo establecer los lineamientos necesarios para contar con un portafolio amplio de políticas públicas rurales. Este portafolio de políticas públicas permitirá tomar mejores decisiones de inversión pública para el desarrollo rural y agropecuario en los próximos veinte años. La Misión Rural es una iniciativa impulsada en el 2014 por el Departamento de Planeación Nacional como respuesta al Paro Agrario que paralizó al campo colombiano en el segundo semestre del 2013. Esta manifestación social puso de presente la precaria situación socioeconómica de los habitantes del campo colombiano, lo que llevó al Gobierno colombiano a adquirir una serie de compromisos con los pequeños productores del país. Para darle cumplimiento a uno de esos compromisos, el Gobierno creó un mecanismo conocido luego como el Pacto Agrario, con objeto de recibir propuestas orientadas a darle solución a la crisis agraria del país (Ocampo, 2014). Según el documento guía de la Misión Rural,

El Pacto Agrario se diseñó con el fin de reformular la política de desarrollo rural integral del país desde las regiones y con los habitantes del campo colombiano. Es así como se creó un mecanismo para que todos los interesados en el campo pudieran participar. Como resultado, se recopilieron 98 550 propuestas, provenientes de más de 10 000 organizaciones, y con participación de 641 municipios¹³.

El tercer conjunto de documentos que proyecta el futuro marco institucional de las políticas públicas dirigidas al sector agrícola en Colombia

13 Disponible en <https://pactoagrario.minagricultura.gov.co/Paginas/inicio.aspx>.

puede encontrarse en las recomendaciones de la OCDE a Colombia. Si bien todavía no se han emitido recomendaciones definitivas por parte de esa organización, en febrero del 2015 publicó un informe de revisión de las políticas públicas agrícolas de Colombia, en el que señaló las principales medidas de política pública que deberá implementar el país para adecuarse a los lineamientos de dicha organización (OCDE, 2015).

A continuación mostraremos cómo, aunque estos tres documentos no hacen recomendaciones específicas respecto a la producción de alimentos orgánicos y agroecológicos, sí plantean alternativas para el pequeño productor que podrían, eventualmente, ser extrapolados a este nicho de productores agrícolas.

La ausencia del productor orgánico en el Acuerdo final, la OCDE y la Misión Rural: algunas propuestas

En el Acuerdo final, el informe de la OCDE y el Pacto Agrario se plantean soluciones para reactivar el sector agrícola en Colombia y reestructurar las dinámicas sociales en el campo. Hasta cierto punto se sugieren allí alternativas para empoderar a los pequeños productores. Sin embargo, en ninguno de estos documentos se aborda el método productivo orgánico o el agroecológico como alternativa de desarrollo para los pequeños productores. Si bien el Acuerdo final menciona la producción orgánica y agroecológica, no hay un desarrollo de estos métodos productivos, ni obligaciones concretas para apoyarlos específicamente¹⁴.

No obstante, consideramos importante mencionar algunos puntos desarrollados en estos documentos que, de implementarse, podrían servir como plataformas para la creación de políticas públicas dirigidas al pequeño productor, en general, y al pequeño productor orgánico y agroecológico, en particular.

El diagnóstico del campo colombiano presentado por la OCDE resalta que la crisis del sector responde a: (1) bajos niveles de productividad; (2) poca diversificación en la producción; (3) baja integración del mercado local con el mercado global; (4) altos niveles de proteccionismo y (5) mal uso de la tierra cultivable (OCDE, 2015).

Un primer cambio que debe adelantarse es reestructurar el gasto público en el sector agrícola colombiano. Según la OCDE, entre el 2011 y el

14 En el punto 1.3.3.1. Estímulos a la economía solidaria y cooperativa, se establece el compromiso del Gobierno nacional de crear e implementar el "Plan nacional de fomento a la economía solidaria y cooperativa rural". Entre los criterios que se deben tener en cuenta para el desarrollo de ese plan se encuentra, entre muchos otros, "el acompañamiento, apoyo técnico y financiero a las comunidades rurales —hombres y mujeres— en la creación y fortalecimiento de cooperativas, asociaciones y organizaciones solidarias y comunitarias, especialmente aquellas vinculadas con la producción y el abastecimiento alimentario, en particular la producción orgánica y agroecológica, y las organizaciones de mujeres" (p. 24 del Acuerdo final).

2013 el Gobierno transfirió 6500 millones de dólares para apoyar a los productores de alimentos, de tal manera que el ingreso del productor llegó a depender en un 19 % de la ayuda estatal (OCDE, 2015). Sin embargo, la OCDE resalta que las medidas estatales mediante las cuales el Gobierno les transfiere esos recursos a los productores generan grandes distorsiones productivas y comerciales. Por lo tanto, se recomienda abandonar las políticas distorsivas (como las franjas de precios y fondos de estabilización de precios, pagos basados en la producción y los pagos variables a los insumos), para empezar a diseñar nuevas políticas de gasto público agrario. Estas nuevas políticas públicas tendrían los siguientes objetivos: (1) aumentar la inversión para infraestructura y bienes públicos; (2) fomentar sistemas educativos rurales que respondan a las realidades de la vida en el campo y que permitan el estudio de *técnicas alternativas de producción*, y (3) crear sistemas de asistencia técnica e investigación y desarrollo (resaltado fuera del original). Una de las formas en las que la agricultura orgánica puede subir a la agenda del diseñador de políticas públicas es como parte de las “técnicas alternativas de producción” mencionadas en el documento de la OCDE.

El punto del gasto público también es abarcado por el documento de la Misión Rural¹⁵ y por el Acuerdo final¹⁶, en donde se recomienda aumentar la inversión en bienes públicos como infraestructura de carreteras primarias, secundarias y terciarias, así como la creación de programas de asistencia técnica para el campo. La falta de bienes públicos adecuados y de acceso a información especializada son dos de los obstáculos que enfrentan los pequeños productores orgánicos y agroecológicos tanto en la fase de producción como en la de comercialización. Por lo tanto, aumentar y mejorar el gasto público en el campo podría tener un impacto positivo en el pequeño productor orgánico. Lo anterior bajo el supuesto de que el diseñador de políticas públicas tenga en cuenta las necesidades de los productores orgánicos y agroecológicos tanto en los programas de asistencia técnica, como en el ofrecimiento de capacitaciones y educación. Para alcanzar este objetivo se requerirían programas diferenciados que capaciten a los productores sobre las particularidades de los modelos alternativos —tales como el orgánico y el agroecológico— de producción agrícola.

15 En el documento de la Misión Rural se discute la reestructuración en el gasto público como uno de los tres pilares del desarrollo rural en Colombia (p. 1) y como la tercera área estratégica de desarrollo (pp. 20 y 31-37).

16 En el Acuerdo final se menciona la inversión en bienes públicos en el cuarto principio de *integralidad* en el cual se asegura la productividad mediante programas de inversión que garanticen el acceso a la tierra con innovación, ciencia y tecnología, asistencia técnica, crédito, riego y comercialización. También asegura oportunidades de buen vivir que se derivan del acceso a bienes públicos como salud, vivienda, educación, infraestructura y conectividad. Así mismo, en el tercer punto del Acuerdo se describen Planes Nacionales para la Reforma Rural Integral (pp. 10, 20 y ss.).

Sobre este último punto es importante enfatizar que uno de los obstáculos institucionales que afrontan los pequeños productores de alimentos es que estos se encuentran en desventaja por la falta de capacitación que reciben. Como respuesta a esta situación el Gobierno¹⁷ ha intentado aumentar el número de ingenieros que ofrecen asistencia técnica a pequeños productores. Sin embargo, esta asistencia se ofrece únicamente para la agricultura convencional, pues son muy pocos los ingenieros agrónomos especializados en agricultura orgánica o agroecológica¹⁸.

Los productos orgánicos o agroecológicos todavía no son una prioridad en Colombia, por lo que estos programas podrían tener impactos positivos en el pequeño productor, pero no necesariamente en el pequeño productor orgánico. Esto es cierto para cualquier tipo de obstáculo técnico: mientras que el productor convencional recibe una capacitación que implica el uso de químicos para neutralizar los nutrientes de la tierra, ni el productor orgánico ni el agroecológico cuentan con asesoría técnica por parte del Gobierno, lo que le obliga a generar conocimiento través de prácticas de ensayo y error. También, por la situación en la que se encuentran los pequeños productores orgánicos y agroecológicos no es fácil acceder a créditos que les permitan superar las barreras de tecnificación y de capacitación.

No obstante, es importante resaltar que si bien el Acuerdo final no abarca directamente ni a profundidad los métodos productivos orgánicos y agroecológicos, es el único documento que reconoce su existencia por primera vez a escala nacional¹⁹. De ser aprobado por los colombianos, el Acuerdo final se convertiría en la base legal para desarrollar programas tanto de apoyo técnico como de apoyo financiero, dirigidos en especial al pequeño productor de alimentos orgánicos o agroecológicos.

Además, tanto la OCDE, como la Misión Rural²⁰ y el Acuerdo final²¹ recomiendan que el Gobierno intervenga en el mercado de alimentos para favorecer a los pequeños productores. Una manera de hacerlo es diseñar programas de compras públicas en los cuales el Gobierno ponga como

17 Ángela Penagos, directora de Desarrollo Rural Sostenible del Departamento Nacional de Planeación (DNP) habló en el foro realizado por la revista *Semana* el 29 de abril del 2014 en Bogotá, titulado "Retos del sector agrícola en Colombia: ¿Cómo construir juntos?", que había aumentado el número de ingenieros agrícolas dispuestos para la capacitación y asistencia técnica en el campo.

18 Esta frase la sostuvo Víctor Manuel Echavarría Londoño, quien es uno de los pequeños productores de Orgánica. Esta entrevista se realizó el 12 de abril del 2014, bajo la modalidad de grupos focales en Chocontá, en una de las fincas productoras de la asociación.

19 Véase la página 24 del Acuerdo, en la que el Gobierno nacional se obliga a crear e implementar un plan de fomento que cobija a los productores orgánicos y agroecológicos.

20 Esta política se incorpora en las estrategias de derechos sociales (p. 22) y de inclusión productiva (pp. 27 y 28).

21 En el Acuerdo Final los programas de compras públicas se encuentran en el punto 1.3.3.4. Estímulos a la producción agropecuaria y a la economía solidaria y cooperativa, quinto párrafo: Mercadeo (p. 26).

condición que los proponentes sean pequeños productores²². Esta iniciativa mitigaría los problemas de intermediación a los que se enfrenta el pequeño productor agroecológico y orgánico en la fase de comercialización. Así mismo, dicha política de compras permitiría reducir las asimetrías de información que enfrenta el productor orgánico, y que en últimas le impide consolidar un plan de cosecha efectivo a través del cual pueda contar con ingresos relativamente estables.

Otra iniciativa que se menciona en los tres documentos²³ analizados en este aparte es la de financiar centros de acopio que permitan la acumulación de alimentos producidos por pequeños productores, y que eventualmente puedan ser comercializados en centros urbanos. Este tipo de iniciativas dirigidas al pequeño productor tendrían, seguramente, un impacto positivo en el pequeño productor agroecológico y orgánico siempre y cuando los centros de acopio puedan diferenciar los productos orgánicos y agroecológicos de los alimentos convencionales. De lo contrario, se estaría empoderando al pequeño productor, pero no se estaría fomentando la agricultura orgánica o agroecológica.

Finalmente, una recomendación común a los tres documentos²⁴ es la de promover la asociatividad entre los pequeños productores. Este tercer cambio estructural implicaría una participación activa tanto del Gobierno como del sector productivo. Con la asociatividad sería posible superar obstáculos de intermediación y de asimetría de información en el mercado. Para los pequeños productores agroecológicos, la asociación puede ser el inicio de una etapa de crecimiento en la medida en que les permitiría construir empresas de economía a escala que eventualmente podrían reportarles ventajas competitivas en el mercado.

Es indispensable diseñar —partiendo del nuevo marco institucional que se promueve en el Acuerdo final y en el proceso de adhesión a la

22 Particularmente, en el documento de la Misión Rural se propone utilizar los programas de compras públicas del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), del Ejército y de los colegios públicos como vehículo para fomentar la compra de alimentos a los pequeños productores rurales (Ocampo, 2014).

23 En el documento Acuerdo Final la financiación de los centros de acopio se encuentra en el punto 1.3.3.4. Mercadeo, en el que se incluye la obligación de financiación o cofinanciación de centros de acopio, mediante los cuales se fomenta la comercialización de productos agrícolas (Acuerdo Final, 2016, p. 26). Así mismo, en el documento de la Misión Rural, como parte de la estrategia de inclusión productiva se propone la creación de un fondo que financie programas de desarrollo rural que promuevan la comercialización, programas que incluyen los centros de acopio (Ocampo, 2014, p. 27). Por su parte, la OCDE incluye en sus recomendaciones preliminares reenfocar las inversiones en el sector agrícola en asuntos estratégicos que actualmente se encuentran en un estado de subinversión, como dar apoyo comercial a los pequeños productores. Se ha entendido que los centros de acopio son una estrategia exitosa para brindar ese apoyo (OCDE, 2015, p. 38).

24 Como en los casos anteriores, los tres documentos mencionan como estrategia o compromiso el de la asociatividad de los pequeños productores. En el documento de la Misión Rural se menciona en el desarrollo de la estrategia de inclusión productiva (pp. 26 y 27). En el Acuerdo Final se menciona en el punto 1.3.3.4. Mercadeo, primer párrafo (p. 26). Finalmente, en el documento de la OCDE se menciona en el aparte de recomendaciones.

OCDE — políticas públicas que tengan en cuenta las necesidades propias de los pequeños productores orgánicos y agroecológicos. Esta es la única manera en la que se logrará empoderar a los pequeños productores de este tipo de alimentos como sujetos de derechos y con poder de decisión en el mercado. También, dotar de agencia al productor agroecológico es una manera de generar soluciones que protejan los recursos medioambientales y que ayuden a preservar las semillas autóctonas, el conocimiento campesino y sus modos de producción.

CONCLUSIONES

Como se ha intentado mostrar a lo largo de este artículo, el pequeño productor de alimentos orgánicos y agroecológicos se encuentra en una posición desventajosa en el mercado porque enfrenta numerosos obstáculos en su fase productiva y de comercialización. En la fase productiva encuentra grandes barreras en cuanto al acceso a capacitación y acompañamiento técnico de producción orgánica, barreras frente al acceso a fuentes de financiación y el hecho de estar sometido a un método de producción basado en el ensayo y error que implica un trabajo más intensivo y mayores riesgos. Por otro lado, en la fase de comercialización se enfrenta a problemas derivados de la intermediación. Aunque la intermediación es, eventualmente, la forma más efectiva de encontrar consumidores, por ejemplo, a través de certificaciones de alimentos orgánicos o de la venta del producto a almacenes de grandes superficies, ocurre a un altísimo costo para el pequeño productor.

La agricultura orgánica y agroecológica ha pasado desapercibida para el diseñador de políticas públicas local, quien se ha encargado de favorecer a la agroindustria y a la agricultura convencional, pese a que estos sectores de la economía agraria son insuficientes para solucionar problemas de inseguridad y soberanía alimentaria.

En este estudio se identificaron varios obstáculos que pueden ser superados a través de iniciativas públicas o privadas que utilicen herramientas encaminadas a empoderar al pequeño productor orgánico y agroecológico. Entre estas políticas públicas se propone que el diseñador de políticas públicas colombiano cree programas en los que el Estado se posicione como uno de los agentes más importantes en la compra de los alimentos a pequeños productores²⁵. En este tipo de programas el Estado colombiano debería brindarle incentivos al pequeño productor orgánico y agroecológico, relacionados con los precios de compra. En Colombia, el Estado y las entidades departamentales y municipales tienen a su cargo

25 Programas como estos ya han sido implantados de manera exitosa en países como Brasil con el programa llamado Plan Hambre Cero.

proveer alimentos en los colegios públicos, los comedores comunitarios, el ICBF, el Ejército y los centros penitenciarios. Abastecer los alimentos de estos lugares a través de la compra a pequeños productores garantizaría no solo el empoderamiento de estos productores agroecológicos y orgánicos sino el acceso de los beneficiarios de estos programas a alimentos sanos y de calidad.

Este entramado de políticas públicas debe ir acompañado de normativas que regulen, a través de certificaciones de confianza o estatales el método de producción utilizado por los pequeños productores orgánicos o agroecológicos. Para esto el diseñador de políticas públicas colombiano deberá crear un aparato regulatorio que tiene que alcanzar, al menos, los siguientes objetivos:

Que el proceso de certificación no sea un proceso vertical o “impuesto” por grandes empresas internacionales, sino que sea un proceso horizontal en donde la comunidad participe para generar mayor conocimiento sobre métodos alternativos de producción de alimentos en el país.

Que el proceso permita el reconocimiento de este tipo de productos a través del uso de un logo o empaquetado específico, pues esto ayudaría a que los pequeños productores se puedan abrir más fácilmente a los mercados privados.

Por último, se propone que el diseñador de políticas públicas colombiano analice la posibilidad de crear ruedas de negocios entre los pequeños productores orgánicos y agroecológicos o sus asociaciones, que permitan el encuentro de estos con los compradores de grandes volúmenes o con los clientes finales que requieran de estos tipos de alimentos. Lo anterior, en tanto el mercado de este tipo de productos no se puede limitar al Estado, sino que debe expandirse a los actores privados.

Es importante aprovechar la coyuntura política por la que está atravesando Colombia para generar espacios de discusión que introduzcan al público y a los diseñadores de políticas públicas en el tema de la agricultura orgánica y agroecológica y que, al mismo tiempo, la impulsen como un modelo de desarrollo real para el campo colombiano, especialmente en un contexto de posconflicto.

BIBLIOGRAFÍA

- Acuerdo final. (2016). Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera. Habana: Mesa de Conversaciones. Disponible en https://www.mesadeconversaciones.com.co/sites/default/files/24_08_2016acuerdofinalfinal-1472094587.pdf.
- Akerlof, G. (1970). The Market for “Lemon”: Market Uncertainty and the Market Mechanism. *Quarterly Journal of Economics*, 488-500.

- Arrow, K. (1968). The Economics of Moral Hazard: Further Comment. *The American Economic Review*, 537-539.
- Baker, T. (1996). On the Genealogy of Moral Hazard. *Texas Law Review*, 237-292.
- Bosa Martínez, S. (2010). Desafío de desarrollo: la agricultura orgánica como parte de una estrategia de mitigación de la pobreza rural en México. *Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 19 (37), 92-111.
- Caicedo Díaz del Castillo, J. F. (2013). La intermediación como un impedimento al desarrollo del pequeño productor en Medellín. *Corpoica. Economía y Desarrollo Rural*, 27-32.
- Concejo de Bogotá. (2015). Proyecto de Acuerdo 180 del 2015. Disponible en <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=61459>.
- Gáfaró, M., Ibáñez, A. y Zarruk, D. (2012). Equidad y eficiencia rural en Colombia: una discusión de políticas para el acceso a la tierra. *Documentos CEDE*.
- Getz, C. y Shreck, A. (2006). What Organic and Fair Trade Labels do not Tell Us: Towards a Place-Based Understanding of Certification. *International Journal of Consumer Studies*, 30 (5), 490-501.
- Gómez Tovar, L., Martín, L., Gómez Cruz, M. y Mutersbaugh, T. (2005). Certified Organic Agriculture in Mexico: Market Connections and Certification Practices in Large and Small Producers. *Journal of Rural Studies*, 21 (4), 461-474.
- Hazell, P., Poulton, S., Wiggins, S. y Dorward, A. (2010). The Future of Small Farms: Trajectories and Policy Priorities. *World Development: The Multi-Disciplinary International Journal Devoted to the Study and Promotion of World Development*. Amsterdam: Elsevier Science, 1349-1361.
- Jaffee, D. (2012). Weak Coffee: Certification and Co-Optation in the Fair Trade Movement. *Social Problems*, 94-116.
- Junguito, R., Perfetti, J. y Becerra, A. (2014). Desarrollo de la agricultura colombiana. *Cuadernos Fedesarrollo*. 48.
- Leibovich, J., Botello, S., Estrada, L. y Vásquez, H. (2013). Vinculación de los pequeños productores al desarrollo de la agricultura. Políticas para el desarrollo de la Agricultura en Colombia, 187-231.
- Levin, J. (2001). Information and the Market for Lemons. *RAND Journal of Economics*, 657-666.
- López, R. (2004). The Structure of Public Expenditures, Agricultural Income and Rural Poverty: Evidence for Ten Latin American Countries. *Econometric Society. Latin American Meetings*, 343.
- Malarin, H., Martel, P. y Gaggero, R. (2013). Documento de marco sectorial de agricultura y gestión de recursos naturales. Banco Interamericano de Desarrollo.
- Moya, A. (2016). Colombia: una evaluación de las Sinergias entre Oportunidades Rurales y Familias en Acción. En J. Maldonado, *Programas de desarrollo rural y transferencias monetarias en América Latina*. Bogotá: Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola y Universidad de los Andes.
- Ocampo, J. (2014). Marco conceptual de la misión rural para la transformación del campo. Bogotá: Departamento de Planeación Nacional (DNP).
- Ocampo, J. A. (2014). Marco conceptual de la misión rural para la transformación del campo. Bogotá: Departamento Nacional de Planeación (DNP).

- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). (2015). *OECD Review of Agricultural Policies: Colombia 2015*. París: OECD Publishing.
- Pauly, M. (1968). The Economics of Moral Hazard: Comment. *The American Economic Review*, 531-537.
- Perfetti, J., Balcázar, Á., Hernández, A. y Leibovich, J. (2013). *Políticas para el desarrollo de la agricultura en Colombia*. Bogotá: Fedesarrollo, Sociedad de Agricultores de Colombia (SAC), Incoder, Finagro, Banco Agrario.
- Pingali, P., Khwaja, Y. y Meijer, M. (2005). Commercializing Small Farms: Reducing Transaction Costs. *The Future of Small Farms Proceedings of a Research Workshop*, 61-79.
- Pollan, M. (2007). *The Omnivore's Dilemma: A Natural History of Four Foods*. Londres: Penguin Books.
- Trumpy, A. (2008). Subject to Negotiation: The Mechanisms Behind Co-Optation and Corporate Reform. *Social Problems*, 480-500.
- Valdés, A. y Foster, W. (2010). Reflections on the Role of Agriculture in Pro-Poor Growth. *World Development*, 1362-1374.

ORGÁNICA, RED DE CAMPESINOS: UN ESTUDIO DE CASO SOBRE AGROECOLOGÍA Y MERCADO ORGÁNICO*

Felipe Macía

INTRODUCCIÓN

A 75 km de Bogotá, por la troncal central del norte, se encuentra el municipio de Chocontá. Antiguamente, muchas de las zonas montañosas de Chocontá eran páramos. Hoy, la mayoría de sus montañas, valles y zonas planas está dedicada al cultivo de papa, fresa, habas, alverja y a la ganadería para la producción de leche. Según Fals Borda (1961), antes de la llegada de los españoles, los pobladores gobernados por el uzaque de Chocontá vivían de la agricultura en granjas dispersas por las planicies. Sin embargo, la cultura agrícola ancestral ha estado en constante transformación debido a los procesos de modernización y al contacto con culturas foráneas.

A pesar de las transformaciones en las prácticas agrícolas ancestrales, Chocontá es un municipio cuya economía depende en su mayoría de la actividad agrícola. La papa es el cultivo principal del municipio y del cual vive la mayoría de sus pobladores. En el último censo nacional de papa (DANE, 2001), en Chocontá existían alrededor de 2500 hectáreas de papa y 1190 productores. El segundo producto en importancia para el municipio es la fresa. De acuerdo con el Programa de Transformación Productiva (2013), el municipio de Chocontá es responsable del 10 % de la producción nacional. En Chocontá se practica agricultura convencional extensiva, con muy poca área destinada a la producción ecológica (Duque y Montes del Olmo, 2011).

A veinte minutos de la cabecera municipal de Chocontá se encuentran las fincas de los productores de la asociación Orgánica, Red de Campesinos (en adelante Orgánica). Orgánica está compuesta por un grupo de ocho familias que hace cuatro años se asociaron para desarrollar huertas caseras destinadas al autoconsumo. La forma de producción, a diferencia de la agricultura practicada en la zona, gira en torno a la utilización de los insumos orgánicos de las fincas para desarrollar abonos y repelentes. Los

* Para citar este artículo: <http://dx.doi.org/10.15425/2017.04>

miembros fundadores de Orgánica empezaron trabajando con las madres de la escuela de dos veredas, basados en el supuesto de que eran las mujeres quienes podían mitigar más efectivamente la pérdida de tradiciones agrícolas de la zona, así como fortalecer la soberanía alimentaria de los campesinos, quienes actualmente no cultivan lo que consumen. Por el contrario, el productor de la zona sale de su vereda para comprar cilantro, zanahoria, cebolla y otros productos que antes se cultivaban en la zona. Para Ingrith Camelo¹, fundadora de Orgánica, los productores han dejado de producir lo que se comen porque no tienen quién les compre esos productos (I. Camelo, entrevista, 13 de febrero, 2015). Según Camelo, la falta de oportunidades para comercializar productos hace que para el productor no tenga sentido cultivar algo que solo ellos van a consumir, por lo que optan por abastecerse de la tienda (I. Camelo, entrevista, 13 de febrero, 2015).

Luego de varias salidas de campo e investigación empírica, se identificaron distintas variables productivas, organizativas, culturales y de conexión con los mercados que actúan como barreras comerciales para el pequeño productor orgánico. Para superar las barreras comerciales que enfrenta el pequeño productor, existen dos tipos de enfoques mencionados en la literatura. El primero se basa en estrategias de “empuje” (*push*) a través de subvenciones e inversiones impulsadas por programas de desarrollo o filantrópicos (Márquez, Reficco y Berger, 2010). El segundo enfoque, compuesto por estrategias de arrastre (*pull*) desde el mercado, se caracteriza por involucrar a empresas privadas que a través del abastecimiento o la inversión integran comunidades a su cadena de valor, con el fin de generar ingresos para la comunidad y agregar valor a su consumidor final (Márquez, Reficco y Berger, 2010).

El siguiente estudio de caso describe el proceso de acercamiento comercial entre Orgánica y Crepes & Waffles (C&W de aquí en adelante), quienes utilizando la metodología de cocreación comercial propuesta por el equipo investigador, lograron establecer un acuerdo comercial exitoso, que ejemplifica cómo una intervención desde la demanda (o *pull* desde el mercado) es efectiva para incentivar acciones que le permiten al pequeño productor superar las barreras asociativas, productivas y culturales que lo limitan para acceder al mercado institucional² de alimentos.

En la primera sección de este artículo describo la situación de Orgánica, sus orígenes y estructura antes de su contacto con C&W. Posteriormente,

1 Ingrith Camelo es la fundadora de Orgánica, Red de Campesinos. Nació en Chocontá y se crio en la vereda El Turmal, lugar donde su familia tiene una finca de 7 hectáreas. Ingrith ha liderado el proceso asociativo y las prácticas orgánicas.

2 Por mercado institucional entendemos aquí aquel tipo de mercado en donde existe un consumidor final que no es un individuo o una unidad familiar, sino un restaurante o establecimiento con una demanda significativa y regular de productos orgánicos.

presento un análisis de las barreras culturales, productivas, asociativas y de mercado que enfrentaba la asociación antes del acercamiento a C&W.

En la segunda sección llevo a cabo una descripción de la estrategia de intervención empleada por el equipo investigador. Además, presento las características por las que se escogió a C&W como mercado para los productos de Orgánica.

En la sección final se encuentran los resultados y el desempeño de Orgánica en sus ocho primeras entregas, así como la transformación que experimentó la organización y los productores después de acceder a un mercado de las características de C&W. Por último, presento las conclusiones que arrojan los resultados de esta investigación empírica.

LOS INICIOS DE ORGÁNICA

En marzo del 2010, cuando Ingrith Camelo decidió empezar el proyecto de huertas orgánicas para el autoabastecimiento con madres cabeza de familia, muy pocos productores en la comunidad eran optimistas. Sus padres le sugerían que no valía la pena “matarse echando azadón” si podía conseguir los productos en la tienda. A pesar de esto, Ingrith picó la tierra y construyó su huerta en forma circular, buscando romper con las tradicionales líneas. Convencer al resto de productores de la zona de que instalaran su huerta orgánica no fue fácil. Muchos dudaban que fuera posible sembrar sin químicos ni pesticidas. Por esto, el rol de Ingrith en la fundación de Orgánica consistió en brindar acompañamiento técnico y promover las prácticas agroecológicas de su comunidad. Con este objetivo en mente recorría las distintas fincas de la zona a pie enseñándoles a los productores interesados los distintos preparados y abonos orgánicos. En algunas ocasiones tenía que caminar casi durante dos horas hasta donde doña Matilde —una de las primeras productoras que instaló la huerta orgánica—, para motivarla a que adoptara nuevas prácticas. Cuando doña Cristina conoció a Ingrith ya trabajaba su huerta de manera orgánica, hacia compost y no utilizaba químicos. “Yo no recibía un peso, lo que me motivaba era ver a la gente interesada en las prácticas agroecológicas,” señala Ingrith.

Una vez instaladas las huertas, y después de dos años de trabajo, el grupo empezó a trabajar para constituirse como organización y buscar comercializar sus productos. Durante esta etapa Orgánica recibió el apoyo de dos ONG que, utilizando estrategias *push*, le permitieron desarrollar nuevas capacidades técnicas, constituirse como asociación y acceder a mercados.

Primero vino el apoyo de Fábula, Laboratorio Vivo, que de manera voluntaria brindó capacitación técnica y acompañamiento en los trámites para constituirse como una asociación. Además, el apoyo de Fábula, Laboratorio Vivo le permitió a Orgánica empezar a vender en el Mercado Campesino

del Hub. Este mercado reúne a campesinos agroecológicos todos los domingos en la zona G de Bogotá para que vendan sus productos de manera directa y a mejores precios al consumidor final. A pesar de que el proceso de constituir la asociación fue lento, el 11 de septiembre del 2013 se registró Orgánica, Red de Campesinos, ante la Cámara de Comercio de Bogotá.

Meses después de su constitución como asociación, se materializó la posibilidad para Orgánica de participar en una convocatoria liderada por la confederación de cooperación internacional Oxfam, para venderle al restaurante Mercado, manejado en aquel entonces por la conocida chef Leonor Espinosa. Orgánica ganó la convocatoria por su proximidad a Bogotá y por su capacidad de respuesta a las demandas del restaurante. El apoyo que recibió Orgánica por parte de Oxfam estuvo dirigido a las siguientes acciones específicas: identificar los productos con oportunidades reales de comercialización, analizar costos de producción, definir precios justos, prestar asesoría en el modelo interno de gobernanza y acompañar a la organización durante la negociación con el restaurante (Oxfam, 2014).

El apoyo recibido por Orgánica en su etapa de formación fue fundamental para mejorar su proceso de producción, formar su modelo asociativo y obtener experiencia en la comercialización. Sin embargo, Orgánica aún tenía retos que superar para lograr consolidarse como una asociación productiva.

BARRERAS CULTURALES

Desde muy pequeños, a los jóvenes campesinos les recuerdan en el colegio, pero también en los medios de comunicación, que el campo da vergüenza. El hecho de que Ingrith llegara al colegio con las medias salpicadas de barro era motivo de burlas. Muchos de los productores relatan que era frecuente escuchar a la rectora del colegio público local afirmar que sus niños “tienen que ir a la civilización, donde la gente está en las grandes universidades, porque si no, se van a quedar en el campo, en el atraso” (I. Camelo, entrevista, 13 de febrero, 2015). Cuando Ingrith fue a la universidad, algunos profesores cuestionaban su origen campesino “porque no usaba trenzas y sabía qué era el internet” (I. Camelo, entrevista, 13 de febrero, 2015). Este conjunto de prejuicios, anudado a la falta de oportunidades económicas y, en muchos casos, a la situación de orden público de las zonas rurales colombianas, ha hecho que los jóvenes decidan migrar a las ciudades. Sin embargo, Ingrith nunca se avergonzó de su origen campesino. “Gracias a que nunca me avergoncé de venir del campo he llegado hasta donde he llegado”, señala (I. Camelo, entrevista, 13 de febrero, 2015).

El discurso desarrollista fomentado por muchas organizaciones no gubernamentales no ha sido, en el caso de Orgánica, un aliciente para desarrollar su proyecto productivo. Por el contrario, en la narrativa de Orgánica su “encuentro” con las instituciones de desarrollo fue un desincentivo. Irónicamente, los productores de Orgánica debieron defender su origen campesino cuando entraron en contacto con una ONG internacional que desarrollaba proyectos en la región. Para dicha ONG, ellos no eran campesinos pues algunos tenían títulos universitarios y no vestían las prendas típicas del campesinado. “Como Ingrith estuvo en la universidad, así haya vivido toda la vida en el campo, ya no es campesina”, comenta doña Olga (O. López, entrevista, 13 de febrero, 2015).

Don José, productor de Orgánica, sostiene:

Los campesinos que ellos buscaban no los van a encontrar, pues están de vigilantes o de emboladores en Bogotá, porque el campo a ellos no les sirvió para nada. No busquemos campesinos porque los campesinos hay que hacerlos, los que queremos el campo tenemos que producir. (J. Reyes, entrevista, 13 de febrero, 2015)

Durante su relación con la ONG los socios de Orgánica iban el domingo a un mercado orgánico en Bogotá, donde les hacían poner un traje típico de falda santandereana para presentarlos al público. “Se sorprendieron de ver a un campesino con camioneta, esperaban que llegáramos a la 93 en burro”, comenta Ingrith (I. Camelo, entrevista, 13 de febrero, 2015).

Dentro del imaginario desarrollista predominante sobre el campesino como símbolo cultural se valora su carácter vernáculo y premoderno, pero no se explora su capacidad de producir alimentos sanos, gestionar los recursos naturales, custodiar el patrimonio genético de nuestra agrobiología y administrar la despensa del país (IFAD, 2013). El imaginario que durante años se ha construido en torno al campesino incapaz, atrasado, incompetente, lleva a que se aislen aún más de sus potenciales clientes al no sentir que van a ser valorados, ampliando de esta manera la brecha que existe entre el campo y la ciudad.

Para Bibiana, directora de compras de C&W, “siempre ha habido esa brecha cultural en la que no logramos encontrarnos en la mitad y por eso no tenemos tantos productores pequeños como quisiéramos”. Carolina Ríos, jefa de compras de C&W, coincide con la dificultad que existe para encontrarse con los pequeños productores directamente. “Los productores pequeños no llegan a nosotros directamente o porque no tienen los medios, o no saben cómo hacerlo o dicen allá no debe ser tan fácil. Para nosotros salir a buscarlos tampoco es fácil”. Algunos productores de Orgánica conocían de la existencia de C&W antes del encuentro, pero lo veían como una posibilidad lejana pues creían que no iban a ser recibidos por el hecho de ser campesinos.

RETOS COMERCIALES PREVIOS A LA INTERVENCIÓN

El principal mercado de los productores de la zona es Corabastos, ubicado en Bogotá. En Chocontá, la mayoría de los productores lleva sus productos hasta ese conocido centro de operaciones de productos agrícolas (I. Camelo, entrevista, 13 de febrero, 2015). Luego, estos productos adquiridos en Corabastos regresan a las tiendas y locales de Chocontá, donde compran los campesinos y pobladores. Como se podrá inferir este ciclo no es óptimo y afecta la soberanía alimentaria de los productores de la zona. Muchas de las tiendas y locales no le compran al pequeño productor directamente, sino que prefieren hacerlo en Corabastos. Cuando deciden comprarle directamente al productor, lo hacen a partir del mismo precio que se ofrece en Corabastos. Un bulto de alverja, por ejemplo, lo pagan las tiendas de Chocontá máximo a 60 000 pesos, que es el precio que se encuentra en Corabastos (I. Camelo, entrevista, 13 de febrero, 2015).

Para ejemplificar este ciclo Chocontá-Corabastos-Chocontá, Ingrith habla de una historia personal. En una época se dedicaba a producir lechugas. En las cuarterías (tiendas locales) le pagaban una canasta de doce lechugas en 1500 pesos, es decir, 125 pesos por lechuga. En Paloquemao (Bogotá), por su parte, compraban la lechuga por docenas o por miles a 650 pesos cada una. Los precios irrisorios que ofrecen estos dos mercados no cubrían los costos de producción (600 pesos por lechuga) ni el esfuerzo que debía realizar Ingrith. Por esta razón, ella dejó de producir lechugas. Don José, cuenta una experiencia similar: "muestra que el campo es un terrible castigo para el campesino" (J. Reyes, entrevista, 13 de febrero, 2015). Su vecino sembró una extensión grande de habas que se le dieron muy bien. Sacó ocho cargas, es decir, 800 kg aproximadamente. Don José le colaboró transportando la cosecha al mercado local, donde le pagaron la carga (100 kg) a 12 000 pesos. En total, por seis meses de trabajo y 800 kg de habas el vecino de don José recibió 96 000 pesos. Al poco tiempo el vecino vendió la finca.

Uno de los hallazgos de nuestro trabajo de campo es que ni en el mercado local de Chocontá ni en el de Corabastos en Bogotá los compradores potenciales ofrecen precios que le permitan al productor cubrir los costos de transportar la cosecha hasta los lugares de acopio. Los precios de los productos cambian todos los días. El productor se entera de cuánto le van a dar una vez ya ha pagado el flete del camión para llegar hasta el mercado mayorista. Una vez ahí, no le queda más remedio que vender la cosecha al precio que le ofrezcan. En este tipo de mercado el productor no tiene poder de negociación y, por lo tanto, no puede fijar los precios de su cosecha con información confiable, esto es, basado en lo que le costó producirla.

A diferencia de Corabastos, donde el productor no fija los precios de su producto y no tiene contacto con el consumidor final, en el Mercado

Campesino del Hub y la venta al restaurante Mercado le dio la posibilidad a Orgánica de venderle sus productos directamente al consumidor final, a un mejor precio y con la libertad de poder vender lo que iba saliendo de su producción. Sin embargo, en ocasiones la demanda de este restaurante era muy intermitente y los volúmenes muy bajos. De este modo, cuando Orgánica decidía sembrar en buenas cantidades se les quedaba mucho de la producción. En otras ocasiones sembraban poco, por lo que no alcanzaban a cumplir con la demanda. Los pedidos semanales del restaurante Mercado normalmente eran de 5 kg de batavia, 3 kg de *zucchini*, 500 g de flores comestibles y 40 lechugas.

A pesar de contar con dos vías de comercialización con características potencialmente interesantes para los productores, los volúmenes de productos que demandaban el Mercado Campesino y el restaurante Mercado no respondían a la capacidad productiva de la asociación. Según don José, “este mercadito de 5 lechugas o de 10 lechuguitas realmente no es representativo y en el campo se vive tan forzado económicamente que esta cantidad no motiva” (J. Reyes, entrevista, 13 de febrero, 2015). Como lo relata Ingrith, a pesar de su vinculación con Mercado, el objetivo de crecer como organización no se había alcanzado, pues no se había ampliado la producción por falta de comercio. En este sentido, Ingrith considera que “la experiencia con Mercado ha sido muy bonita pero nos quedamos ahí porque no tenemos quién nos garantice la compra para poder empezar a producir más”. (I. Camelo, entrevista, 1.º de diciembre, 2015).

Para los socios de Orgánica, la principal barrera son las conexiones. No cuentan con las redes ni contactos que los lleven directamente al consumidor final. “Esa es la limitante, están los consumidores y están los productores, pero ni nosotros los conocemos ni ellos nos conocen a nosotros”, explica Ingrith al respecto (I. Camelo, conversación personal, 13 de febrero, 2015). Además, los productores no saben a dónde dirigirse ni a quién contactar a la hora de ofrecer sus productos. Para reducir esta brecha proponen que lo ideal sería un espacio que facilite estos encuentros y contactos. Para algunos productores, cuando piensan en acceder a un mercado institucional, lo más razonable es suponer que no los van a escuchar. “Cuando uno llega allá ni a golpear se atreve porque van a salir a decirle, ¿usted qué? ¡Aquí no hay sobras!”, sostiene don José (J. Reyes, entrevista, 13 de febrero, 2015). (12.E)

RETOS ASOCIATIVOS PREVIOS A LA INTERVENCIÓN

Para muchos de los productores de la asociación los volúmenes de productos que se vendían en el Hub y en Mercado no eran representativos. Como consecuencia, no había motivación para cumplir colectivamente con los compromisos de participación, comercialización y producción

pactados en los estatutos de la asociación. Según estos, los miembros debían participar activamente en las labores de gestión de la asociación y comprometerse a producir mínimo cinco productos.

Lograr que se llevara a cabo lo pactado en las reuniones era un reto, anota Ingrith. La asistencia a las reuniones era baja ya que algunos productores, al ver que no se registraban avances concretos, empezaron a desertar del proyecto. Según Ingrith, se “desgastó muchísimo tratando de jalar a todo el mundo”. Varios productores dejaron de producir por más de dos meses a pesar de que en los estatutos esto es sancionado con la pérdida temporal de la calidad de asociado por un periodo definido por la junta directiva. Sin embargo, estas sanciones no se realizaban debido a la inactividad de los miembros que conformaban la junta directiva. Como resultado de los distintos retos asociativos, los productores empezaron a cuestionar la labor de Ingrith como presidenta. Dice don José, productor de la asociación: “Tuvimos algo de escepticismo con Ingrith, pensábamos que quizás no funcionaba como gerente y pues la pesadumbre andaba”. La falta de confianza y los constantes incumplimientos de los acuerdos hicieron que Ingrith no delegara muchas de las tareas. Por su parte, los productores eran cada vez más reticentes a cumplir los deberes y acuerdos exigidos por la organización. Como consecuencia, la asociación no tenía la capacidad para coordinar la producción, factor que les impedía ofertar en bloque sus productos en los mercados institucionales.

Como lo plantea Ingrith, las ventas del Hub y Mercado no daban para pagarle un sueldo, ni siquiera un salario mínimo. Ingrith decidió entonces aceptar un trabajo estable, en donde logró ascender hasta coordinadora a pesar de que su sueño era vivir de la agricultura orgánica. El retiro de Ingrith dejó a la organización sin presidente de la junta directiva, órgano que según los estatutos es responsable de administrar y dirigir la asociación. Durante el año que Ingrith estuvo ausente, Mauricio, un productor e investigador, estuvo a cargo de la comercialización de Orgánica. Su camioneta sirvió para recoger los productos en las fincas y llevarlos todos los domingos al Hub. Sin embargo, los problemas de acción colectiva en la organización no mejoraron bajo el liderazgo de Mauricio. Al ver que no podían acceder a nuevos mercados la mayoría de los productores desertó.

Sin embargo, doña Cristina, a raíz del contacto con la Universidad de los Andes y la posibilidad de venderle a C&W, convenció a Ingrith, en octubre del 2014, de que regresara a la organización. Luego de sopesar sus opciones, Ingrith finalmente lo hizo, considerando que era una oportunidad única para probar si el proyecto de Orgánica debía mantenerse o clausurarse definitivamente.

EMPUJE DESDE LA OFERTA O ARRASTRE DESDE EL MERCADO

Como resultado de los diagnósticos productivos realizados durante el trabajo de campo, el equipo investigador determinó que una intervención basada en proveer apoyo técnico para mejorar las prácticas agrícolas en la asociación tendría un impacto bajo en sus dinámicas de producción y comercialización. No obstante, el equipo investigador identificó la creación de un plan de siembra como la variable que podría tener mayor impacto potencial en la comercialización de los productos de Orgánica. Esto le permitiría proyectar la producción y poder comprometerse con cantidades demandadas por los consumidores, condición básica que exigen los distintos tipos de mercados. En todo caso, al no tener acceso a mercados regulares con volúmenes significativos de demanda, Orgánica no contaba con un incentivo lo suficientemente fuerte para planear su producción. Al inicio de las visitas de campo, los productores de Orgánica se encontraban recibiendo el apoyo técnico de un agrónomo de la Universidad Nacional. Por tanto, el equipo investigador determinó que intervenir las variables técnicas no era la mejor estrategia para superar las barreras comerciales que enfrentaba Orgánica.

La otra opción que enfrentaba el equipo investigador para intervenir las barreras desde la oferta era desarrollar una estrategia para solucionar los retos asociativos. La desconfianza, la baja participación, el incumplimiento de metas y las deserciones eran situaciones que claramente distanciaban a Orgánica de los mercados. Una intervención en esta materia podía aumentar la coordinación entre sus asociados para buscar ventajas competitivas como la producción en bloque. Sin embargo, al no haber un mercado que actuara como objetivo común para los productores, estos no tenían el incentivo para tomar decisiones de manera colectiva. A pesar de las numerosas ventajas que implica una dinámica asociativa sólida para acceder a mercados, el equipo investigador decidió no desarrollar una estrategia de intervención en esta dirección ante la alta posibilidad de fracaso por no contar con un mercado.

Como consecuencia, el equipo investigador optó por hacer una intervención de arrastre desde la demanda. En un inicio se consideró que mejorando la conectividad a través de una plataforma digital entre el pequeño productor y el consumidor final se podrían sobrepasar las barreras comerciales y de intermediación a las que se enfrenta el pequeño cultivador de productos orgánicos. Bajo este enfoque se había planteado crear una aplicación móvil y una plataforma en internet en la que los productores pudieran ofertar sus productos y los consumidores pudieran comprarles directamente a las fincas. Sin embargo, en el trabajo de campo identificamos un conjunto de variables que, desde el nivel productivo y comercial, impedían el acceso del pequeño productor a un mercado que, pese a que

demanda productos orgánicos, impone una serie de obstáculos de acceso para este tipo de actor (el texto de Garcés y Martínez incluido en este libro explora este fenómeno). Por otra parte, la ausencia de planes de siembra y captura de registros de los cultivos impedía que se pudiera proyectar la oferta de los productores. Como consecuencia, se determinó que la creación de la plataforma digital no era viable para esta intervención. En su lugar, el equipo de investigación privilegió una estrategia de intervención desde el mercado que, se creía, podía tener un mayor impacto en la producción y comercialización de productos de Orgánica. Dicha estrategia consistió en acercar a los productores de Orgánica a un mercado institucional que ofrecía buenos precios para los productores, regularidad en la compra y la posibilidad de crecer.

CREPES & WAFFLES COMO EL MERCADO IDEAL

Ciertas características del modelo de negocio de Crepes & Waffles hacen que desde el mercado se puedan jalonar prácticas que son deseables para la asociación en términos de productividad, diversidad del portafolio de productos, calidad y eficiencia. Además, su filosofía empresarial con enfoque social lo perfila como el “mercado ideal” para los productores de Orgánica.

Desde sus inicios, C&W ha considerado que el éxito empresarial no se define únicamente por maximizar los rendimientos económicos. El éxito empresarial para C&W consiste en usar la fuerza del mercado con el objetivo de generar impacto social y ambiental. En palabras de su fundadora, Beatriz Fernández, “Crepes & Waffles es un ejemplo vivo de que se puede humanizar la economía”. C&W cuenta con dos modelos de negocio de impacto social. El primero, a través de su esquema de contratación con enfoque de género en el que se le da empleo, capacitación y desarrollo personal a población que normalmente enfrenta barreras de acceso al mercado laboral. Como consecuencia, C&W contrata en su mayoría madres cabeza de familia para trabajar en sus restaurantes. Esta población en muchos casos vive en un contexto de muy bajos ingresos y no ha completado sus estudios. Actualmente el 75 % de sus 4000 empleados son madres cabeza de familia y el 95 % de la fuerza laboral son mujeres. El segundo modelo de impacto es su cadena de suministros, por medio de la cual busca incluir a pequeños productores y evaluar las prácticas sostenibles a la hora de seleccionar proveedores. Este último programa todavía está en etapa de desarrollo con las experiencias piloto.

Por otra parte, en términos de mercado, C&W ofrece la posibilidad de vender grandes volúmenes y diversidad de productos. Su carta cuenta con más de trescientos productos. No existen muchas empresas que sean

cadenas de este tamaño³ que ofrezcan la posibilidad de vender productos especializados. La mayoría de cadenas de restaurantes del tamaño de C&W son de hamburguesas o comida rápida, por lo que resultan muy poco atractivas para un productor orgánico. Los estándares de calidad de C&W son altos, ya que su propuesta de valor se basa en ofrecer productos de alta calidad a precios razonables. Estas características del modelo de negocio de C&W permiten jalonar dentro de Orgánica la capacidad de producir mayores volúmenes, mejorar la calidad de sus productos, desarrollar las aptitudes administrativas para coordinar la producción y ofrecer una gama amplia de productos a precios competitivos en el mercado.

RESULTADOS DE DESEMPEÑO DE ORGÁNICA

El 1.º de abril del 2015, Orgánica completó su octava entrega de productos. Es decir que logró hacer entregas regulares a C&W durante dos meses, lo cual significó el cumplimiento satisfactorio del primer hito. Además, se pueden contemplar unos resultados preliminares del efecto en ingresos y producción que tuvo el acercamiento comercial a C&W. A continuación ahondaremos un poco más en estos resultados preliminares.

La primera entrega que hizo Orgánica fue el 11 de febrero del 2015. Según los productores fue la más complicada, pero a su vez la más liberadora. Para doña Olga, la primera entrega “trajo cosas muy positivas: que por fin dimos un paso después de cuatro años, que ha sido difícil, era el último empujón que nos hacía falta”.

A pesar de esto, el grupo de productores se enfrentó a distintas dificultades para poder cumplir. “La poscosecha fue un reto para nosotros: de 6 a 11 p. m. tres personas trabajando, pero fue posible”, agregó doña Olga. Ingrith, quien estaba liderando lo administrativo, había acordado con la jefe de compras de C&W que le confirmaría las cantidades de productos antes de la primera entrega, pero “cuando ya estaba allá afuera no le había llegado el correo”. Además, no sabía cuál era el lugar donde hacían las entregas de hortalizas en la planta de C&W. Este fue un momento de mucha angustia e incertidumbre para Ingrith, que se encontraba con un camión lleno de lechugas listas para entregar en la planta de producción de C&W. “Uno piensa que como en cualquier otra parte si uno no confirmó entonces no se puede”, relató Ingrith luego. Cuando finalmente encontró la puerta para entregar el producto, el encargado de recibir le pidió la factura. Ingrith no la tenía pues tampoco sabía que era indispensable emitir una factura. A pesar de los inconvenientes, Orgánica logró entregar 420 lechugas, 3 kg de batavia y 2,6 kg de acedera para una venta total de 670 000 pesos. Como consecuencia, superaron en un 5 % la meta estipulada en

3 Crepes & Waffles es la segunda cadena de restaurantes más grande de Colombia en ventas.

volumen de producción (400 lechugas) y en un 11,6 % la meta estipulada para ventas (600 000 pesos). El costo de transporte para la primera entrega fue el 22,39 % de las ventas.

Además, los dos primeros meses (ocho entregas) arrojan los siguientes resultados. El total de ventas para el periodo fue un 18,5 % más bajo que lo proyectado. Las ventas esperadas eran de 4 800 000 pesos y las reales fueron de 3 914 000 pesos. Es decir, Orgánica cumplió el 81,5 % de su meta en ventas. Es una muy buena cifra teniendo en cuenta las dificultades que enfrentaron en el proceso y si se considera el hecho de que fue su primera experiencia en este tipo de mercado. El costo de transporte como porcentaje de la venta osciló entre el 18 % y el 97 % en las distintas entregas. El costo de transporte representó el 30,7 % de las ventas totales. Sin embargo, el costo de transporte esperado como porcentaje de ventas era del 25 %. Por lo tanto, esta variable fue un 5,7 % más alta que la proyección inicial. Actualmente Orgánica recibe el 5 % de las ventas para cubrir sus gastos administrativos; lo demás va para el productor. En este periodo, la asociación pudo recolectar 195 700 pesos para su sostenimiento.

El balance del primer periodo de venta fue muy positivo para Orgánica. Actualmente se puede observar que la tendencia es a aumentar la producción y a diversificar productos. En resumen, Orgánica ha logrado responder al ritmo que exige el mercado a pesar de las fluctuaciones normales que ocurren en un proceso como este. En ninguna de las entregas se reportaron pérdidas, ni siquiera cuando se incorporan los costos de transporte. Esto quiere decir que se cubrieron siempre los costos de producción, incluida la mano de obra de los productores. Este fenómeno no es común en el campo colombiano. Finalmente, el rendimiento de Orgánica en estos dos meses, en términos de ingresos y producción, es inmensamente superior al de años anteriores. Por ejemplo, durante el 2014, Orgánica reportó ingresos por 10 000 000 de pesos, una cifra muy baja teniendo en cuenta que son ocho familias las que conforman la organización. Es decir que en dos meses Orgánica logró vender el 39,24 % del total de ventas del 2014. Mientras en el 2014, Orgánica vendió en promedio 833 000 pesos mensuales, el promedio de ventas mensual en los dos primeros meses de ventas a C&W es de 1 957 000, lo que se traduce en un incremento del 134,84 % en el promedio de venta mensual respecto al año anterior. Como consecuencia, una primera conclusión es que el acceso a este tipo de mercado ha traído un aumento significativo en la productividad que se ha traducido en mayores ingresos para los productores y la asociación.

TABLA 1.
Resultados parciales de relación comercial entre Orgánica y Crepes & Waffles (2015)

Entrega	Meta de ventas	Venta real	Variación	Cantidad proyectada	Cantidad real	Variación	Costo del transporte (% ventas)	Descuento Orgánica (5 %)
1	COL \$ 600 000	COL \$ 670 000	11,6 %	400	420	5 %	22,4 %	COL \$ 33 500
2	COL \$ 600 000	COL \$ 247 500	-58,8 %	400	165	-58,8 %	60,7 %	COL \$ 12 530
3	COL \$ 600 000	COL \$ 515 000	-14,2 %	400	360	-10 %	29,1 %	COL \$ 25 750
4	COL \$ 600 000	COL \$ 155 000	-74,2 %	400	90	-77,5 %	96,8 %	COL \$ 7750
5	COL \$ 600 000	COL \$ 466 500	-22,3 %	400	309	-22,8 %	32,2 %	COL \$ 23 325
6	COL \$ 600 000	COL \$ 290 000	-51,7 %	400	180	-55 %	51,7 %	COL \$ 14 500
7	COL \$ 600 000	COL \$ 832 500	38,8 %	400	525	31,3 %	18 %	COL \$ 41 625
8	COL \$ 600 000	COL \$ 737 500	22,9 %	400	481	20,3 %	20,3 %	COL \$ 36 875
Total	COL \$ 4 800 000	COL \$ 3 914 000	-18,5 %	3,200	2,530	670	30,7 %	COL \$ 195 700

ALGUNOS HALLAZGOS DEL PROCESO: CAMBIOS EN LAS BARRERAS ASOCIATIVAS, CULTURALES Y PRODUCTIVAS

Parte importante de los resultados del acercamiento a C&W fue la transformación, entre los miembros de Orgánica, de sus expectativas y percepciones en torno a su labor agrícola. La motivación de los productores fue el principal cambio en cuestión de organización y acción colectiva. La idea de que la agricultura pueda ser rentable y de que podía garantizar un proyecto de vida generó un cambio significativo dentro de Orgánica. En el mediano plazo existe la posibilidad de que al mes cada productor pueda ganar 1 000 000 de pesos mensual, que para el campo es una suma considerable. “Un jornal está a \$ 30 000, trabajando un mes de sol a sol como empleado de un cultivo se puede ganar \$ 700 000”, explica doña Olga (O. López, conversación personal, 13 de febrero, 2015). Como consecuencia, la posibilidad de ganarse un millón trabajando su propia tierra y gestionando su propio negocio significó un cambio importante de expectativas.

En palabras de don José, los productores estaban “apesadumbrados, pues el tiempo pasaba y no veían resultados” (J. Reyes, entrevista, 13 de febrero, 2015). Así mismo, antes del acercamiento a C&W se presentaban tensiones entre los cultivadores sobre el proceso de siembras, pues algunos de los miembros de la organización no cumplían con objetivos productivos argumentando que no tenían tiempo. Sin embargo, en el momento de preparar la tierra y las camas para empezar a vender a C&W todos estuvieron listos una semana antes de la fecha acordada. La desconfianza que existía entre los socios también se mitigó con las primeras ventas. “Después que empezamos a vender sí le creí a Ingrith, ahora ya le digo doctora”, relata don José. Los socios de Orgánica empezaron a trabajar con dedicación, con el objetivo de cumplir el plan de siembra pactado para surtir a C&W. Por otra parte, las reuniones se volvieron espacios más dinámicos y mejoró la asistencia. En esta medida, la percepción de algunos productores con respecto a las reuniones cambió. “Antes uno no veía nada y decía para qué voy a ir allá a perder tiempo, ya uno ve que tiene la necesidad de asistir porque si no se queda relegado”, afirma Víctor Echarría, productor de Orgánica.

Según los productores de Orgánica, se han hecho avances significativos en la administración de los cultivos desde que se iniciaron las ventas a C&W. “Entender la parte administrativa y poder programar cultivos ha empoderado al productor”, sostienen varios miembros de Orgánica. La experiencia de aprender el aspecto administrativo de la producción para cultivadores como doña Cristina ha sido “un despertar”, ya que considera ha roto con la timidez que caracteriza al productor que no se siente cómodo cuando se expresa. “Nos hemos despertado, como que la vida llama más alegría, uno ya ve que sí puede salir adelante sin necesidad de

los demás, uno también puede solo”, afirma doña Cristina (C. Gutiérrez, entrevista, 13 de febrero, 2015). Actualmente, cada miembro de la asociación siembra 300 lechugas de una variedad cada semana. Las variedades las rotan para que todas las huertas conserven la diversidad. Tener la certeza de que existe un mercado ha llevado a que la producción aumente y haya regularidad en las cantidades que se producen. Además, las prácticas productivas se estandarizaron en las distintas fincas. La aplicación de abonos se hace en unas cantidades específicas, dependiendo del suelo. Antes, los socios aplicaban los abonos “al ojo”. Las dimensiones de las camas también se estandarizaron en la mayoría de fincas. Usan camas de 10 por 1,2 m. Por cama producen 200 lechugas. Esta medida permite que se programen las siembras con mayor facilidad, pues están diseñadas para cumplir la cuota de 200 lechugas semanales, a lo que cada productor se comprometió.

Otro fenómeno interesante que ha generado el acercamiento a C&W es la creación de nuevos roles. Víctor Echavarría se ha interesado en desarrollar herramientas y tecnología para la agricultura de pequeña escala. La idea de ver la finca como un laboratorio despertó su interés para diseñar dichas herramientas. Actualmente, creó un azadón pequeño y un rastrillo para desmalezar entre las lechugas con mayor facilidad. Otro ejemplo de este fenómeno es el que se presentó con el encargado de transporte, quien debe verificar las condiciones de calidad antes de ingresarlas al camión. Teniendo en cuenta que cada finca hace su poscosecha, ha resultado definitivo dentro de la operación de Orgánica el control de calidad que hace el transportista pues es el último punto de control de antes de la entrega. Don José ha apoyado a Ingrith en la compra de canastas y materiales. “Desde que Ingrith confía en nosotros para delegar, podemos avanzar más”, afirma (J. Reyes, entrevista, 13 de febrero, 2015). La habilidad de doña Cristina para la poscosecha hizo que otros productores la contrataran para esta labor. Como consecuencia, ella además de producir ahora cuenta con un empleo dentro de la misma asociación. La política de recolectar el 5 % de las ventas para Orgánica hace que la asociación esté cada vez más cerca de poder pagarle un sueldo a Ingrith como administradora. Cuando esto ocurra, ella podrá dedicarse exclusivamente a liderar la asociación.

En cuanto a las barreras culturales, los efectos en el entorno y la comunidad generados por el vínculo comercial entre Orgánica y C&W ya se han empezado a notar. La noticia de que Orgánica inició una relación comercial con C&W no tardó en conocerse en Chocontá. Como lo relatan varios miembros de Orgánica, al principio la gente no lo podía creer. Mientras para Orgánica su vínculo con C&W generó visibilidad y estatus, para los pobladores de Chocontá la noticia sirvió como fuente de inspiración para darse cuenta de que existen oportunidades en el campo. “Esto le abre la cabeza a la gente de la región que ahora ven más oportunidades.

Hoy se preguntan si esos pequeños pudieron entrar, ¿por qué nosotros no?", comenta Ingrith sobre este particular (I. Camelo, entrevista, 14 de abril, 2015). Hoy algunos de los productores que se habían retirado de la asociación quieren regresar. Estos productores se retiraron en el pasado ante las adversidades que enfrentaron con la comercialización. Además, Orgánica cuenta con diez nuevos interesados en ser parte de la organización. Algunos jóvenes han manifestado también su interés en participar en el proyecto. El hijo de doña Cristina, Oscar, quiere montar un cultivo orgánico como proyecto de vida. El hijo de doña Matilde, por su parte, está interesado en empezar a producir fresa orgánica. Las diez mujeres productoras de agrás de Villapinzón también están interesadas en entrar a hacer parte de Orgánica, pues cultivan hortalizas.

Actualmente, uno de los objetivos de Orgánica es brindarle oportunidades a la gente local de encontrar un proyecto de vida en el campo. "Yo siempre he dicho que Orgánica no puede ser únicamente Chocontá, sino también Suesca, Sesquilé, Machetá y muchos municipios más donde campesinos interesados puedan asociarse para seguir replicando el modelo", afirma Ingrith. Para los productores, su asociación y otras asociaciones de productores similares pueden ser el vehículo para que el campo vuelva a poblarse. "Si hay gente que quiere hacer lo mismo que nosotros va a volver a repoblarse el campo, y repoblándose el campo sabemos que va a haber comida para todos", afirma don Víctor (V. Echavarría, entrevista, 13 de febrero, 2015).

Para don José esta oportunidad lo hace vislumbrar un futuro "con granjas bien hermosas y gente viniendo a culturizarse en el campo" (J. Reyes, entrevista, 13 de febrero, 2015). Los productores quieren enseñarles a las personas de la ciudad las prácticas orgánicas y la riqueza de la tierra en Colombia. Además, los productores de Orgánica quisieran mostrar que en el campo se vive bien y se "le da comida sana a toda la familia de la ciudad" (J. Reyes, entrevista, 13 de febrero, 2015). Para los productores, más allá de generar ingresos, la oportunidad de comercialización les ha permitido disfrutar con tranquilidad el proyecto de vida que les brinda el campo, el cual quieren compartir con la gente de la ciudad. Don José afirma:

Yo estoy contento, me ha dado estilo de vida o por lo menos lo he imaginado así, yo no aspiro mucho a ganar, mi sueño es promover el campo, hacer turismo, que vengan papás e hijo a ver las gallinas y comprar las lechugas. Que la gente llegue a comprar un cuadrado de tierra y vivan bonito, es un gran futuro, no para nosotros, sino para mucha gente. (J. Reyes, conversación personal, 13 de febrero, 2015)

C&W Y ORGÁNICA: UNA INTERVENCIÓN CONTROLADA

Para los productores, algunas características de C&W fueron fundamentales para fortalecer la motivación del grupo. Por ejemplo, la historia de cómo empezó C&W fue una fuente de inspiración temprana. Ingrith, consciente del posible impacto motivacional que esto tendría en los miembros de la organización, les mostró a los productores algunas conferencias en YouTube de los fundadores de C&W, en la reunión en la que discutieron la posibilidad de acercarse a dicha empresa. Al respecto, don José comenta:

Crepes en algún momento empezó pequeño como nosotros, iban y compraban las mejores lechugas seguramente a Abastos. Nosotros somos un Crepes más desarrollado porque ya estamos vendiendo, cuando ellos empezaron quizás solo a 5 personas les gustaba ir a comer allá. (J. Reyes, conversación personal, 13 de febrero, 2015)

Don José visitó por primera vez un restaurante de C&W a raíz de que iban a empezar a venderle a esa empresa. “Hice cola desde las 11 de la mañana, y mientras comíamos había una cola más larga, se ve que nuestro producto tiene futuro vendiendo a estas personas”, relató sobre su experiencia (J. Reyes, conversación personal, 13 de febrero, 2015).

Además, la posibilidad de aumentar la cuota de lechugas y otros productos paulatinamente implica un menor desgaste por parte de los productores. “Con el excedente de producción podemos abastecer los mercados pequeños sin desgastarnos”, agregó Ingrith (I. Camelo, entrevista, 13 de febrero, 2015). El hecho de que C&W compre lechugas más pequeñas que el mercado normal ha acortado los ciclos de producción y ha mejorado el flujo de caja para los productores. Otra característica clave de C&W fue su flexibilidad respecto al proceso de compra. “Nos ha ayudado el apoyo de la gente de Crepes, que han tenido paciencia para aguantar nuestra ignorancia inicial y acompañarnos en el primer paso”, concluyó doña Cristina (C. Gutiérrez, conversación personal, 13 de febrero, 2015). Gran parte del éxito del experimento se debe a que C&W toma una posición de intervención controlada desde su capacidad financiera. Es decir, pone a disposición sus capacidades y equipo para crear las condiciones apropiadas con el fin de que la relación comercial se desarrolle y perdure.

CONCLUSIONES

Algunos de los resultados de esta intervención muestran que el arrastre desde el mercado fue efectivo al desencadenar diversos cambios en lo productivo, lo asociativo y lo cultural.

En lo productivo se resaltan los procesos desarrollados por los productores de Orgánica para planear su producción y llegar de manera programada al mercado, práctica inexistente antes del contacto comercial. Por otro lado,

se estandarizaron el marco de siembra y las prácticas agrícolas entre los productores, quienes antes aplicaban insumos "a ojo" y después del contacto comercial empezaron a hacer aplicaciones según las necesidades de cada cultivo. Esto trajo como consecuencia un aumento en la capacidad de ofertar sus productos de manera regular y con una mejora en calidad.

Desde el punto de vista asociativo, las transformaciones en el proceso de toma de decisiones y en la acción colectiva también fueron evidentes luego de que Orgánica encontró un comprador estable para sus productos. El acceso a un mercado estable hizo que los productores se alinearan hacia un objetivo común, lo que aumentó la participación de los miembros en la toma de decisiones y en la operación, el cumplimiento de las responsabilidades y la coordinación para llegar en bloque al mercado. Los nuevos roles que surgieron entre los productores de la asociación le agregaron valor al producto e incrementaron la eficiencia en los procesos productivos. Los productores empezaron a hacer una administración de los cultivos, implementando prácticas para llevar registros de las actividades de cultivo.

El vínculo comercial entre Orgánica y C&W generó un rompimiento en muchas de las creencias que existían sobre las capacidades de los campesinos y las oportunidades que brinda el campo. Para los productores, el acuerdo comercial abrió la posibilidad de recibir una remuneración justa por su trabajo en el campo, cosa que creían imposible de lograr en su condición de pequeños productores pues siempre eran víctimas de los intermediarios. Dentro de su comunidad, los productores de Orgánica ganaron admiración y estatus por su labor y hoy sirven de ejemplo para demostrar que existen mercados institucionales que valoran el producto campesino.

Finalmente, vale la pena resaltar que el acompañamiento y apoyo a los productores por parte del equipo de C&W fue fundamental en el éxito de la intervención comercial. A pesar de que el acercamiento comercial inicial fue exitoso y catalizó procesos de transformación dentro de Orgánica, C&W debe continuar su labor de apoyo a la asociación. De igual manera, la asociación debe estar en capacidad de responder de manera proactiva a las exigencias de mercado de C&W. Por lo tanto, para futuros acercamientos entre C&W y pequeños productores, se recomienda buscar intervenciones filantrópicas o públicas puntuales que apoyen a la asociación en su desarrollo como proveedor. De esta manera, la empresa puede apoyarse en organizaciones especializadas en brindar apoyo técnico y asociativo a pequeños productores y al mismo tiempo externalizar los costos que implica desarrollar a un proveedor. Esta estrategia híbrida, entre intervenciones que jalonan desde el mercado e intervenciones puntuales que empujan y acompañan desde lo público, puede resultar efectiva para superar las barreras que enfrenta el pequeño productor, con la ventaja que

otorga la fuerza transformativa del mercado cuando se pone al servicio de una problemática social.

BIBLIOGRAFÍA

- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE) (2001). Censo Nacional del Cultivo de Papa. Disponible en http://www.dane.gov.co/files/investigaciones/agropecuaria/enda/ena/papa_censo_cundinamarca.pdf.
- Duque, M. y Montes del Olmo, C. (2011). Los servicios ecosistemas de Chocontá: un ejercicio de percepción de con sus habitantes. *Nova. Publicación Científica en Ciencias Biomédicas* [en línea] 9 (15): 113-214. Disponible en http://www.unicolmayor.edu.co/invest_nova/NOVA/NOVA16_ARTORIG7_CHOCONTA.pdf. Consultado el 30 de marzo del 2015.
- Márquez, P., Reficco, E. y Berger, G. (2010). *Negocios inclusivos*. Washington, D. C.: Banco Interamericano de Desarrollo.
- Oxfam. (2014). *Experiencia de comercialización con restaurantes*, p. 10. Bogotá.
- Programa de Transformación Productiva (2013). Plan de Negocios de Fresa. Disponible en <https://www.ptp.com.co/documentos/PLAN%20DE%20NEGOCIO%20FRESA%20diciembre.pdf>.

**SEMILLAS DE PERMANENCIA.
EL LUGAR DE LAS SEMILLAS
PARA LOS CAMPESINOS DE
LOS MONTES DE MARÍA***

Cristina Consuegra

Así como algunas lecturas nos remiten a páginas ya leídas, este artículo inicia recordando la introducción a un libro anterior sobre semillas y sus guardianes. El primer párrafo de ese libro, y ahora el de este artículo, aludía al microcosmos contenido en una semilla; en otras palabras, a su capacidad de germinar, madurar, convertirse en una planta con raíces, tallos y hojas y, por esta misma senda, reproducirse para crear semillas otra vez. No menos fascinante, continuaba el párrafo, es que la información genética que se transmite a través de los ciclos de vida de las semillas determina desde su comportamiento ante condiciones de estrés hídrico, plagas y enfermedades, hasta el tiempo de cocción, su sabor y capacidad de almacenamiento (Almekinders y Louwaars, 1999). Las semillas son la base de la civilización humana (Miller y Watterstrom, 2000; Shiva, Lockhart y Schoff, 2013) así como su posibilidad futura. Son, acaso, el hilo de la vida.

Durante los últimos años, la discusión acerca de la privatización y control corporativo¹ de las semillas tradicionales² por parte de las compañías

* Para citar este artículo: <http://dx.doi.org/10.15425/2017.05>

- 1 De acuerdo con Gutiérrez (s. f.), en la década de los noventa la integración vertical y horizontal de las compañías de semillas, biotecnología y agroquímicos produjo la conformación de un grupo de seis transnacionales que actualmente dominan el mercado: Monsanto, Syngenta, DuPont, Dow Chemical, Bayer y BASF. Para marzo del 2016, el mercado de los agroquímicos lo dominaban Syngenta (recientemente adquirida por ChemChina) y Bayer; con una participación del 19% y 18% respectivamente; por su parte, el mercado de semillas aparece liderado por Monsanto y Dupont (fusionada desde el 2015 con Dow Chemical) con una participación, cada una, del 26% y del 21% (Burger y Stone, Reuters, 18 de marzo del 2016).
- 2 Con *semillas tradicionales* me refiero a las semillas que hacen parte de los sistemas productivos y la memoria cultural de las comunidades agrícolas del país. Incluyen las variedades nativas y criollas, es decir, aquellas de origen americano y aquellas que estas mismas comunidades han adoptado y adaptado a sus sistemas productivos. Ejemplo de esto último son las semillas de patilla, millo y ñame que trajeron consigo los esclavos en sus embarcaciones y que hoy en día son fundamentales tanto en sus cultivos como en sus dietas (Carney y Rosomoff, 2009; Morales, 2010).

de biotecnología se ha acentuado³. En Colombia, aunque esta discusión es de vieja data, se ha retomado y reforzado a la luz de los compromisos adquiridos por el Gobierno en el marco de los tratados de libre comercio, en particular, en el frente de los derechos de propiedad intelectual. A su vez, el escalamiento de esta discusión ha venido de la mano del surgimiento, reafirmación y articulación de diferentes organizaciones de la sociedad civil que abogan por la defensa de las semillas y que dentro de sus iniciativas incluyen programas de recuperación, conservación, dispersión y comercialización de estas. Si bien en este artículo no voy a ahondar en la arquitectura legal que soporta esta discusión, la referencia más general al contexto que atraviesa la problemática de las semillas tradicionales es ineludible. De hecho, esta problemática trasciende las fronteras nacionales y es el motor de una plétora de movimientos campesinos, indígenas y afrodescendientes a escala mundial.

Con un estudio de caso referido a un grupo de pequeños productores⁴ de los Montes de María, quienes se identifican a sí mismos como guardianes de semillas innatos, en este artículo busco transmitir la manera como estos productores se relacionan con las semillas, las significan y atribuyen un lugar central en sus vidas. Esto me interesa particularmente porque en el marco de la discusión sobre la privatización y control corporativo de las semillas, comprenderlas desde la perspectiva de quienes cotidianamente, y por generaciones, se han encargado de seleccionarlas, reproducirlas y conservarlas cuestiona las decisiones que sobre desarrollo rural y política agraria han privilegiado la agricultura corporativa, a la vez que es un llamado a que la ciudadanía y el Gobierno reconozcan y asuman su corresponsabilidad frente a la labor que cumplen las comunidades agrícolas del país de salvaguardar nuestro patrimonio agroalimentario y recrear sistemas productivos biodiversos y resilientes, lo que Baptiste llama *sistemas agroalimentarios inteligentes*⁵. Así, basándome en entrevistas semiestructuradas y a profundidad, al igual que en observación participante, me propongo reflexionar acerca de la complejidad cultural y social de las semillas, y cómo la negación u omisión de lo anterior violenta las formas de vida de las comunidades agrícolas, además de que facilita la simplificación, apropiación y mercantilización de las semillas (Fairhead, Leach y Scoones, 2012; Krickeff, 2012; Leach, Fairhead y Fraser, 2012). Frente a

3 La discusión para América Latina y Colombia, en particular, se puede rastrear en la página web del Grupo Semillas. Allí están publicados trabajos importantes sobre las normativas de semillas (i. e. Bravo, 2015) y debates como el de la audiencia pública sobre semillas que organizaron los congresistas Alba Luz Pinilla y Wilson Arias el 7 de octubre del 2013 en Bogotá.

4 A pesar de que inicialmente aludo a este grupo de *guardianes de semillas* como pequeños productores, a lo largo del artículo utilizaré este y el término *campesinos* de manera indistinta. Esta decisión responde a que ellos se reconocen y refieren a sí mismos como productores y como campesinos a la vez, por lo que aquí no busco problematizar ninguno de estos dos términos.

5 Columna de Brigitte Baptiste, 7 de julio del 2016, *La República*, "Sistemas agroalimentarios inteligentes".

esto último, resulta interesante el paralelo con los proyectos coloniales de exploración científica que dieron origen a los primeros jardines botánicos y museos de historia natural, en el sentido de que se erigieron sobre una concepción instrumental y mercantilista de la naturaleza (Nieto, 2008); de hecho, la misma que durante siglos ha formado y reproducido el pensamiento moderno occidental (Kapra, 1996; Glacken, 1967 en Ingold, 2000; Ingold 2011; Harding, 2006).

La escogencia de los Montes de María como estudio de caso está relacionada con una investigación más amplia sobre la agrobiodiversidad asociada al bosque seco tropical de la región Caribe en la que trabajé desde marzo del 2015 hasta marzo del 2016 en el Fondo Patrimonio Natural. Dicha investigación se enmarcó dentro del Programa Paisajes de Conservación⁶, cuyo objetivo fue mejorar la gobernanza, conservación y uso de los recursos del bosque seco por medio de la implementación de acuerdos de conservación con familias de pequeños productores, los cuales incluyeron, como estrategia principal, la consolidación de corredores de conectividad biológica y producción sustentable entre remanentes de bosque. En el marco de esta iniciativa, la región de los Montes de María era crucial debido a que en el municipio San Juan Nepomuceno se encuentra el santuario de flora y fauna Los Colorados, uno de los relictos restantes de este bosque más importantes en el país por el número de especies endémicas que alberga y porque el bosque seco es el ecosistema más amenazado del país y del mundo⁷.

Dentro del modelo de los corredores de conservación-producción, el uso y manejo de las semillas nativas y criollas resultó fundamental. Primero, estas semillas están adaptadas a la estacionalidad del bosque, lo que significa que poseen una codificación genética que las hace particularmente resistentes a las épocas de sequía (menos de 100 mm de lluvia al año), así como a las altas temperaturas que se presentan en él (Pizano y García, 2014). Lo anterior es especialmente importante de cara a las preocupaciones contemporáneas por el cambio climático y la seguridad y soberanía alimentarias que atraviesan las agendas ambiental y agrícola a escala nacional e internacional⁸. Segundo, articular la conservación con actividades productivas implicó reconocer la existencia de una “naturaleza socializada” (Descola, 1986) y, en términos prácticos, la promoción de un

6 Este programa fue financiado por la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) y tuvo injerencia en los departamentos de La Guajira, Cesar, Magdalena, Atlántico y Bolívar.

7 Este ecosistema cubría alrededor de 9 000 000 de ha en el país; hoy en día la deforestación alcanza el 92 % y, dentro de este, el 65 % presenta desertificación. En otras palabras, en estas tierras la producción agrícola o ganadera es inviable y su recuperación irreversible. Además, solo el 5 % del bosque restante hace parte del Sistema Nacional de Áreas Protegidas (Sinap), lo cual refuerza su vulnerabilidad (Pizano y García, 2014).

8 Para darse una idea de las agendas ambiental y agrícola a nivel nacional e internacional, véanse <http://ciat.cgiar.org> y www.croptrust.org, entre otros.

sistema productivo agroecológico donde la recreación de los conocimientos locales y el uso de recursos propios como las semillas tradicionales son esenciales (Altieri, 1995).

El artículo cuenta con tres secciones además de esta introducción. En la primera sitúo la discusión de la privatización y control corporativo de las semillas en el marco de la modernización de la agricultura y sus implicaciones en términos de la erosión tanto de la diversidad genética agrícola como de la diversidad cultural y la memoria asociada a estas. En la segunda sección presento el estudio de caso y, enseguida, con el apoyo de las entrevistas y mi observación participante, vuelvo sobre la voz de los pequeños productores montemarianos para dar cuenta de la complejidad social y cultural de las semillas a partir de la comprensión y la relación que ellos mismos tienen con ellas. Finalmente, en las consideraciones finales discuto los hallazgos de la sección anterior a la luz del sistema alimentario contemporáneo y dejo abierta la pregunta acerca de la corresponsabilidad que tiene el Gobierno, y nosotros como ciudadanos, por ejemplo, con nuestros hábitos de consumo, al descubrir y reconocer que las semillas son símbolo de vida, proceso y permanencia, y que la labor de las comunidades agrícolas frente a la conservación y recreación del patrimonio agroalimentario y la resiliencia del sistema como parte de un todo es irremplazable y fundamental.

LA HEGEMONÍA DE LOS “MONOCULTIVOS MENTALES” Y SUS IMPLICACIONES PARA LAS COMUNIDADES AGRÍCOLAS

En América Latina el proceso de modernización de la agricultura⁹ se dio a mediados del siglo xx con la Revolución Verde¹⁰. Este modelo consistió en la introducción de semillas híbridas o de alto rendimiento, el uso intensivo de agroquímicos, la implementación de sistemas de riego y el desarrollo de monocultivos que se beneficiaran de economías de escala (Arango, 2005; Teubal, 2001 en Estrada, 2012). La puesta en marcha de este modelo y su legitimación se sostuvo sobre el argumento de presionar la producción mundial de alimentos para satisfacer el aumento de su demanda, así como atacar los problemas de hambre y desnutrición globales desatados por el crecimiento acelerado de la población mundial durante

9 Para Jollivet (1997 en Estrada, 2010), el concepto de *modernización de la agricultura* se refiere a la penetración del capitalismo en la agricultura, el cual tuvo como consecuencia la integración de las sociedades rurales campesinas, con un estatus de autonomía relativa, a la sociedad global. Esto derivó en que pasaran de ser concebidas como sociedades campesinas a sociedades agrícolas, lo que implica comprenderlas como un grupo profesional, un sector económico o una clase social (Estrada, 2012).

10 En América Latina este modelo fue introducido en la década de los cincuenta del siglo xx por multinacionales como la Fundación Rockefeller, Nebraska, Michigan y Kellogg (Arango, 2005).

la posguerra¹¹. Si bien el modelo de la Revolución Verde logró su objetivo de producir más alimentos por hectárea y por trabajador que antes, desde entonces y hasta hoy los problemas de hambre y desnutrición en el mundo siguen sin resolverse. De hecho, lo que ha develado este modelo y sus variaciones contemporáneas es que estos problemas no son el resultado de la oferta de alimentos *per se*, sino que están estrechamente relacionados con el acceso y la distribución de estos (FAO, 2011; Mohamed, 2014). Además, como sostiene Pretty (2009), los sistemas productivos agroindustriales solo pueden considerarse eficientes si se ignoran sus externalidades negativas, entre las que se encuentran, para efectos de este artículo, la erosión de la diversidad genética agrícola y la memoria cultural asociada a esta, la pérdida de la soberanía y el control de los pueblos sobre la producción de alimentos y la disminución o destrucción de la capacidad de respuesta y adaptación del sistema alimentario ante escenarios de riesgo y cambio climático.

Según Altieri (2015), una mirada rápida a la configuración del sistema alimentario contemporáneo indica que el 70 % de la tierra arable en el mundo está sembrada con cultivos comerciales o *commodities* —los cuales producen principalmente, aunque no enteramente, biomasa— y que el 30 % restante le pertenece a pequeños y medianos productores, quienes se encargan de producir entre el 50 % y el 60 % de los alimentos destinados para el consumo humano¹². De esta última cifra, que el Grupo ETC (2013) estima en el 70 %, “el 50 % proviene de zonas rurales; el 7,5 % de urbanas; el 12,5 % proviene de la caza y recolección[;] [y el] 30 % restante pertenece a la cadena alimentaria industrial”. Por otro lado, los aproximadamente 1500 millones de familias que producen el porcentaje de alimentos para el consumo mundial mencionado reúnen alrededor de 1,9 millones de variedades diferentes de cultivos (Altieri, 2015), lo que da cuenta de la agrobiodiversidad y la capacidad de resiliencia de la agricultura familiar de pequeña y mediana escala. Más aún, a partir de la exploración y la práctica en torno a esta diversidad biológica, quienes trabajan la tierra crean conocimientos íntimos y profundos de la naturaleza, los cuales son constantemente recreados, compartidos, confrontados y renovados (Bhatti, 1999; Bhatti y Church, 2001). No obstante lo anterior, las estimaciones

11 Actualmente, aunque permanece vigente la preocupación por la escasez de alimentos a la luz de los fenómenos contemporáneos de aumento poblacional, urbanización y modernización de las dietas (UNFPA, 2007; Steel, 2013; Domingos, Sobral y West, 2014, p. 3), los cuestionamientos frente a la seguridad y soberanía alimentarias (De Zeeuw, 2000; Mougeot, 2000) y la sostenibilidad tanto del sistema alimentario (Garnett, 1996; Shattuck y Holt-Gimenez, 2010; Mohamed, 2014) como de las ciudades (Girardet, 1992) han contribuido a la emergencia y expansión de alternativas como la agroecología o la permacultura en contextos rurales y urbanos (Van Veenhuizen, 2006; Graeme, 2014).

12 Para el caso colombiano, como rescata Gutiérrez (s. f.), también la agricultura de pequeña escala es la principal productora de alimentos básicos para el consumo humano: “Según el PNUD, los cultivos predominantes campesinos en Colombia siguen siendo los que abastecen la canasta básica como hortalizas y frutas, caña panelera, frijol, maíz, trigo, plátano, yuca y ñame entre otros (PNUD, 2011, p. 64)”.

de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) sugieren que la tasa de erosión de la agrobiodiversidad se ubica entre el 1 % y el 2 % anual, de lo que se infiere que a escala mundial ya se debe haber perdido alrededor del 75 % (RAFI, 1997 en Nazarea, 2005). Esta pérdida irrecuperable, como efectivamente ha ocurrido con las variedades de maíz, trigo y arroz (Nazarea, 2005) es en últimas una pérdida del patrimonio común de la humanidad (Ray, 2012).

Entonces, la tendencia hacia la uniformidad biológica o monocultivo de la Revolución Verde estuvo acompañada por la construcción discursiva del Sur global como rico en biodiversidad pero pobre en tecnología —y la del norte como su espejo invertido— (Escobar, 1996; Nazarea, 1998, 2005), la cual contribuyó a instituir un modelo de valoración binaria en el que las semillas tradicionales fueron concebidas como inferiores en relación con las semillas híbridas. Se instauró así una suerte de perspectiva teleológica de la historia pero traspuesta a las semillas, en la que paradójicamente las tradicionales y resilientes pasaron a ser percibidas como primitivas o simplemente como materia prima, y las híbridas y estériles a representar la versión moderna o su producto terminado (Shiva, 1993; Gutiérrez, s. f.).

En relación con lo anterior, resulta interesante volver sobre la historia del pensamiento moderno occidental, en particular, sobre la dicotomía naturaleza/cultura, que ha sido una discusión central en antropología (Descola y Pálsson, 1996) y frente a la que la etnografía y la atención puesta sobre los conocimientos locales de la naturaleza han sido aportes fundamentales (Escobar, 1998). Siguiendo a Ingold (2000) en su lectura de Glacken (1967), el dualismo naturaleza/cultura se sostiene sobre la creencia antropocéntrica y muy enraizada de que el hombre tiene el poder de subordinar a la naturaleza por medio de su racionalidad. A esta creencia se suma la percepción de la naturaleza como un escenario dado e inerte en el que el desarrollo de la vida humana, entendido como una narrativa independiente de la naturaleza, acontece o tiene lugar (Tilley, 1994; Casey, 2001; Harding, 2006; Ingold, 2011). Así, Ingold (2000, 2010) sostiene que tras esta separación permanece implícita la noción de la razón humana como proveedora de la forma —por medio del diseño premeditado— y la de la naturaleza como suministradora de la sustancia o materia sobre la que dicha forma se cristaliza.

Trasladado ahora al campo de las semillas, el mejoramiento fitogenético que hacen las transnacionales de biotecnología como Monsanto y Dupont, el cual se basa principalmente en la apropiación de semillas domesticadas por los agricultores para la creación de nuevas variedades estandarizadas (híbridas y genéticamente modificadas), puede leerse como una expresión más de la creencia del dominio de la razón humana (o forma) sobre la naturaleza (o materia). Lo anterior no solo tiene implicaciones importantes frente a la manera como se presenta y trata a la naturaleza en el marco de

la agricultura corporativa, a saber, como un recurso sin sentido ontológico propio y a ras explotable, sino también frente a las comunidades rurales como las de los Montes de María para quienes no existe una separación tajante entre su lugar y el de las semillas. Como veremos más adelante, para ellos las semillas son un símbolo de vida, proceso y permanencia. Las consideran incluso miembros de su familia.

Entendidas entonces como “muchísimo más que un recurso productivo” y como “simultáneamente fundamento y producto de culturas y sociedades a través de la historia”¹³, las semillas son en efecto el resultado de una “compleja red de relaciones siconaturales” dentro de la que simultáneamente operan procesos biológicos y humanos (Van Dooren, 2008 en Gutiérrez, s. f., p. 8). Son “cocreaciones entre la naturaleza y el hombre” (Gutiérrez, s. f., p. 8; Shiva *et al.*, 2013) o lo que la literatura antropológica —particularmente los estudios en cultura material— entiende como cuasiartefactos culturales (Tilley, 2009). Visto así, las semillas no pueden entenderse de manera aislada a las sociedades que históricamente se han encargado de seleccionarlas, reproducirlas y conservarlas; por el contrario, es en relación con estas sociedades, sus conocimientos y prácticas locales que las semillas integran diferentes capas de significado.

Nazarea (2005) sostiene que uno de los mayores logros de la Revolución Verde fue consumir su hegemonía por medio de la inserción y adopción —por parte de las comunidades agrícolas y la sociedad en general— de lo que Shiva (1993) llama los *monocultivos mentales*. Como se anotó, la tendencia hacia el monocultivo se concibió como sinónimo de la modernización del campo, sin considerar la erosión irreversible que esto implicaría para la agrobiodiversidad y la memoria cultural de las comunidades rurales. Luego, con el propósito de proteger los desarrollos tecnológicos realizados por las compañías de biotecnología sobre la base genética de las semillas, durante la segunda mitad del siglo pasado se creó la Unión para la Protección de Obtentores Vegetales (UPOV). Actualmente, el alcance de este acuerdo se traduce en que el 80 % de las semillas comerciales del mundo están cobijadas por él (Shiva *et al.*, 2013); en otras palabras, se rigen bajo un sistema de derechos de propiedad intelectual que restringe la reproducción de las variedades vegetales protegidas. Para el caso colombiano, la primera versión de este acuerdo que entró en vigencia fue el UPOV 1978, el cual fue aprobado por la Comunidad Andina de Naciones bajo la Decisión 345 de 1993. Esta versión antecedió la más rígida de 1991, que en el marco del TLC con Estados Unidos pasó a constituir una “obligación adquirida” y opera, a grandes rasgos, como un sistema

13 Extraído de la campaña por la defensa de las semillas de la Vía Campesina, disponible en: <http://viacampesina.org/es/index.php/noticias-de-las-regiones-mainmenu-29/1016-reunion-campana-semillas-cloc-via-campesina>.

de patentes¹⁴. Con relación a esta, sin embargo, por “falta de consulta previa”, en el 2012 la Corte Constitucional declaró inexecutable la Ley 1518 del 2012 que la aprobaba.

Por su parte, las organizaciones de base que abogan por la defensa de las semillas tradicionales, como por ejemplo la Red de Semillas Libres de Colombia (RSL), la Red Agroecológica del Caribe (Recar), la Red de Guardianes de Semillas de Vida o la Vía Campesina, cuestionan la legitimidad de los acuerdos UPOV en tanto que sostienen que las semillas son “patrimonio común de la humanidad”¹⁵. En este sentido, estas organizaciones declaran que las semillas son el resultado de procesos biológicos y de domesticación agrícola que se remontan y han permanecido en el tiempo gracias a la transmisión descentralizada y colectiva tanto de conocimientos locales como de prácticas desarrolladas por las comunidades agrícolas. En palabras de Fabriciano Ortiz, un guardián de semillas que pertenece a la RSL: las “poblaciones rurales [...] hemos mantenido y mejorado el proceso creativo de la biodiversidad, aclimatando semillas de las diversas regiones, prestándolas e intercambiándolas entre vecinos y comunidades”¹⁶. Así mismo, estas organizaciones defienden los sistemas informales de semillas, en los que la conservación se hace *in situ* —localizada en el territorio— y las semillas circulan y se acceden de manera libre y comunitaria (Gutiérrez, s. f.)¹⁷. Estos sistemas, además, se rigen por normas socioculturales y abogan por proteger los principios de soberanía en semillas (Almekinders *et al.*, 1999) y alimentaria, que, de hecho, constituyen los derechos de los campesinos aprobados en el 2013 por la ONU. Bajo esta misma perspectiva, Ray (2012) señala que históricamente las semillas han sido una responsabilidad compartida, en el sentido de necesitar la colaboración de varias manos para su cuidado y reproducción. En efecto, los guardianes de semillas como los de los Montes de María, o en general los que se encuentran por todo el país, practican una labor colectiva, cotidiana y fundamental de salvaguardar nuestro patrimonio agroalimentario, así como de reproducir sistemas productivos biodiversos y resilientes.

14 Las normas que regulan los acuerdos UPOV prohíben la reproducción de las semillas certificadas, en tanto que afirman que esto atenta contra los derechos de propiedad intelectual de los obtentores vegetales. Lo mismo opera para las semillas transgénicas, regidas por patentes. Para una explicación comprensiva del andamiaje legal de las semillas véase: “La vida no se privatiza”, *Revista Semillas* 53/54 (diciembre del 2013).

15 “Las semillas: patrimonio común de la humanidad” es el nombre de la campaña que lanzaron la Vía Campesina, Friends of the Earth Internacional y otras organizaciones aliadas durante la Cumbre Mundial de la Alimentación que se llevó a cabo en Roma en el 2002.

16 Tomado del video de la ponencia de Fabriciano Ortiz durante la audiencia pública de semillas del 7 de octubre del 2013, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=wkG6YMWCR4o>.

17 A pesar de las normativas vigentes sobre semillas, se estima que en América Latina más del 70% de las semillas que usan los agricultores provienen de este tipo de sistemas informales (Moreno, Puldón y Ríos, 2009).

EL CASO DE LOS MONTES DE MARÍA

Los Montes de María están conformados por 15 municipios que hacen parte de los departamentos de Sucre y Bolívar¹⁸. A estos municipios los atraviesa una larga trayectoria de conflictos sociales, agrarios y de orden público, los cuales han tenido consecuencias desoladoras para la economía campesina o familiar, así como para el capital social de la región en general (CNMH, 2009). De esta larga trayectoria me interesa brevemente resaltar acá dos momentos emblemáticos: primero, la toma de tierras sin precedentes y masiva que precedieron la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC); y segundo, décadas después, la incursión del conflicto armado que asoló de manera reiterada y brutal tanto a los habitantes como al paisaje montemariano. Debido en gran medida a su historia de violencia reiterada, hoy en día el Gobierno nacional le está apostando a la paz territorial de la región, así como a la conformación de dos zonas de reserva campesina (Graaff, 2012).

La toma de tierras tuvo lugar en la década de los setenta y fue el resultado de la movilización reivindicativa de la ANUC tras las reformas agrarias emprendidas durante el gobierno de Lleras Restrepo¹⁹. De acuerdo con Molano (2011), entre 1971 y 1972 la ANUC realizó la toma de 640 grandes propiedades, lo que significó una ruptura importante en la forma de tenencia del Caribe y en la calidad de vida de los mismos campesinos. En palabras de Catalina Pérez, líder de la movilización y hoy perteneciente a la Asociación de Mujeres Amas de Casa de Sucre: “Empezamos a cultivar, empezamos a tener comida, empezamos a ser independientes, mi padre no fue más un jornalero, mi padre trabajaba para él, teníamos nuestra parcela con nuestro ganado, nuestros caballos, nuestra vida. Teníamos libertad”²⁰. Si bien las tomas fueron inicialmente legitimadas como una lucha democrática, en los años posteriores se criminalizaron y persiguieron de manera sistemática al movimiento campesino y sus precursores (Machado, 2014; Molano, 2015). Por su parte, la incursión del conflicto armado en la década del 2000 implicó el uso de estrategias de guerra como el despojo y el desplazamiento forzado, lo que posteriormente dio lugar a la apropiación ilegal de parcelas campesinas recuperadas en el marco de

18 Los municipios que conforman los Montes de María son: Carmen de Bolívar, Zambrano, El Guamo, María La Baja, Córdoba Tetón, San Jacinto y San Juan Nepomuceno, en Bolívar; y Morroa, Los Palmitos, San Antonio de Palmito, Chalán, Ovejas, San Onofre, Colosó y Tolviejo, en Sucre.

19 Al respecto, la construcción del distrito de riego ubicado en los municipios de María La Baja, Arjona y Mahates durante el gobierno de Lleras Restrepo representó la punta de lanza de la implementación del modelo de Revolución Verde en la región. Con este se buscó modernizar la producción, consolidar el cultivo de arroz —insostenible tras la apertura económica— y crear una clase campesina empresarial (Molano, 2011).

20 Tomado del documental *¿Y si dejáramos de cultivar? Campesinado y producción agroalimentaria en Montes de María* (Cinep, 2015).

la reforma agraria y la compra masiva de tierras por parte de empresarios ajenos a la región (Machado, 2014).

Frente a estos dos momentos, los testigos de la violencia no solo fueron los campesinos, sus tierras y sistemas productivos, sino también las semillas. A través de las voces de un grupo de pequeños productores de El Salado y San Juan Nepomuceno, quienes hicieron parte del Programa Paisajes de Conservación, y de otros campesinos organizados cuyas asociaciones están adscritas a la Corporación Desarrollo Solidario (CDS) (Bolívar) y al Equipo Agenda Rural (Sucre), a continuación, exploro la manera como estos productores se relacionan con las semillas, las significan y les atribuyen un lugar central en sus vidas. En otras palabras, presento la dimensión simbólica de las semillas o aquello que constituye su particularidad y complejidad sociocultural. Como se verá, esta dimensión no se limita a ser uno de los motores tras las movilizaciones comunitarias o individuales, organizadas o consuetudinarias alrededor de la defensa de las semillas, sino que, enmarcada en el contexto de violencia reiterada que atraviesa la memoria de sus testigos, también tiene la capacidad de significar nociones poderosas y entrañables de renovación.

Por último, los pequeños productores con quienes hablé —generalmente mientras hacíamos el recorrido de sus cultivos en el bosque o monte, rozas y patios—, se consideran guardianes de semillas innatos. Aunque no todos se refieren a sí mismos como *guardianes* o *guardadores*, siendo este último el término que comúnmente se ha acuñado en la región Caribe, todos coinciden en conservar y recrear la tradición de seleccionar, almacenar y reproducir sus propias semillas tras cada cosecha. De igual forma, entre ellos las semillas circulan libremente, sea con intercambios, como regalos o ventas. De hecho, muchos concuerdan con que es preferible dispersarlas y que estén en varias manos pues esta es la mejor manera de garantizar su permanencia.

“Porque uno sin esas semillas no sabe vivir”²¹: significar y darle un lugar a las semillas

De una mano a otra

Concebir las semillas como bienes comunes es la base del argumento que se opone a privatización y control corporativo (Gutiérrez, s. f.; Red de Semillas Libres, 2013). Este argumento se funda en el reconocimiento de que las semillas son la expresión de una diversidad que es al mismo tiempo biológica y cultural, y que a su vez es resultado de la interacción con la naturaleza, conocimientos y tecnologías que las comunidades agrícolas han

21 Cita tomada de la entrevista con Fernando Aguas, productor de Los Palmitos.

desarrollado y reproducido a lo largo de la historia²². Lo mismo aparece expresado en el trabajo de Nazarea (1998), quien sostiene que la biodiversidad y la memoria cultural de los pueblos son indisolubles y complementarias.

La comprensión de las semillas como bienes comunes también implica reconocer su libre acceso y circulación, los cuales están en la base de los sistemas informales de semillas (Gutiérrez, s. f.). En esta medida, las semillas son el resultado de procesos tanto biológicos como de domesticación agrícola que se remontan y perpetúan en el tiempo por medio de la transmisión descentralizada y colectiva de conocimientos y prácticas asociados a estas. Nuris Caro, una productora de San Juan Nepomuceno, lo entiende de la siguiente manera:

[...] las semillas son de todos, porque la verdad es que no tienen dueño. Porque al averiguar quién es el dueño o de dónde salieron, pues, la verdad es que han pasado de una mano a otra, y el uno le da al otro. Si yo las tengo ahora, se las tendré que ceder a otro o alguien las obtendrá de mí y así sucesivamente.

A lo anterior se suma la mirada de Yoyo, de El Salado, quien se refiere a la noción de propiedad de las semillas como reflejo de una relación de parentesco:

Las sembraban los abuelitos. Mi padre, que tiene ya 62-61 años, y ya se conocían. Fíjese usted, de cuándo no son esas fruticas [semillas]. Entonces, como ellos y uno todos los años va sembrando y va dejando de las nuevas, y va dejando de las nuevas, entonces por eso es que uno no ha perdido la semilla.

Por su parte, el apego que tienen algunos productores a las semillas que ellos llaman *criollas*²³ da cuenta de la intimidad de su relación con ellas, así como de la espontaneidad con la que se las apropian. Más aún, alrededor de las semillas criollas se teje una relación de pertenencia que involucra los sentidos e implica nociones de identidad, memoria cultural y creatividad. Para ilustrarlo, Eriberto Flórez, un guardador de semillas del municipio Los Palmitos, en Sucre, se describe a sí mismo como un enamorado de las semillas: “El guardador de semillas es como el enamorado, si deja de visitarlas y admirarlas la relación se pierde”. De hecho —aunque no necesariamente de manera deliberada—, la “casita” donde este guardador almacena sus semillas está ubicada al lado izquierdo de su cama, casi a la misma distancia a la que en las noches se acuesta Flora, su mujer, al otro lado de la cama. A pesar de que afirma que para él la función principal de las semillas es garantizar la seguridad alimentaria, el hecho de que los vecinos lo consideren “loco” por el oficio que practica y la relación que sostiene con las semillas permite entrever otra capa de significado.

22 Véase <http://semillasdeidentidad.blogspot.com/2010/06/semillas-de-identidad-campana-por-la.html>.

23 La noción que las comunidades rurales de los Montes de María tienen de las semillas criollas incluye tanto las nativas como las exóticas que han sido adaptadas localmente.

Haciendo eco de casos paralelos, la “locura” de Eriberto es cercana a la irreverencia del personaje de José Rizal —Pilosopong Tacio— que Nazarea (1998) adopta para hablar del papel que desempeñan las vidas cotidianas y prácticas marginales como las de los guardianes de semillas en la conservación de la biodiversidad. Esta analogía, que Nazarea (2005) continúa explorando a partir de nuevas metáforas, representa la irrupción de los lugares y discursos hegemónicos, y, en el caso de los guardianes de semillas innatos, se refiere a la posibilidad de burlar la lógica dominante de la agricultura moderna o corporativa al privilegiar la diversidad de las semillas tradicionales y con ellas la recreación de la memoria cultural asociada a estas.

Ahora, en la medida en que esa “locura” está asociada a la relación afectiva que Eriberto entabla de manera cotidiana con las semillas, también parece estar hablando de la forma como este guardador comprende la naturaleza. Al respecto, Jesús Pérez, productor de Palo Altico, Bolívar, manifiesta un afecto similar por las semillas, al punto de reconocerlas como un miembro más de la familia:

Yo cojo una semilla y yo como que le adorno el espacio en donde la voy a echar; a mí no me gusta cogerla y tirarla sobre un terrón, no, yo le abro su cama bien buena y ahí le pongo el agüita y eso [...] Es decir, eso es como un niño pequeño, así, igualito [...] y entre veces yo llego allá y les digo: “ajá, quiubo, mis hijos, cómo amanecieron, qué pasa, por qué están tristes”, ¡les hablo!, sí, y les hablo.

Igualmente, Yoyo se refiere a esa relación amorosa diciendo: “El canto que les tengo es el amor que les tengo a esas semillas”; y Migdolio Julio, de Pueblo Nuevo, Bolívar:

Uno cuida de lo que se enamora. Usted siembra una plantita y usted se enamora de esa plantita y no se le muere nunca. Por la enfermedad que le caiga, usted le busca la solución pero no la deja morir.

Retomando así lo que sugería arriba, lo que estos productores expresan por las semillas da cuenta de una comprensión y relación con la naturaleza particular, en la que ellos principalmente asisten en el crecimiento y cuidado de las plantas:

Muchas veces que uno ni la tiró o la tiró y no sabe si la tiró o no la tiró, pero de pronto vio la planta que nació y yo digo: “Tú quieres vivir ahí, vamos a acondicionarte que vivas, ya naciste, vamos a ayudarte que vivas ahí y ahí la dejo”. (Jesús Pérez, Palo Altico)

Así, de manera semejante a la lectura que hace Ingold (2000) de los campesinos de Boyacá y de los Achuar, a partir, respectivamente, de Gudeman y Rivera (1990) y Descola (1994), los pequeños productores de los Montes de María referidos, antes que “producir” plantas, establecen las condiciones para que estas mismas puedan desarrollarse. Esto último

también es análogo a la historia de Mencio, el pensador chino, sobre el campesino que un día interrumpe el proceso natural de crecimiento de las “plantas de su campo” y “tira de los brotes” para que estas “afloren”; luego, cuenta Mencio, tras encontrarse “que todo está seco”, el campesino entiende que no debió intervenir el proceso sino “explotar el potencial de las plantas: dejar *madurar*” (Jullien, 2006).

Con todo, contrario a la tradición de pensamiento moderno que se funda sobre la comprensión de la naturaleza como un objeto inerte y dissociado de la cultura, por medio de su relación con las semillas, Eriberto, Jesús, Yoyo y Migdolio parecieran afirmar que tanto ellos como las especies no humanas de las que dependen para su sustento, en este caso las semillas, son parte de un mismo mundo que es a la vez social y natural (Ingold, 2000): “Parece que nos comprendieran, lo que hay es que buscar la forma de cómo uno entenderlas a ellas también” (Jesús, Palo Altico). Siguiendo a Escobar (2010), lo anterior es reflejo de las ontologías relacionales entre las que conviven y tienen incorporadas en sus cosmologías muchos pueblos indígenas, afrodescendientes y campesinos. Volviendo al caso en cuestión, estos productores no establecen una separación tajante entre su lugar y el de las semillas, ni tampoco consideran que la subjetividad es una prerrogativa exclusivamente humana (Hillman, s. f. en Harding, 2006). Lo dice Jesús Pérez (Palo Altico): “Ellas, las semillas, son mis hijas”.

“Hacerlas criollitas”

A pesar de que para muchos pobladores rurales las semillas son “un tema que va en la sangre”, Eriberto Flórez también menciona la manera como la Revolución Verde transformó la mentalidad del campesino, quien siempre había guardado sus propias semillas en vez de volcarse hacia el mercado para conseguirlas. Así mismo, Migdolio Julio reconoce que a pesar de que para él resulta natural trabajar con semillas criollas —“eso fue lo que nos dejaron nuestros padres y abuelos”—, muchos campesinos optan por las mejoradas o híbridas, debido a que dan cosecha más rápido y el uso requerido de agroquímicos reduce la carga laboral. Lo anterior alude bien al argumento mencionado de Nazarea (2005), que sugiere que uno de los mayores logros de la Revolución Verde fue consumir su hegemonía a partir de la consolidación —transversal a todos los sectores de la población— de una mentalidad y modelo de producción agrícolas basados en la lógica del monocultivo (Shiva, 1993). Esta lógica no solo ha tenido consecuencias para las comunidades rurales en términos de generar una mayor dependencia frente al mercado, como sugiere Eriberto, sino que esta misma dependencia de cultivos genéticamente uniformes ha desplazado los conocimientos culturales asociados a las formas tradicionales de trabajar la tierra, que necesariamente comprenden los procesos de selección, conservación, reproducción y uso de semillas (Toledo y Barrera-Bassols, 2008).

El trabajo minucioso de selección de las semillas se basa en preferencias culturales que atienden necesidades agronómicas y experiencias sensoriales relacionadas con el gusto, tacto, olfato y la vista. De esta manera, por ejemplo, frente al maíz, no solo es importante considerar lo que Jesús llama “la arquitectura del maíz”, es decir “el número de granos por hilera, el número de hileras, que las hileras no estén escarriladas, la altura de la planta, la altura a la que la planta da la mazorca y el número de mazorcas por ubaña”, sino también su sabor y color. En el caso de Yoyo —y de muchos otros productores— en sí mismo el juicio estético comprende criterios agronómicos:

Yo voy cogiendo la más bonita [...]. Fíjese usted que dice uno que la mata que está más bonita, de pronto uno se da cuenta, esta aguanta más verano porque se mantiene más que estas otras y está en la misma tierra, entonces tiene más aguante [...] por eso es que las cojo, porque me pongo a pensar que aguanta más verano.

Por su parte, dice Nuris:

Entre el cultivo vamos mirando la mazorca que reúna las mejores condiciones [...] tratamos de buscar la perfección en el grano, que tenga buen tamaño y que esté tupida hasta arriba. Entonces ya las selecciona uno y va señalando. Desde antes de cogerla uno observa la mazorca, o sea, mira el tamaño, y bueno ya cuando uno la abre uno escoge y mira lo que está adentro. Lo que está por fuera habla bien de lo que está adentro.

A pesar de que en Colombia no se ha documentado cuantitativamente la erosión de la diversidad genética agrícola, la evidencia cualitativa permite relacionar la pérdida de semillas nativas y criollas con la ausencia de oportunidades de mercado para estas. Si bien esta no es la única variable implicada y hay quienes sostienen que las semillas tradicionales tienden intrínsecamente hacia la pervivencia²⁴, en el contexto de los Montes de María la comercialización tiene un papel crucial. Como dice Yoyo:

Esto que es nativo de acá, y criollito, y como que esto no tiene valor allá [...] Esto que es natural acá y sin químicos no tiene salida en las tiendas igual. No hay alguno que lo haya sacado al aire, al comercio. Estas fruticas deben de tener un valor por fuera, pero más bien por fuera ni las conocen [...] Si no las compran, no las siembran. Si las venden, están atentos a conseguir semillas.

Jesús lo expresa de manera similar:

Siempre la gente tiende de producir para coger un peso, para vender, y resulta que hay algunas variedades que no son comerciales, entonces la gente no la compra y entonces “yo no siembro eso porque para qué sembrarlo si no me lo van a comprar. Yo siembro lo que me compren”, y entonces eso va alejando las otras semillas estas que no son de la atracción esa comercial.

24 Comunicación personal con Álvaro Acevedo, mayo del 2015.

Parfraseando a Nazarea (2005), la falta de alternativas —percibidas o reales— fácilmente predispone a las comunidades rurales a adoptar variedades homogéneas que aparentemente tienen mercados asegurados. En los Montes de María, particularmente, las consecuencias del cuestionado “desarrollo del capitalismo en el campo” (Molano, 2015), es decir, del impacto de la agroindustria, el conflicto armado y recientemente la variabilidad climática pueden leerse a partir de lo que propone Nazarea (2005). Sin embargo, frente a lo anterior, que además ha implicado la vulneración de los agroecosistemas campesinos y erosión de los sistemas informales de semillas, persiste la idea de las semillas como un bien material y simbólicamente importante. Como dice Fernando Aguas, de Los Palmitos, “después que usted tenga las distintas variedades de semillas usted es tan rico, está mejor dicho fortalecido porque a usted nadie le echa cuento”.

En la medida en que las semillas tradicionales han sido adaptadas por años a suelos y microclimas específicos, estas comprenden arreglos de genes que son más resistentes a variaciones climáticas, enfermedades y plagas. En síntesis, y contrario a las variedades híbridas, son resilientes. Expresado en palabras de Yoyo, refiriéndose al maíz híbrido:

No son los que uno conoce acá y eso les cae mucha plaga. Los conocía pero en las tiendas. Acá que lo haigan (*sic*) sembrado los antiguos no, nunca se oyó hablar de eso ni de maíces mejorados. Ahora es que se oye decir mejorado de esto y de lo otro.

Paralelamente, Migdolio comenta: “las semillas mejoradas traen patógenos que no se pueden controlar. Nos mandan a aplicarle los productos químicos, pero muchas veces no hay plata para comprarlos y los patógenos se propagan”. Sumado a esto, anota que las semillas mejoradas dejan de ser mejoradas después de dar cosecha: “De pronto duran un año, pero no más”. Y Manuel Guevara, productor de Chochó, Sucre, comenta: “No son semillas mejoradas sino desmejoradas [...] porque son semillas que no son resistentes ni a plagas ni a nada”. Lo anterior trae a colación y contradice la paradoja de las semillas tradicionales como categóricamente inferiores a las híbridas. Frente a esto, de hecho, los resultados más interesantes y exitosos de fitomejoramiento de semillas provienen de esquemas participativos que reconocen y se basan en los criterios y las necesidades de los agricultores (Almekinders *et al.*, 1999).

Detrás de la resiliencia de las semillas tradicionales subyace la noción complementaria y fundamental de que estas, como lo define Emérita Estrada, una líder campesina de La Suprema, Bolívar:

son las que nosotros los campesinos entendemos. Nos las dejaron nuestros ancestros y son las que sabemos trabajar. Son las que conocemos y tenemos entendimiento de esas semillas [...] No las cambio por nada porque yo sé que son los mejores.

De este modo, a pesar de la influencia y alcance del modelo de agricultura corporativa, la cotidianidad campesina refleja una plétora de formas diferentes y espontáneas de resistencia que comprenden la intimidad de las semillas, como se mencionó, y la noción simple pero llena de sentido que señala Emérita de que las semillas tradicionales le son inteligibles. En relación con lo anterior, resulta interesante el proceso de apropiación de las semillas que llevan a cabo muchos agricultores al “hacer criollitas” las variedades exóticas o incluso aquellas que han recibido o comprado y que inicialmente no reconocen como tradicionales. Por ejemplo, a propósito del frijol cuarentano, Yoyo cuenta: “Uno lo hace criollito acá porque uno lo siembra y vuelve y lo siembra y ya se va volviendo criollito. Dándole cuatro siembras a ese frijolito se vuelve criollito”. Así, las semillas parecerían no solo estar atravesadas por la historia y memoria cultural de cada pueblo o comunidad, sino por la posibilidad misma de gestar a futuro dicha historia y memoria. En palabras de Nuris Caro:

Ahorita que estamos hablando de todas estas variedades y estoy recordando todo eso, me llena de emoción, una parte de nostalgia y pues también como de ánimo [...] Eso que yo viví también con mis abuelos, porque mi abuelo era campesino y él traía esas variedades de frijoles, de batata, de caraota, de ahuyama, cosas que casi ya no se ven, entonces yo las probé, las degusté, me gustaban los sabores y me hacen añorar, me llevan a mi infancia, me llevan al recuerdo de mi abuelo, de todo eso que él hacía, y bueno, me gustaría, porque ese momento fue feliz para mí [...], quiero alargarlo y quiero que mis nietos participen de eso y degusten.

Los viajes de las semillas

Las formas en que las semillas viajan son diversas. Quizás los viajes más emblemáticos de las semillas se remontan a los proyectos coloniales de exploración científica de la naturaleza, particularmente las expediciones botánicas del siglo XVIII, las cuales le dieron origen a las colecciones *ex situ* de los jardines botánicos como el de Madrid o Kew Botanical Gardens (Schaffer, 1996), en Inglaterra, y los museos de historia natural de las diferentes metrópolis. Estas colecciones eran exhibidas al público y funcionaban como símbolo de dominio colonial y alcance de su riqueza (Nieto, 2008). Más aún, como sostiene Nieto (2008), los viajes de exploración se concebían como “medios de reconocimiento y apropiación de nuevos productos comerciales [recursos genéticos tanto agrícolas como industriales] para facilitar una nueva política mercantilista de sustitución de importaciones”. El caucho amazónico (Steiner, Páramo y Pineda, 2014), el maíz, el cacao, la papa, la vainilla, el girasol, la quina, el algodón y el tabaco son algunos de los productos americanos que el comercio colonial introdujo a la economía global y que han tenido un papel definitivo en la historia del mundo moderno y la cultura occidental (Laws, 2011). Anteriores a estos, los viajes que emprendieron las semillas con las embarcaciones de

esclavos también son fundamentales para comprender no solo la identidad y memoria cultural que efectivamente está implicada en cada semilla, sino también el legado de los sistemas productivos y tradición culinaria de las poblaciones afrocolombianas (Carney *et al.*, 2009; Morales, 2010).

La apropiación de recursos genéticos y la conformación de colecciones *ex situ*, como las mencionadas, son antecedentes directos de los bancos de germoplasma contemporáneos. Como sostiene Nazarea (2005), estos bancos generalmente hacen parte de iniciativas institucionales y operan en centros de investigación aislados de los contextos bioculturales asociados al lugar de origen y adaptación de las semillas. Como rechazo a estos sistemas denominados en la literatura como *formales* (Gutiérrez, s. f.), los guardianes y organizaciones de la sociedad civil que abogan por la defensa de las semillas hablan de “casas de semillas” donde estas cumplen la función de centralizar las especies nativas y criollas y abastecer a los agricultores a partir de mecanismos de regulación propios. Así, el Equipo Agenda Rural, en Los Palmitos, lleva el registro de las semillas que entran y salen, así como de quienes las dan y reciben. Respecto a lo segundo, cada guardián determina el porcentaje de semillas que destinará para los asociados y los no asociados, generalmente a título de un préstamo que debe doblarse al ser devuelto.

Volviendo al primer acápite de esta sección, las semillas pueden hacer recorridos que parten de una mano y llegan a otra, y que, además, a través de dichas manos permiten trazar el mapa de las relaciones sociales que las atraviesan. Como dice Fabriciano Ortiz, referido arriba, y aludiendo de nuevo a la voz de Nuris Caro, las semillas cambian de mano por medio de trueques, préstamos, compras, ofrendas o dones:

Depende de la relación que tú tengas con el que tenga semilla: haces algún trueque o de pronto alguien viene, “hombre, yo necesito unas semillas, yo te ayudo a arrancar el ñame y tú me lo pagas en semillas”, algo así, o de pronto uno ve que la persona quiere trabajar y no tiene recursos o algo así y bueno uno coge tantas semillas y dice “coge e inicia y reproducélas”.

Ahora bien: así como hay semillas que viajan, a escala local y como parte de la economía campesina o familiar, también hay quienes viajan tras ellas para encontrarlas. En este sentido, José González cuenta que él fue el primer productor de aguacate criollo de Páramo, en San Juan Nepomuceno, y que sus semillas son efectivamente la madre de muchos de los “palos criollos” de la vereda.

Arriba se hizo alusión a que una de las razones detrás de la pérdida de las semillas responde a condiciones de desplazamiento forzado, despojo y desarraigo ante las que muchas familias tuvieron que abandonar sus tierras y con estas sus semillas. Como comenta José González: “uno difícil se levanta dos veces”. Sin embargo, en ciertas ocasiones las semillas

también se han desplazado materialmente y han reemergido en nuevos contextos en donde tienen la capacidad de significar nociones poderosas y entrañables de renovación:

Sin semillas no tenemos nada [...] Porque las semillas son vida, son vida, entonces son muy especiales, la verdad que son muy especiales y como te dije, son un principio, un principio de un todo que significa mucho, significa cambio, renovación, proyectar, avance, progreso, de todo. (Nuris Caro, Cañito)

En relación con esto, hay semillas que emprenden viajes interiores, como los llama Nazarea (2005), frente a los que la memoria de las huertas —con sus surcos, eras y cultivos asociados— viaja en la mente de quienes se desplazan hasta encontrar un suelo “en blanco” donde tenderse y recrearse.

Finalmente, las semillas transitan del campo a la ciudad, a veces en calidad de semillas, pero sobre todo como productos. Este último recorrido lo tienen muy presente muchos campesinos productores, quienes ven con claridad que el campo abastece de alimentos a la ciudad. En palabras de Luis Aguas, guardador de semillas de Los Palmitos: “nosotros producimos para que la ciudad viva”. Al respecto también anota Ever Iglesias, de Chochó:

La semilla nos relaciona, nos une con la ciudad. Nosotros en el campo nos integramos a la semilla, verdad, porque esa es la labor que estamos haciendo: sembrándola para conservarla, pero también los que están en la ciudad se benefician de la semilla, porque nosotros la producimos acá en el campo, pero ellos allá la compran como alimento. Entonces para mí la semilla también es un elemento integrador entre la ciudad y el campo.

Frente a esto, Steel (2013) considera que la insostenibilidad del sistema alimentario contemporáneo es hasta cierto punto el resultado del proceso de disociar la producción de alimentos de los recursos naturales de los que necesariamente depende, así como de ignorar la relación de doble vía entre quienes los producen y quienes los consumen. Lo anterior ha derivado en lo que ella llama la “desnaturalización de la agricultura”, que ciertamente tiene consecuencias en la manera como se comprenden y asumen la producción, transformación, comercialización, consumo y desecho de los alimentos (Hodgson *et al.*, 2011, p. 7).

CONSIDERACIONES FINALES

En este artículo me propuse exponer, a partir de un estudio de caso referido a un grupo de pequeños productores de los Montes de María, y a la manera como estos se relacionan con las semillas tradicionales, las significan y les atribuyen un lugar central en sus vidas. Frente a esto, la frase de Fernando Aguas (Los Palmitos) que aparece como título de la

sección anterior: “Porque uno sin esas semillas no sabe vivir”, es una buena síntesis de la importancia material y simbólica que tienen las semillas para él, así como para los demás campesinos que participaron en esta investigación.

En primer lugar, esta frase alude a la relación fundamental que este productor entabla de manera cotidiana con las semillas, en el sentido literal y práctico de considerarlas nucleares para su sustento. Como dice nuevamente Fernando: “son el pan de uno de cada día”. Así, para él y para los otros campesinos, la posibilidad de producir sus propias semillas garantiza su seguridad alimentaria y la de sus familias. Más allá, poder acceder a estas semillas cobija una dimensión adicional, la cual tiene que ver tanto con la soberanía alimentaria como con la soberanía en semillas (Almekinders *et al.*, 1999). Es decir, con el ejercicio de la autonomía y control sobre la producción de sus propios alimentos. De este modo, para este grupo de productores contar con un sistema informal de semillas en el que estas *caminen* libre y comunitariamente, sea porque se intercambian, regalan o venden es determinante. Incluso, como quedó expresado en las entrevistas, ese mismo caminar permite trazar el mapa de los recorridos y las relaciones sociales que históricamente han atravesado a las semillas.

Con su frase, Fernando insinúa que “sin esas semillas no sabe vivir”, lo cual hace mención al lugar y el sentido simbólico que estas tienen para él. De este modo, para él y los demás campesinos aquí referidos, las semillas son parte de ellos pues las han criado y reproducido, y del mismo modo son un símbolo de vida y proceso que representa tanto el pasado como el futuro; en otras palabras, para ellos las semillas portan consigo un legado que es el mismo hilo que a su vez hace posible su permanencia. Como símbolo de vida resulta particular que la mayoría se identifique y proyecte en ellas, respete sus procesos de crecimiento y las trate como miembros de su familia. Esto último es crucial pues habla de la manera como ellos entienden las semillas en particular y la naturaleza en general. Así, la intimidad, el afecto y la personificación que hacen de ellas develan que para estos guardianes innatos no existe una separación tajante entre su lugar y el de las semillas, lo que al mismo tiempo sugiere que para ellos las especies no humanas de las que dependen para su sustento son parte de un mismo mundo que reconocen como social y natural (Ingold, 2000).

Durante la última década, las organizaciones de la sociedad civil que abogan por la defensa de las semillas han movilizado el argumento de que las semillas son bienes comunes, que debido a su codependencia respecto a las sociedades que históricamente las han criado y reproducido, no debieran ni privatizarse ni estar controladas por el régimen corporativo alimentario (Gutiérrez, s. f.). La negación u omisión de lo anterior ha tenido implicaciones importantes respecto a lo primero que mencionaba Fernando, es decir, la seguridad y soberanía alimentarias, así como frente

a la labor indispensable que cumplen los campesinos de salvaguardar el patrimonio agroalimentario del país y la humanidad, y reproducir sistemas productivos biodiversos y resilientes. Sumado a esto, retomo las palabras de Emérita Estrada, una guardiana de semillas de La Suprema (Bolívar), quien se refiere a las semillas como las que heredó de sus ancestros, conoce, entiende y sabe trabajar, para señalar que la apropiación y privatización de las semillas también implica el desplazamiento de los conocimientos locales y la memoria cultural asociada a estas.

Reconocer el papel que desempeñan las vidas cotidianas, prácticas marginales y conocimientos locales como los de los guardianes de semillas en la conservación de la agrobiodiversidad deja abierta la pregunta por la responsabilidad compartida que deberíamos asumir como sociedad frente a la salvaguarda de este legado. Además, ante los fenómenos contemporáneos de cambio climático, crecimiento poblacional y la preocupación por la seguridad alimentaria, el Gobierno y la ciudadanía son actores claves a la hora de reconocer, validar y apoyar el trabajo de los campesinos como los de los Montes de María, o de alternativas de agricultura ecológica y desarrollo rural que promuevan el uso de recursos endógenos, el consumo consciente y la biodiversidad. Aunque en el país estemos en deuda de estudiar cuál ha sido el impacto de la agroindustria en términos de la erosión de la diversidad genética agrícola, es importante recordar que a escala mundial se estima que la pérdida es cercana al 75 % (RAFI, 1997 en Nazarea, 2005). Ante esto, también es imprescindible recordar que las semillas son el principio de la civilización humana, así como su posibilidad futura. Esta pérdida, entonces, significa la supresión de su permanencia y, sin duda, la de la nuestra.

BIBLIOGRAFÍA

- Almekinders, C. y Louwaars, N. (1999). *Farmers' Seed Production. New Approaches and Practices*. UK: Intermediate Technology Publications.
- Altieri, M. A. (1995). *Agroecología: la ciencia de la agricultura sostenible*, 2.^{da} ed. Colorado: Westview Press.
- Altieri, M. A. (2015) La agricultura del futuro. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=IHFcZJux1RU>.
- Arango M., M. (2005). Medellín como indicador del fraccionamiento especializado del saber agronómico. *Revista Facultad de Agronomía Medellín*, 58 (2), 2801-2811. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/rfnam/v58n2/a01v58n2.pdf>.
- Baptiste, B. (2016, 7 de julio). Sistemas agroalimentarios inteligentes, editorial diario *La República*. Recuperado de http://www.larepublica.co/sistemas-agroalimentarios-inteligentes_396976.
- Bhatti, M. (1999). The Meaning of Gardens in an Age of Risk. En T. Chapman y J. Hocky (eds.), *Ideal homes? Social Change and Domestic Life*. Londres: Routledge.

- Bhatti, M. y Church, A. (2001). Cultivating Natures: Homes and Gardens in Late Modernity. *Sociology* 35 (2), 365-348.
- Bravo, E. (2015). *Normativas sobre semillas en América Latina. Al servicio del control corporativo*. Red por una Latinoamérica Libre de Transgénicos (RALLT).
- Burger, L. y Stone, M. (2016, 18 de marzo). Exclusive: Monsanto Shows Interest in Bayer's Crop Science Unit-Sources, nota informativa *Reuters*. Recuperado de <http://www.reuters.com/article/us-bayercropscience-m-a-monsanto-exclusi-idUSKCN0WK2T9>.
- Carney, J. y Rosomoff, R. N. (2009). *In the Shadow of Slavery. Africa's Botanical Legacy in the Atlantic World*. Berkley: University of California Press.
- Casey, E. S. (2001). Between Geography and Philosophy: What Does it Mean to be in the Place-World? *Annals of the Association of American Geographers* 91(4), 683-693.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) (2009). *El Salado. Esa guerra no era nuestra*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Cinep (2013). ¿Y si dejáramos de cultivar? Campesinado y producción agroalimentaria en Montes de María, documental audiovisual. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=hbKAUGEa9gs>.
- De Zeeuw, H., Gündel, S. y Waibel, H. (2000). The Integration of Agriculture in Urban Policies. Resource Centres on Urban Agriculture and Food Security (RUAF) Foundation. Recuperado de <http://www.ruaf.org/sites/default/files/The%20integration%20of%20agriculture%20in%20urban%20policies.pdf>.
- Descola, P. (1986). *La nature domestique. Symbolisme et praxis dans l'écologie des Achuar*. París: Editions de la Maison de Sciences de L'homme.
- Descola P. y Pálsson, G. (1996). Constructing Natures: Symbolic Ecology and Social Practice. En P. Descola y G. Pálsson (eds.), *Nature and Society*, 82-102. Londres: Routledge.
- Domingos, N., Sobral, J. M. y West, H. G. (eds.) (2014). Introduction. En *Food Between the Country and the City. Ethnographies of a Changing Global Foodscape*, Londres: Bloomsbury.
- Escobar, A. (1996). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Norma.
- Escobar, A. (1998). The 'Problem of Nature' Revisited: History and Anthropology. *Current Anthropology* 39 (3), 385-388.
- Escobar, A. (2010). Introducción. En *Una minga para el posdesarrollo: lugar, medio ambiente y movimientos sociales en las transformaciones globales* (pp. 21-32). Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales.
- Estrada, L. (2012). De 'région marginale' à 'la Colombie du futur'. L'introduction de l'agriculture moderne dans l'Orénoquie. Tesis de grado de la Maestría de Estudios Internacionales, especialidad América Latina, énfasis disciplinar en sociología. Institut des Hautes Études de l'Amérique latine, Paris III – Sorbonne Nouvelle. Sin publicar.
- ETC (2013). ¿Quién nos alimentará: la cadena industrial de producción de alimentos o las redes campesinas de subsistencia? Recuperado de <http://www.etcgroup.org/sites/www.etcgroup.org/files/WhoWillFeedUs%20Annotated%20Version-SPANISH-Sep%2020.pdf>.

- Fairhead, J., Leach, M. y Scoones, I. (2012). Green Grabbing: A New Appropriation of Nature? *The Journal of Peasant Studies*, 39, 2, 237-261.
- Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA) (2007). UNFPA State of World Population 2007. Unleashing the Potential of Urban Growth. Recuperado de http://www.unfpa.org/webdav/site/global/shared/documents/publications/2007/695_filename_sowp2007_eng.pdf.
- Graeme, T. (2014) (ed.). Growing Greener Cities in Latin America and the Caribbean. Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). Recuperado de <http://www.fao.org/ag/agp/greenercities/en/GCCLAC/credits.html>.
- Garnett, T. (2005). *Urban Agriculture in London: Rethinking Our Food Economy*. Londres: GCGF.
- Girardet, H. (1992). *The Gaia Atlas of Cities, New Directions for Sustainable Urban Living*. Londres: Gaia.
- Graaff, D. (2012). La reserva campesina de Montes de María ¿una lección para los diálogos de paz? *La Silla Vacía*, 15 de octubre. Recuperado de <http://lasillavacia.com/historia/la-reserva-campesina-de-montes-de-maria-una-leccion-para-los-dialogos-de-paz-36405>.
- Grupo Semillas (2013). La vida no se privatiza. *Revista Semillas* 53/54, diciembre. Recuperado de <http://semillas.org.co/es/revista/53-54>.
- Gutiérrez, L. (s. f.). Semillas, bienes comunes y soberanía alimentaria. La Red de Semillas Libres de Colombia. Recuperado de https://www.academia.edu/10702132/semillas_bienes_comunes_y_soberania_alimentaria_la_red_de_semillas_libres_de_colombia.
- Harding, S. (2006). *Animate Earth: Science, Intuition and Gaia*. Totnes: Green Books.
- Hirsch, E. (1995). Landscape: Between Place and Space. En E. Hirsch y M. O'Hanlon (eds.), *The Anthropology of Landscape: Perspectives on Place and Space*. Oxford: Oxford University Press.
- Hodgson, K., Campbell, M. C. y Bailkey, M. (2011). *Urban Agriculture: Growing healthy, Sustainable Places*. Chicago; Washington D. C.: The American Planning Association.
- Ingold, T. (2000). Making Things, Growing Plants, Raising Animals and Bringing up Children. En *The Perception of the Environment. Essays on Livelihood, Dwelling and Skill* (pp. 77-88). Londres: Routledge.
- Ingold, T. (2010). Bringing Things to Life: Creative Entanglements in a World of Materials. *Realities Working Papers* 15. The University of Manchester. Recuperado de http://eprints.ncrm.ac.uk/1306/1/0510_creative_entanglements.pdf.
- Ingold, T. (2011). Rethinking the Animate, Reanimating Thought. En *Being Alive. Essays on Movement, Knowledge and Description* (pp. 67-75). Londres: Routledge.
- Jackson, D. y Jackson, L. (2002). *The Farm as Natural Habitat: Reconnecting Food Systems with Ecosystems*. Washington, D. C., Londres: Island Press.
- Jullien, F. (2006). *Conferencia sobre la eficacia*. Buenos Aires: Katz.
- Kapra, F. (1996). *The Web of Life: A New Scientific Understanding of Living Systems*. Nueva York: Anchor Books, Random House.
- Kricheff, D. (2012). Market Environmentalism and the Re-animation of Nature. *Radical Anthropology*, Issue 6 (nov.), 17-24.

- Laws, B. (2011). *Fifty Plants that Changed the Course of History*. UK: David and Charles, F&W Media International.
- Leach, M., Fairhead, J. y Fraser, J. (2012). Green Grabs and Biochar: Reevaluating African Soils and Farming in the New Carbon Economy. *The Journal of Peasant Studies* 39, 2 (abril), 285-307.
- Machado, A. (2014). *La tierra en disputa*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- McMichael, P. (2009). A Food Regime Genealogy. *The Journal of Peasant Studies* 36, 1 (ene.), 139-169.
- Miller, N. F. y Watterstrom, W. (2000). The Beginnings of Agriculture: The Ancient Near East and North Africa. En K. F. Kiple y K. C. Ornelas (eds.), *The Cambridge World History of Food*, vol. 21 (pp. 123-139). Cambridge: Cambridge University Press.
- Mohamed, C. (2014). Subsistence or Subversion? Food Scavenging in a Squatting Community in Lyon, France. Tesis de Maestría en Anthropology, Environment and Development. University College London. Sin publicar.
- Molano, A. (2011). Montes de María. En *El Espectador*, Nacional, 21 de mayo. Recuperado de <http://www.elespectador.com/noticias/nacional/montes-de-maria-articulo-271613>.
- Molano, A. (2015). Fragmentos de la historia del conflicto armado (1920-2010). En *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas. Recuperado de <http://www.comisiondeconciliacion.co/contribucion-al-entendimiento-del-conflicto-armado-en-colombia/>.
- Morales, B. E. (2010). *Fogón Caribe. La historia de la gastronomía del Caribe colombiano*. Bogotá: La Iguana Ciega.
- Moreno, I., Puldón, V. y Ríos, H. (2009). El fitomejoramiento y la selección participativa de variedades de arroz. *Cultivos Tropicales* 30, 2, 24-30. Recuperado de <http://scielo.sld.cu/pdf/ctr/v30n2/ctr050209.pdf>.
- Mougeot, L. J. A. (2000). Urban Agriculture: Definitions, Presence, Potentials and Risks. En N. Bakker et al. (eds.), *Growing Cities, Growing Foods: Urban Agriculture on the Policy Agenda, Feldafing, DSE* (pp. 1-42).
- Nazarea, V. D. (1998). *Cultural Memory and Biodiversity*. Tucson: University of Arizona Press.
- Nazarea, V. D. (2005). *Heirloom Seeds and their Keepers. Marginality and Memory in the Conservation of Biological Diversity*. Tucson: University of Arizona Press.
- Nieto, M. (2008). Historia natural y política: conocimientos y representaciones de la naturaleza americana. Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/exhibiciones/historia-natural-politica/>.
- Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) (2008). High-Level Conference on World Food Security: The Challenges of Climate Change and Bioenergy. Reporte de la conferencia, Roma, 3-5 de junio. Recuperado de http://www.fao.org/fileadmin/user_upload/foodclimate/HLCdocs/HLC08-Rep-E.pdf.
- Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) (2011). Global Food Losses and Food Waste: Extent, Causes and Prevention. Recuperado de <http://www.fao.org/docrep/014/mb060e/mb060e.pdf>.
- Pizano, C. y García, H. (eds.) (2014). *El bosque seco tropical en Colombia*. Bogotá: Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt (IAvH).

- Pretty, J. (2009). Can Ecological Agriculture Feed Nine Billion People? *Monthly Review*. Recuperado de <http://www.uvm.edu/~fmgdoff/employment%20Jan.12.11/Can%20Ecological%20Agriculture%20Feed%20Nine%20Billion%20People.pdf>.
- Ray, J. (2012). *The Seed Underground. A Growing Revolution to Save Food*. Vermont: Chelsea Green Publishing.
- Red de Semillas Libres (2013). Documento de posición por la defensa de las semillas. Recuperado de <http://semillas.org.co/es/revista/documento-de-posici>.
- Schaffer, S. (1996). Visions of Empire: Afterword. En D. F. Miller y P. H. Reill (eds.), *Visions of Empire: Voyages, Botany, and Representations of Nature*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Shattuck, A. y Holt-Gimenez, E. (2010). Moving from Food Crisis to Food Sovereignty. *Yale Human Rights and Development Law Journal*, 13, 2, 22-36.
- Shiva, V. (1993). *Monocultures of the Mind*. Londres: Zed Books.
- Shiva, V., Lockhart, C. y Schoff, R. (eds.) (2013). Introducción. *La ley de la semilla* (pp. 4-10). Recuperado de <http://redsemillas.org/wp-content/uploads/2014/10/La-Ley-de-la-Semilla.pdf>.
- Steel, C. (2013). *Hungry City: How Food Shapes Our Lives*. Reino Unido: Random House.
- Steiner, C., Páramo, C. y Pineda, R. (comps.) (2014). Introducción. En *El paraíso del diablo: Roger Casement y el informe del Putumayo, un siglo después*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Tilley, C. (1994). Introduction. En *A Phenomenology of Landscape. Places, Paths and Monuments*. Oxford: Berg Publishers.
- Tilley, C. (2009). What Gardens Mean. En P. Vannini (ed.), *Material Culture and Technology in Everyday Life* (pp. 171-292). Peter Lang Pub Inc.
- Toledo, V. y Barrera-Bassols, N. (2008). *La memoria biocultural. La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*. Barcelona: Icaria Editorial.
- Van Veenhuizen, R. (ed.) (2006). Cities farming for the future. En *Cities Farming for the Future. Urban Agriculture for Green and Productive Cities*. Filipinas: International Institute of Rural Reconstruction and ETC Urban Agriculture.

VIVIR EN LA FINCA. ECOBURGUESÍA Y GENTRIFICACIÓN DEL MUNDO RURAL*

Libardo José Ariza Higuera

Este texto presenta una *reflexión*, en el sentido sociológico del término, sobre nuestra presencia en el mundo rural y el intento de emprendimiento de un huerto orgánico para el autoconsumo y la comercialización moderada. He pensado que la mejor manera de narrar mi interpretación sobre el sentido y los efectos locales que tiene la tendencia actual, propia de ciertos sectores sociales predominantemente urbanos que buscan fomentar la alimentación orgánica como parte de un proyecto de cuidado del cuerpo basado en la selección de los alimentos que deben consumirse, es la objetivación de mi propia experiencia, es decir, el socioanálisis (Bourdieu, 2008; Bourdieu y Wacquant, 2005) del trayecto biográfico que me ha llevado a vivir en el campo y a articular el discurso de lo *orgánico*¹.

Creo que la tendencia actual de ciertas poblaciones urbanas, dentro de las cuales por supuesto me incluyo, de crear un estilo de vida basado en la elección de aquello que es susceptible de ser comido, y en el establecimiento de una política personal de cuidado del cuerpo fundada en la búsqueda de aire puro, tranquilidad y convivencia con la naturaleza, supone una reflexión, por lo menos, en torno a los siguientes aspectos. En primer lugar, una sobre el contexto en el cual se desarrolla esta tendencia, es decir, el marco histórico y social que moldea las relaciones significativas entre el mundo rural y el mundo urbano. En el caso colombiano, diría, en términos políticos, que el campo ha sido creado fundamentalmente como un espacio de violencia marcado por los conflictos agrarios y sus terribles efectos sobre la población campesina, principalmente su éxodo,

* Para citar este artículo: <http://dx.doi.org/10.15425/2017.06>

1 En este sentido, como lo señala Bourdieu: "La idea detrás de esta búsqueda fue la de dar vuelta a la relación natural del observador hacia su universo de estudio, volver lo mundano exótico y lo exótico mundano para hacer explícito lo que en ambos casos se da por sentado, y ofrecer una vindicación práctica de la posibilidad de una objetivación sociológica completa del objeto y de la relación del sujeto con el objeto, lo que yo llamo objetivación participante" (2008).

desplazamiento y despojo. La tecnología personal de la vida buena orgánica se desenvuelve teniendo como trasfondo este campo de violencia.

En segundo lugar, una reflexión sobre cierta relación típica entre las poblaciones urbanas y el campo colombiano en la historia reciente del país. El campo colombiano también ha sido fundamentalmente un campo de recreo y esparcimiento de las poblaciones urbanas que han encontrado en la tierra caliente, en la finca y el puente festivo, los ambientes, lugares y momentos para establecer contacto con el mundo exterior a la ciudad. La pacificación rural ha sido fundamental para el restablecimiento del flujo de la ciudad hacia el campo como factor que impulsa su posterior proceso de gentrificación. Poco a poco, el restablecimiento de los flujos de la ciudad al campo reduce las distancias entre uno y otro espacio, lo cual conlleva un proceso paralelo de revisión de la ciudad como el ámbito adecuado del desarrollo de la vida buena que busca la ecoburguesía.

Por último, una reflexión sobre la posible emergencia de una subjetividad particular, que se forja a medio camino entre la ciudad y el campo, articulada por una combinación estable entre el *ethos* ciudadano y el ánimo ecológico, la cual puede ser descrita como una suerte de *ecoburguesía* que en su afán de cuidar su cuerpo y crear una vida sana impulsa e intensifica los flujos desiguales de intercambio entre el espacio urbano y el rural. Vivir en la finca coincidirá con el proceso de gentrificación del campo (Philips, 1993; Richard *et al.*, 2014; HAC, 2005) y puede suponer un proceso que entra en contradicción con el discurso político más amplio de la Vía Campesina (Martínez-Torres y Rosset, 2010).

Estas tres etapas de reflexión sobre mi propia experiencia se desarrollan en este texto y pueden corresponder a los pasos que supone la puesta en marcha de una imaginación sociológica que, como lo señala Wright Mills, pretende "[...] captar la historia y la biografía y la relación entre ambas en la sociedad", para así y detectar "[...] lo que está ocurriendo en el mundo y comprender lo que está pasando en ellos mismos como puntos diminutos de las intersecciones de la biografía y de la historia de la sociedad" (2010, pp. 25-27).

EL CAMPO VIOLENTO

El campesino ignora por qué se le envuelve en la lucha, por qué lo persiguen, lo asesinan, le queman el rancho y profanan su hogar.

Guzmán, Fals Borda y Umaña, *La violencia en Colombia*

Así se puede afirmar que un tipo de campesino es el adulto habitante del páramo y la altiplanicie, arrebujado en su ruana que lo protege de las inclemencias del frío, mientras la niebla huidiza decanta en su alma la melancolía.

Francisco Zuluaga, *Los campesinos colombianos*

Cuando era adolescente y llegué por primera vez a la vereda Catalamonte a ayudar a mis padres en la demarcación de las parcelas que darían lugar al primer programa de la Fundación Retorno al Campo², le tenía cierto miedo y respeto a la niebla que entraba de día y de noche para darle al bosque un halo de misterio y tranquilidad. En una de esas parcelas vivimos hoy, justo en aquella que mis padres aceptaron porque a nadie le gustó, por empinada y llena de piedras; una loma empedrada que no tenía atractivo alguno y que la niebla sigue cubriendo como hace 25 años.

Recuerdo que por las noches, después de ayudar a bajar postes de madera hechos de eucaliptos caídos, don Apóstol, quien cuidaba la enorme hacienda Turín, sentando frente a mí mirándome sorber la sopa, me contaba la historia de los espectros que llegaban con la niebla de Juan Díaz a llevarse a la gente, sobre las crines de los caballos que amanecían tejidas en trenzas por una mujer que bajaba desde la laguna de Tenasucá, para luego, como si nada, darme las buenas noches justo antes de dejarme ir caminando con mi linterna a dormir en la carpa. Ya allí me pasaba la noche acostado intentando no pensar en las crines tejidas de los caballos y en lo que la niebla no dejaba ver. Ahora, adulto, sé que el mal no vendrá con la niebla de Juan Díaz sino que puede aparecer con la violencia que ha azotado al campo colombiano a lo largo de su historia y, por si acaso, dejo la peinilla como lo hacía mi abuelo, en un lugar donde pueda asirla rápida y fácilmente, aunque tenga la convicción de que es inútil, pues no sé manejarla con destreza.

Dos décadas y media después de aquellas noches agitadas en las que dormía en una carpa, sentados en la ladera de la loma viendo subir la niebla, mientras nos tomamos una cerveza con don J. quien nació aquí en Catalamonte, como sus padres, y sus abuelos, le preguntamos si este es un lugar tranquilo. Llevamos ya un tiempo pasando todos los fines de semana en la vereda, todavía no hay portón, la cerca viva apenas está echando raíz y nuestra única manera de sentirnos protegidos son los ladridos de una perra citadina que tampoco sabe reconocer los ruidos nocturnos del mundo rural.

Don J. derrama un poco de su cerveza en el suelo para ver si hace espuma y nos dice: “Si claro, esto ya está tranquilo. La última vez que pasó algo fue cuando atracaron a todas las casas de por aquí del *conjunto*”. Porque para don J. y para algunos vecinos de la vereda, somos un *conjunto*, separado de ellos como lo es, en teoría, el mundo rural del urbano, que solo

2 La Fundación Retorno al Campo (Furalcamp) ha trabajado en las últimas tres décadas en la organización de comunidades urbanas para el retorno al campo a través de la formación de granjas integrales comunitarias autosostenidas. El programa de adquisición colectiva de tierra espera que través del aprendizaje de la vida en el campo, la producción comunitaria y las relaciones solidarias con las comunidades locales se alcance la soberanía alimentaria y una vida buena ecológicamente desarrollada. Para una descripción de este emprendimiento, véase Gutiérrez (2013).

tiene contacto limitado durante el encuentro del fin de semana, cuando el ciudadano baja de la urbe para descansar, respirar aire puro, tomar trago y, además, para ver si la finca está guadañada, la cerca viva podada y pagar el jornal. Y don J., mientras toma otro trago de su cerveza, sigue contando lo que pasó esa vez que atracaron todas las casas. Según él,

Resultó ser el mismo que le cuidaba la finca al doctor C. Ese era un tipo mal encarado que bajaba a la cancha de tejo y le gustaba mostrar el fierro para dárselas de muy duro. Ese día estaban reunidos en la casa del doctor C., don G., la señora H. y el fotógrafo. Pues ahí mismo los amarraron, los encañonaron y les desocuparon las casas. Después de eso duraron harto tiempo sin venir y al fulano ese nadie le hacía nada, porque ni la policía sube por aquí. Pero hasta que un día subieron desde lo caliente los de la limpieza y esos sí le salieron más bravos y lo mataron, a ese y a otros muchachos que habían cogido la maña de robar. Por allá arriba en la loma donde está el bosque de eucaliptos los tiraron y a mí, a mi hermano y a otros, nos tocó subir hasta allá a bajar los cuerpos antes de que empezaran a trascender.

Don J. cuenta esta historia con la emoción y el estremecimiento de aquel que ha protagonizado un hecho que sucedió ayer, que es parte del presente. Y esto nos hace creer que, efectivamente, fue hace poco que la niebla llegó con la violencia que se desataba en la tierra caliente, que los bandoleros amarraron a los vecinos y que tuvo que bajar a cuestras a los muertos del bosque de eucaliptos. Le preguntamos, azorados, cuándo fue que pasó eso y, mientras apura otro sorbo de su cerveza, nos responde "por ahí hace como unos quince años, más o menos". El alivio que sentimos al saber que esta historia es cosa del pasado no nos hace olvidar que la violencia en el contexto colombiano ha constituido históricamente al mundo rural.

Después de la conversación con don J. sobre la ejecución en el bosque de eucaliptos, no puedo dejar de pensar en la relación entre la violencia y el mundo rural. Empiezo a averiguar qué más sucedió en esta zona durante la violencia en la década de los noventa. Encuentro narraciones sobre la masacre de Mondoñedo³, el asesinato de Jaime Pardo Leal cuando regresaba de su finca en La Mesa y pasaba cerca a Patio Bonito, por donde siempre entramos a nuestra casa⁴, y la masacre de La Horqueta, frente a la finca donde mis padres organizaron el programa más grande, con cerca de 285 familias, en el triángulo comprendido entre Apulo, Tocaima y Viotá⁵.

3 Al respecto véase la descripción de los hechos realizada por la prensa escrita nacional, bajo el titular "Víctimas de masacre de Mondoñedo fueron quemadas vivas y ultimadas con tiros". Disponible en <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/victimas-de-masacre-de-mondonedo-fueron-quemadas-vivas-articulo-340947>.

4 Véase el relato detenido del magnicidio en "Así fue el asesinato de Jaime Pardo Leal". Disponible en <http://www.semana.com/nacion/articulo/asi-asesinato-jaime-pardo-leal/266191-3>.

5 Como lo señala el portal Rutas del Conflicto, "El 21 de noviembre de 1997 un grupo de más de 30 paramilitares del bloque Élder Cárdenas irrumpieron en el caserío La Horqueta, en los límites entre los municipios de Tocaima y Viotá, a tan solo 100 km por carretera de Bogotá. Los hombres asesinaron a 15 campesinos por órdenes de los hermanos Carlos y Vicente Castaño. Los

Pensando en esta historia de violencia recuerdo la suerte que han corrido en la literatura nacional los ciudadanos —entre aventureros, colonos emprendedores e ingenuos *hippies*— que se han aventurado a vivir fuera de su hábitat natural: desde Alicia y Arturo Cova, devorados por la manigua llanera y la hecatombe cauchera⁶, pasando por J. y Helena que sucumben en su intento de vivir en una finca en la costa de Urabá⁷, hasta llegar al protagonista sin nombre que intenta refugiarse en su finca de dos cuadras de la violencia que sucede al otro lado del portón, acumulando frascos de mermeladas exóticas que la abundancia de la tierra no le permite consumir⁸.

Pienso en quiénes somos y qué representamos en esta complicada historia marcada por la dicotomía entre la ciudad y el campo; si somos una versión ligera del colonialismo interno⁹ o si somos una especie de pequeños hacendados. Si estamos contribuyendo al proceso de pérdida de magia del mundo. Me estremece pensar que podemos correr la misma suerte de los protagonistas de estas novelas de tragedia selvática. En cualquier caso, sigo reflexionando sobre la historia que nos cuenta don J. y me queda claro que, casi como un imperativo, nuestra presencia en el mundo rural, en esta suerte de territorios aún salvajes, no puede obviar el papel que ha desempeñado la violencia en la construcción del imaginario nacional sobre el campo y la naturaleza (Serje, 2005).

Y mientras don J. sigue hablando de lo pesados que eran esos cuerpos y del lío en el que se metieron, vertiendo de nuevo un pequeño chorro de su nueva cerveza en el suelo para que haga espuma, sigo pensando en la imagen del bosque de eucaliptos del que alguna vez bajé estacas para demarcar parcelas, de don J. bajando en mulas a los muertos como si fuese Manuel Pacho¹⁰, de las crines hechas trenzas de los caballos, pienso en mi propia memoria sobre la violencia que no he experimentado.

'paras' fueron enviados desde el municipio de Necoclí, Antioquia, para cometer esta masacre". Disponible en <http://rutasdelconflicto.com/interna.php?masacre=33>.

- 6 Me refiero, por supuesto, a Rivera, J. E. (1985). *La vorágine*. Bogotá: Oveja Negra.
- 7 J. y Helena son los protagonistas de la novela, *Primero estaba el mar*, de Tomás González.
- 8 En este caso, *Los caballitos del diablo*, de Tomás González.
- 9 La noción de colonialismo interno expresa la continuidad de la subordinación política, económica social y, también, epistémica de las poblaciones locales en el contexto de los estados nación poscoloniales. Como lo señala González Casanova, "los pueblos, minorías o naciones colonizadas por el Estado-nación sufren condiciones semejantes a las que los caracterizan en el colonialismo y el neocolonialismo a nivel internacional [...] se encuentran en situación de desigualdad frente a las élites de las etnias dominantes y de las clases que las integran; su administración y responsabilidad jurídico-política conciernen a las etnias dominantes, a las burguesías y oligarquías del gobierno central o a los aliados y subordinados del mismo; sus habitantes no participan en los más altos cargos políticos y militares del gobierno central, salvo en condición de 'asimilados'; los derechos de sus habitantes y su situación económica, política, social y cultural son regulados e impuestos por el gobierno central" (2006, p. 409).
- 10 Manuel Pacho, campesino de los Llanos Orientales, presencia encaramado en un árbol de mango la muerte de toda su familia a manos de unos extraños que saquean la finca. Manuel Pacho encuentra a su padre moribundo y decide envolverlo en un chinchorro, cargarlo a cuestas y llevarlo hasta

Esta vez no rememoro los textos de Rivera y Tomás González, sino la tradición de la *violentología* colombiana y su preocupación por hacer inteligible la trama que ha transformado al campo colombiano en campo de batalla. Al ver las manos enormes y curtidas por el trabajo y la tierra de don J. recuerdo la larga y dramática historia de la lucha del campesino por la tierra que sintetiza Hermes Tovar del siguiente modo:

Con ella (la lucha campesina) los campesinos trataron de romper los esquemas que regían la vida de los trabajadores del campo y crear las bases de un nuevo trato social en el que el campesino pudiera tener acceso a la tierra, recibir mejores salarios, obtener la participación de las cosechas, lograr la libertad de sembrar semillas, alcanzar la abolición de ciertas formas de servidumbre y presiones, injusticias ejercidas por los patronos, evitar ser despojados caprichosamente de sus terrajes y a ser reconocidas sus mejoras. (1975, p. 66)

Los dos tomos de *La violencia en Colombia* escritos por Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, en los que el campesino es protagonista, como víctima y victimario, de la violencia bipartidista que asola los campos colombianos, muestran la furia incontenible que se desata cuando se perturba su tranquilidad natural: "La tensión popular desembocó en la lucha armada. El campesino fue arrastrado a ella, obligado, coaccionado, sin que los condotieros de turno se percataran de cuán peligroso es en Colombia jugar a la revolución con labriegos" (2010, p. 57). También pienso en aquel influyente libro de Sánchez y Meertens (1983), *Bandoleros, gamonales y campesinos*, cuyo título difícilmente podría describir de una mejor manera las relaciones sociales tradicionales del campo colombiano. Hay un pasaje en este libro, que explica la legitimidad del bandolero y su violencia, que encuentro especialmente perturbador:

[...] la crueldad desmedida y la masacre aparecen como manifestaciones extremas de poder, individuales y primitivas, las únicas alcanzables por el campesino humillado. Esta sed de matar y destruir tiene, empero, raíces más racionales, en cierta medida manejadas conscientemente por los bandoleros, la necesidad de despertar tanto admiración como temor, las dos fuentes principales de la complicidad campesina. Del acertado manejo de estos dos componentes de la reacción campesina depende gran parte del éxito del bandolero. (1983, p. 52)

Recuerdo entonces la literatura que se escribió en la década de los noventa, empeñada en interpretar la violencia como parte de la identidad nacional, una disciplina que hace de la violencia su objeto de estudio. En especial recuerdo una frase de Daniel Pécaut, quien en 1997 señalaba que la violencia "se ha convertido en un modo de funcionamiento de la sociedad" (1997, p. 2). También la pregunta que realizaba Ramírez acerca de la relación entre violencia y democracia en Colombia: "¿Es la violencia

Orocué para darle cristiana sepultura, pues los cadáveres de sus demás familiares fueron arrojados al río. Caballero Calderón, E. (1992). *Manuel Pacho*. Bogotá: Norma.

en Colombia una aberración de su democracia o es lo propio de esta, un elemento consustancial a su estructura y funcionamiento actuales?" (Ramírez, 1998, p. 83). Incluso en la metáfora tan usada por Santos y García, según la cual Colombia es "el revés de la modernidad", el lado oscuro del auténtico iluminismo que le hace moverse material y simbólicamente entre el estado de naturaleza y el estado civil, gracias a un contrato social flexible, informal, sin poder normativo, como los contratos que se celebran en estas tierras. Y en esta violencia que tiene como escenario lo rural el campesino es su víctima y su protagonista principal.

Un protagonista que se define por su éxodo. En 1992 Christian Gros sintetizaba el éxodo campesino de la siguiente manera: "Los campesinos, atezados entre una guerrilla agresiva que multiplica los asesinatos de supuestos traidores y el ejército que no se queda atrás, huyen en masa" (Gros, 1992, p. 8). Un éxodo ininterrumpido desde la década de los cincuenta que ha vaciado al campo y saturado las ciudades. Encuentro en mis resúmenes de textos de los expertos en violencia un dato de Zamosc, quien menciona que "entre 1951 y 1964 más de dos millones de personas emigraron del campo a las ciudades, mientras que entre 1964 y 1985 casi cuatro millones de personas dejaron las áreas rurales para buscar suerte en las grandes ciudades" (1992, pp. 9-10).

Sigo buscando en mis archivos y encuentro otro texto que habla de la relación entre la violencia, el éxodo campesino y la acumulación de tierras por narcotraficantes, un proceso en apariencia incontenible, avasallador: "Se estima que en diez años ha invertido cerca de cinco mil quinientos millones de dólares y que posee más de un millón de hectáreas, buena parte de ellas en el Magdalena Medio" (Gros, 1992, p. 8). Recuerdo que Alejandro Reyes, en sus primeros textos, indicaba que la dinámica de los conflictos sociales en Colombia podía ser explicada a través de los mecanismos de apropiación de tierras y las modalidades de subordinación y resistencia campesina: "La consecuencia más notable de los procesos de violencia es la expulsión del campesinado y la concentración de la propiedad rural" (Reyes, 1987, p. 40). A su vez, Sánchez y Meertens proponían un giro en los estudios sobre estructura agraria y violencia, tratando de responder a la pregunta "¿en qué medida los conflictos asociados a la violencia han influido directamente en los cambios observables en la estructura agraria?" (1989).

Violencia, latifundio, terratenientes, éxodo campesino, desplazamiento forzado, saturación de las grandes ciudades y auge de las barriadas de invasión, vaciamiento del campo, sometimiento del campesinado y recreación burguesa, un resumen de esta historia del campo colombiano en el que nos hemos aventurado a vivir.

VOLVER A LA FINCA

Saucío comenzó a sentir la atracción centrípeta de la ciudad en crecimiento [...] Pero la carretera y el ferrocarril también encauzaron una corriente cultural en dirección opuesta. El moderno proceso del racionalismo, que desafía lo tradicional, comenzó a penetrar en el vecindario. Algunos antiguos valores, como los de la agricultura, dejaron de ser predominantes; el vestido, la música y las creencias sufrieron algo con el contacto del mundo exterior; los periódicos de Bogotá comenzaron a venderse en la localidad; los maestros de escuela ya no eran del vecindario ni de la comunidad mayor: muchos de ellos se habían capacitado en las escuelas de la capital.

Orlando Fals Borda, *Campesinos de los Andes*

Cuando termina el fin de semana, y en los días en que no hay niebla, desde la loma llena de piedras se ve la carretera principal que permanece constantemente iluminada por los incontables automóviles que regresan a la capital. Cientos de carros suben la cordillera formando una estela de luces que deja atrás la tierra caliente y que desaparecerá inmóvil con el frío de la sabana y el trancón de entrada a Bogotá. Don J. nos cuenta que a veces pasan tantos carros, en especial los puentes, cuando hay operación retorno y habilitan los dos carriles de subida, que no logra atravesar la vía principal para ir a la casa de su señora que vive del otro lado, al frente de Patio Bonito. También se queja de que se ha convertido en una rutina recoger los restos de los perros aplastados por los carros que no paran ni a preguntar de quién era el animalito al que le pasaron por encima mientras dormía al lado del asfalto. Nos dice además que cuando hay operación retorno es mejor no enfermarse y que hay que encomendarse a todos los santos para que uno no tenga que ir en dirección contraria en busca de un hospital.

Pero don J. dice que eso es muy bueno también. Que antes, cuando a los dueños de finca les daba miedo que los *boletearan*¹¹ o que los pararan allá arriba en Mondoñedo para atracarlos, no venían y no había casi trabajo. A él le tocó marcharse a Bogotá y empezar a trabajar en la construcción porque “por aquí la agricultura casi no da”. Nos explica que desde que *limpiaron* toda esta zona de bandidos, ladrones y marihuaneros, la gente de Bogotá ha vuelto e insiste en que “eso es muy bueno”.

Y eso se nota, dice don J., en la carretera. Cuantos más carros bajen y suban, mejor. Nos explica que la carretera ya se quedó chiquita y que por eso ya están haciendo otro carril. La mayoría de los jóvenes de la vereda, y en especial las mujeres, trabajan en los muchos restaurantes que hay sobre la vía. Cuenta que entre semana el ritmo es suave pero que durante los fines de semana los turnos son de diez o doce horas seguidas. La gente que tiene viveros, que vende arepas en el camino, los que tienen fincas

11 En muchas zonas Colombia el concepto *boleteo* hace referencia a una gama amplia de actividades extorsivas asociadas comúnmente a los actores del conflicto armado interno.

para alquilar, los que hacen artesanías, los que venden hamacas, muebles y canastos, los que venden frutas, todos se benefician del aumento del tráfico a lo largo de una carretera que desde Bogotá pasa por Tena, La Mesa, Anapoima, Apulo, Tocaima, Girardot hasta Ibagué. Y todos los que van en carro tienen que comer, quieren beber, meterse en la piscina, comprar un racimo de plátanos que amarran al techo del campero, una caja de mangos o un bulto de naranjas y alguna artesanía para adornar sus apartamentos con un trozo de vida rural. Gran parte de la economía local es una economía de carretera. Y parece que el enorme flujo de vehículos, con sus personas y capitales a bordo, se sumergen en un mundo rural caracterizado por la pobreza, la informalidad laboral y la concentración en la tenencia de la tierra.

Los datos disponibles sobre la estructura agraria colombiana dibujan un panorama similar al que desató la violencia en el mundo rural. Según datos disponibles para el año 2014, en el ámbito rural el porcentaje de personas en situación de pobreza fue del 41,4 %, mientras que aquellas en situación de pobreza extrema alcanzó el 18,0 %¹². De acuerdo con el Censo Nacional Agropecuario, el 72,6 % de los jóvenes entre 17 y 24 años no cuenta con acceso a la educación, mientras que el 11,5 % de la población campesina mayor de 15 años no sabe leer ni escribir¹³. Un artículo reciente sobre los resultados que arroja este último censo resume la situación de la siguiente manera:

Un aspecto preocupante es que el sector agropecuario sigue caracterizado por un alto número de pequeñas unidades de producción con poca área. En contraste, hay una cantidad reducida de grandes unidades con mucha área. Es decir, quedó en evidencia la alta concentración de la tierra¹⁴.

VIVIR EN LA FINCA

O veamos la metrópolis: el horrible, hermoso, repugnante desparramamiento de la gran ciudad. Para muchas personas de las clases altas, la solución personal del "problema de la ciudad" es tener un departamento con garaje privado en el corazón de la ciudad y a cuarenta millas de ella una casa proyectada por Henry Hill con un jardín diseñado por Garrett Eckbo, en un terreno de cuarenta hectáreas de propiedad personal.

C. Wright Mills, *La imaginación sociológica*

There are plenty of things that are wrong with our cities. These things should not be slurred over or forgotten. There are many failures which should be appraised. But why exaggerate? Why imply that the faults are beyond

12 Departamento Nacional de Planeación (2014). Censo Nacional Agropecuario.

13 Departamento Nacional de Planeación (2014). Censo Nacional Agropecuario.

14 Al respecto, véase <http://www.semana.com/economia/articulo/campo-colombiano-en-la-pobreza/438618-3>.

redemption? Why minimize notable evidence of progress? Why ignore the remarkable people and achievements which make our big cities the powerful magnets they are?

Robert Moses, *Are Cities Dead? The Atlantic Monthly*

El movimiento esenio de las ecoaldeas se ofrece como alternativa al "estrés" urbano, a la megamonstruosidad habitacional. Y la esencia del movimiento esenio coincide con la vía campesina.

Mario Mejía, *La agricultura en el siglo XXI, en la perspectiva de vía campesina*

Mientras salimos de la ciudad como parte de esa masa vehicular que don J. intenta cruzar para ir a la casa de su señora, los soldados jóvenes que portan petos reflexivos de color naranja sostienen su arma al tiempo que levantan un pulgar para hacernos saber que todo está bien. Hay que pitar y devolver el gesto. La caravana de ciudadanos puede avanzar segura y con la confianza de que ningún bandolero se atravesará en su camino hacia la finca, el calor, la naturaleza y la piscina. Cruzamos la frontera que nos acerca a la naturaleza sublime y en este trayecto nos vemos atrapados por nuestra creencia de que la respuesta al caos urbano se encuentra en esta suerte de naturaleza prístina que nosotros mismos ayudaremos inevitablemente a pervertir (Cronon, 1995).

Prácticamente todos los fines de semana, durante tres años, repetimos el ritual de pitar al soldado que levanta su dedo pulgar. Ritual que empezamos cuando decidimos construir una casa en Tena para mis padres. El lugar elegido para que hicieran realidad el proyecto al que habían vinculado a cerca de veinte familias, era el Conjunto Agroindustrial Moravia-Conamor, en la vereda Catalamonte del municipio de Tena, Cundinamarca. Mi madre obstinadamente se había empeñado en conservar la parcela de un cuarto de fanegada porque su amigo Héctor Alarcón¹⁵ y el maestro Mario Mejía¹⁶ le habían dicho que aquí el único problema es que hay mucha agua. *Que este es el mejor clima del mundo, que aquí se da lo de tierra fría y caliente, y que solo hay otro lugar igual por allá en Malasia*, como todavía me dice mi madre, orgullosa de no haber dejado vender la loma llena de piedras.

Yo no había vuelto a Tena desde la época en que le tenía miedo a la niebla de Juan Díaz. Entré a la universidad, estudié primero ingeniería civil un año, por aquello de que ya sabía qué era un teodolito y leer planos, me cambié a derecho porque nunca me han gustado los asuntos exactos,

15 Héctor Alarcón, ingeniero agrónomo de la Universidad Nacional de Colombia, es recordado hoy en día por su personificación del *Profesor Yarumo*. Un corto perfil tras su muerte el 18 de mayo del 2012 se encuentra en http://www.federaciondecafeteros.org/pergamino-fnc/index.php/comments/homenaje_a_hector_alarcon_correa_el_primer_profesor_yarumo.

16 Para un perfil de Mario Mejía y la razón por la cual es considerado el "padre de la agricultura orgánica en Colombia", véase Gutiérrez (2013). Para una revisión del desarrollo de la agroecología en Colombia, véase Rivera y León (2013).

al graduarme trabajé en la universidad y en una Corte, me fui del país, como había que hacerlo, estudié un par de maestrías, hice un doctorado, pasaron nueve años, y regresé en el 2009 a Bogotá a trabajar en una facultad de derecho. El vértigo de la vida me llevó a convertirme en un espécimen local del *Homo academicus*. Y, como un fiel exponente de esta especie, seguí la ruta indicada para establecerme en mi nuevo ambiente. Arrendé un apartamento en el centro de la ciudad, disfruté de la creciente gastronomía local y de la oferta cultural, también fui a cenas, conocí gente, salí a la ciclovía de la séptima, fui a mercados de pulgas, di clases, calificué exámenes, impartí conferencias, escribí *papers*, realicé investigaciones, me inserté en redes académicas, aprendí la diferencia práctica entre A1 y C y fui un fiel exponente del buen académico.

Hasta que el vértigo se fue desvaneciendo y el contraste con el mundo que sucede una vez salimos de esta megalópolis anárquica nos fue impulsando hacia la loma llena de piedras. Ciertos factores estructurales de la ciudad contribuyeron de manera notable a buscar en la finca un modo de vida paralelo. Poco a poco me di cuenta de que el temor que suscita la inseguridad ciudadana desvanecía el miedo de la violencia en el campo. A pesar de que conozco el debate en torno al alcance de la inseguridad “real” y la percepción de inseguridad propia de los pánicos morales que despiertan los estridentes noticieros dedicados a la crónica roja, no pude evitar pensar que era más probable un atraco, un fleteo, que un episodio trágico propio de la violencia en el campo. Como lo señala Bauman, en la vida urbana anónima e impersonal, “Los amigos, los enemigos y, sobre todo, los extraños (esos eres esquivos y misteriosos que tan pronto pueden ser amigos como enemigos nuestros), se mezclan actualmente en las calles de la ciudad y las comparten codo con codo” (2006, p. 99).

Empezamos a pensar en lo costoso que supone vivir en la urbe. El precio del suelo de Bogotá es asombrosamente alto. Como lo señala la Cámara de Comercio de Bogotá,

El precio del suelo ha subido más que el precio de la vivienda, y aumentando más que el ingreso de la población en los últimos 7 años, lo cual puede conducir a escenarios especulativos en el mercado del suelo. Es por ello que aunque el ingreso de la población haya aumentado, también ha aumentado la segregación social debido a que los altos precios del suelo reducen la capacidad de acceso a la vivienda. (2014, p. 20)¹⁷

Este panorama nos parecía poco halagüeño en una ciudad que, además, tiene serios problemas de movilidad, de contaminación, de segregación

17 Como lo indica el mismo informe, “Para el año 2014, el Censo Inmobiliario de Bogotá ratificó la tendencia alcista de los precios del suelo y la concentración de los mayores valores por m² en el nororiente de la ciudad reportando precios de m² de vivienda por encima de los \$ 4 millones de pesos e identificando sectores como Rosales, Cabrera, Santa Ana y Chicó en los cuales varios proyectos de vivienda nueva superan el precio de venta a los 10 millones de pesos por m²” (Cámara de Comercio, 2014, p. 18).

espacial y de escasez de zonas verdes. En Bogotá cada habitante tiene 6,3 m² de espacio público verde destinado a la recreación, mientras que "hay 1 201 579 árboles, lo cual significa que a cada habitante le corresponden solo 0,16 árboles o que tenemos un solo árbol para 6,4 habitantes" (Cámara de Comercio, 2014, p. 23).

Y mientras subimos a Bogotá una madrugada de lunes para entrar antes del pico y placa, cuando ya no hay soldados que levanten su dedo para asegurarnos que estamos bien, con M. nos imaginamos la vida en esta megalópolis cuyas luces insomnes vemos en la distancia y los bosques que vamos dejando atrás. Pensamos en el anonimato de las relaciones sociales, en la velocidad de las interacciones, en las expectativas normativas que se derivan de un proceso de hiperespecialización de la división del trabajo social y una compleja organización social dirigida a la reducción de los riesgos (Beck, 1998), y evocamos la lentitud del mundo que dejamos atrás, en sus relaciones basadas en las interacciones personales, en su apego a la tradición y el valor de la comunidad.

Mientras subimos a Bogotá en la línea de carros, M. me pregunta si empezamos a visitar apartamentos para tomar en arriendo. Ya tenemos una lista de las zonas en las que podríamos arrendar, pero no nos decidimos a pesar de que ya se venció nuestro contrato y debemos movernos a otro lugar. M. propone entonces que traigamos el trasteo a Tena y que hagamos la prueba de vivir en la finca por lo menos un mes; si no funciona, si extrañamos la vida urbana, nos devolvemos. Al finalizar el mes no echamos de menos la urbe y decidimos extender la prueba a un semestre. Sabemos que estamos idealizando el paisaje rural y demonizando la vida urbana, pero no nos importa. Decidimos vivir en la finca.

ECOBURGUESÍA Y GENTRIFICACIÓN DEL MUNDO RURAL

La burguesía somete el campo al dominio de la ciudad y crea urbes enormes. Acrecienta en una fuerte proporción la población urbana con respecto a la rural, y rescata a una parte considerable de la población, de la estrechez de miras de la vida en el campo.

Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*

Si la creación de un mundo urbano integrado por una red de ciudades puede ser considerada la primera gran creación del mundo burgués, junto con ella se encuentra la elaboración de un modelo de relación entre ese mundo urbano y el mundo rural. La revolución burguesa del siglo XI creó el primer modelo de un mundo urbano impuesto sobre uno rural, voluntariamente, para mandar sobre él, dirigirlo, neutralizarlo y someterlo.

José Luis Romero, *Estudio sobre la mentalidad burguesa*

Alternative food institutions have tended to cater to relatively well-off consumers, in part because organic food has been positioned as a niche product,

even obtaining the moniker of “yuppie chow”, and in part because many of the spaces of alternative food practice have been designed and located to secure market opportunities and decent prices for farmers.

Julie Guthman, “Bringing good food to others: investigating the subjects of alternative food practice”

Se ha convertido en parte de la rutina diaria de las grandes ciudades observar a personas que trabajan llevando a docenas de perros a pasear, buscando un pequeño espacio verde donde los animales puedan correr y sentirse naturales. También, en las mañanas y al final de la tarde, en ciertas zonas de la ciudad se ven vehículos que recogen a las mascotas para llevarlas a pasar el día en colegios caninos, donde el perro puede “correr, jugar y socializar tranquilamente”, siempre con la exigencia de que “cada mascota debe traer lonchera”¹⁸. Junto a esta suerte de transferencia de las tecnologías de cuidado y formación antropológicas a un animal no humano, coinciden otras prácticas que permitirían hablar de la emergencia de un estilo de vida burgués basado en una transformación de sus relaciones con la naturaleza, los animales y el cuidado del cuerpo. Las huertas caseiras, los jardines verticales en locales comerciales, la proliferación de las tiendas “bio”, la selección de los alimentos que se consumen, la industria de los gimnasios y ayudas tecnológicas para el moldeamiento del cuerpo son algunas prácticas que señalan la consolidación de un estilo de vida burgués particular. Este estilo de vida podría definirse en términos de una ética ecológica burguesa, una suerte de ecoburguesía que desarrolla una tecnología del cuidado del cuerpo que supone una redefinición de sus relaciones con la naturaleza y el mundo rural.

Una tecnología orgánica del yo

En el texto *Tecnologías del yo*, Michel Foucault, señala diversas tecnologías a través de las cuales el ser humano ha desarrollado un saber sobre sí mismo. Estas tecnologías, que son manifestaciones de la razón práctica, se basan en la producción de un saber particular y en la constitución de una subjetividad propia. En palabras de Foucault,

[...] debemos comprender que existen cuatro tipos principales de estas “tecnologías” [...] 1) tecnologías de producción, que nos permiten producir, transformar o manipular cosas; 2) tecnologías de sistemas de signos, que nos permiten utilizar signos, sentidos, símbolos o significaciones; 3) tecnologías de poder, que determinan la conducta de los individuos, los someten a cierto tipo de fines de dominación, y consisten en una objetivación del sujeto; 4) tecnologías del yo, que permiten a los individuos, efectuar, por cuenta propia o con ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre cuerpo

18 Tal y como lo anuncia uno de los muchos hoteles y colegios que tienen como objetivo a las mascotas caninas de los habitantes de clase media y alta de la capital. Véase <http://www.criaderodelasabana.com/index.php/servicios>.

y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad. (1995, p. 48)

Al leer este texto de Foucault pienso entonces en este estilo de vida orgánico, natural, que se desarrolla en la finca, el cual supone una combinación entre una tecnología micro y masiva de producción de alimentos y una tecnología de cuidado del cuerpo. No es este el lugar para intentar mencionar el impresionante desarrollo del conocimiento en torno a la agricultura orgánica, sus ventajas en relación con la producción de antioxidantes, los riesgos que suponen los pesticidas y la búsqueda de sus equivalentes orgánicos, en pocas palabras, el debate científico sobre la distinción entre lo orgánico y todo lo demás (Baranski *et al.*, 2014). Lo interesante, en mi opinión, es que más allá del resultado del debate sobre los verdaderos beneficios de lo orgánico, los efectos producidos por el discurso orgánico nos hacen querer consumir este tipo de alimentos porque creemos que nos ayudarán a ser más saludables, más felices, a prolongar nuestra vida, todo esto a pesar de que suelen ser más costosos (Zanoli y Naspetti, 2002).

Este predominio de una ética de cuidado supone entonces que es el propio sujeto el que se hace responsable de la conservación de su cuerpo, de la definición y desarrollo de una política personal de salud y bienestar que se manifiesta en transformar el acto de alimentarse en un proceso político. Y este proceso político refuerza, al mismo tiempo, la situación de privilegio (Gutman, 2008) de aquellos que pueden acceder a la comida sana, excluyendo simultáneamente al campesino local del acceso a productos sanos que no puede cultivar ni consumir por su precio excesivo. La ética de cuidado es también un privilegio de clase.

El aspecto anterior se articula con una *biopolítica* general que busca regular la manera en que se produce la alimentación masiva en tanto insu- mo fundamental para la conservación y reproducción de la población, así como con una preocupación creciente por el medio ambiente en el que se debería desarrollar dicha población —el cambio climático, el calentamiento global—. En el marco de este proceso general biopolítico se desarrolla una dimensión individual que se articula alrededor de un proyecto de vida buena, con la búsqueda de cierta felicidad, en su combinación con una ética de conocimiento de sí mismo.

La promesa de la vida sana orgánica rescata la concepción del cuerpo como máquina y supone una disciplina peculiar que busca prolongar su vida útil, aumentar sus fuerzas y aptitudes (Foucault, 1991, p. 168), no en función de un régimen exterior de extracción de su fuerza productiva sino, primordialmente, en función de un proyecto personal de prolongación de la vida terrenal, biológica, moldeado por un fuerte componente espiritual. *Agricultura y espiritualidad*, como se titula la obra principal Mario Mejía,

“padre de la agricultura orgánica colombiana”, expresa en mi opinión el contenido de esta tecnología de cuidado de sí mismo basada en *lo orgánico*.

Burguesía y naturaleza

En la sección “Burgueses y proletarios” del *Manifiesto del Partido Comunista* se describe la emergencia de la burguesía y su impacto sobre la historia y la naturaleza. Marx y Engels relatan con admiración la extraordinaria capacidad revolucionaria de la burguesía pues, como ninguna clase social anterior, “en apenas un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas”, las cuales le han permitido lograr “el sometimiento de las fuerzas de la naturaleza”. Este dominio de la clase burguesa sobre la naturaleza se manifiesta en su “aplicación de la química a la industria y a la agricultura” y “la asimilación para el cultivo de continentes enteros” (Marx y Engels, 1969, pp. 29-63).

Es también conocida la tragedia que se esconde tras el furor transformador de esta clase social que domina la naturaleza, que saca de su letargo a las fuerzas productivas que yacen plácidas en el mundo rural, que ha hecho surgir “como por encanto tan potentes medios de producción y de cambio, se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potenciales infernales que ha desencadenado con sus conjuros” (Marx y Engels, 1969, pp. 29-63). La burguesía finalmente siembra los vientos cuya cosecha de tempestades la llevará a su propia destrucción y, por ello, cuando todo se ha desvanecido en el aire, “los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas” (Marx y Engels, 1969, pp. 29-63).

La oposición entre la naturaleza y la ciudad es constitutiva de la clase burguesa. La burguesía somete y se opone a la naturaleza; la primacía de la razón instrumental, con el consecuente desencantamiento del mundo ha hecho “[...] que las criaturas que nos rodean pierdan el significado que correspondía a su lugar en la cadena del ser” (Taylor, 1994, p. 40). Y este malestar lleva a la búsqueda de nuevos horizontes de sentido que forjen una vida auténtica, con significado. La imperiosa necesidad de conservar el medio ambiente, de proteger a la naturaleza, y combatir los estragos que se derivan del cambio climático, del calentamiento global, de la escasez de agua, de la aceptación de que el ser humano, ese mago que ha despertado las fuerzas infernales que lo destruirán, se deriva de la aceptación de que sigue siendo un animal, un ser biológico que necesita de un medio ambiente sano para subsistir¹⁹.

19 Como lo señala Katz, las actuales políticas de conservación de la naturaleza, a través de la creación de reservas de la biosfera y otras estrategias, tienen un especial impacto y significado

Y en este sentido es que creo que se produce una problemática inversión de la relación entre la naturaleza y la burguesía que se manifiesta en procesos distintos pero relacionados entre sí. Uno de ellos es la articulación del discurso ecológico con el discurso multicultural (Escobar, 1999). En este discurso las poblaciones nativas —indígenas, afros y campesinas— pasan de ser sujetos salvajes objetivo de misiones civilizatorias a guardianes del enorme poder que se esconde en la biodiversidad (Wade, 1999), a ser construidos como nativos ecológicos (Ulloa, 2004; Escobar, 2003) depositarios de un saber extremadamente valioso (Caldas, 2003). La *estrechez de miras* del campesino, del indio, del subdesarrollado, ahora es la inmensidad de conocimiento de la naturaleza, las plantas, los ciclos de cultivo. El buen salvaje es ahora el buen campesino que comparte su conocimiento ancestral sobre la naturaleza con el burgués que visita el campo para adelantar un cultivo orgánico que le permita vivir sano, aquel que conoce las propiedades mágicas de ciertos frutos que ayudarán a que su cuerpo dure más en este mundo; comunidades que tienen la clave para encontrar finalmente el santo grial ecológico. La *ecoburguesía* se reconcilia, intenta hacer la paz con la naturaleza y el campesino, como condición ineludible para su propia supervivencia. La *agroecología* rescata el valor de los saberes tradicionales campesinos y fomenta una nueva ética que oriente las relaciones entre los sujetos involucrados en este proceso: "it recognizes and values local wisdom and traditions, creating a dialogue with local actors via participatory research that leads to a constant creation of new knowledge" (Altieri y Toledo, 2011, p. 598).

La tecnología orgánica para el cuidado del cuerpo supone entonces una tendencia hacia la deslocalización material y simbólica de cierto sector de la burguesía como clase. La ciudad ya no es el lugar exclusivo para el desarrollo y florecimiento de esta porción de la clase burguesa. Paradójicamente, en el momento en que la burguesía acepta su condición de ser biológico, la ciudad se convierte en un espacio hostil que el ecoburgués intentará convertir en un espacio verde, ecológico. Esta suerte de *bioplaneación* urbana buscará crear parques, áreas verdes, limitar las emisiones de gases del tráfico rodado, reservará enormes jardines dentro de la ciudad buscando alcanzar la fábula de la ciudad verde y sostenible.

Pero mientras se alcanza este futuro verde y ecológico, la *ecoburguesía* vuelve a dirigir su mirada hacia el campo. Esta vez no aplicará la química a la agricultura; intentará que el campesino deje de usar la química, de fumar y "echar veneno" —como dice don J.— a sus cultivos. Intentará que este produzca la comida que acepta consumir porque la tecnología de cuidado de su propio cuerpo así se lo indica. Pero esta reconciliación

en las poblaciones locales, las cuales se ven compelidas a aceptar un lugar en el mundo racial y culturalmente moldeado, haciendo caso omiso de sus propias "geografías históricas" (1998, p. 47).

no supone necesariamente una transformación de las relaciones de poder que unen al ecoburgués con el campo y el campesino. Los procesos de gentrificación del campo y la reproducción de las distinciones de clase son las consecuencias y presupuestos políticos de las tecnologías de cuidado del cuerpo basadas en la alimentación orgánica.

Gentrificación rural

Un sábado a las 4 p. m., cuando la jornada semanal llega a su fin, nos sentamos en la misma loma llena de piedras con don J. y mientras conversamos sobre lo bueno que se está dando el *mastranto* y el *prontoalivio*, de lo duro que es arrancar el *vetiver*, y como eso prueba lo bueno que es para prevenir la erosión, miramos la enorme y vacía casa del vecino. En la parcela que linda con nuestro predio construyeron hace tiempo una casa sólida, con ladrillo a la vista, con tejas de barro, un parqueadero y una pequeña casa destinada a la vivienda del campesino que debería podar la cerca, guadañar el prado, sembrar matas y cuidar el cultivo. Los dueños no han vuelto y nadie sabe muy bien a qué se debe. Dicen que desde que murió el señor H., quien se afilió *al programa* hace tantos años, nadie ha regresado a ver cómo está esa parcela. Dicen que sus hijos están en Estados Unidos y que a lo mejor ya no se acuerdan de la parcela de Catalamonte. Como dejaron de enviar plata para los jornales, no hay nadie que pode la cerca que se mete en el camino ni el pasto que amenaza con cubrir una casa que se enmontó.

Aunque nos extraña el abandono de la parcela, nos choca más ver una casa vacía cuando a cada vez más vecinos de la vereda se les dificulta conseguir dónde vivir. Entre los latifundios que aún quedan y los minifundios que abundan como fincas de recreo, al campesino local le cuesta cada vez más encontrar una vivienda. La emergencia y expansión del ecoturismo, la adquisición de pequeñas parcelas por parte de ciudadanos para la práctica de la vida sana ecológica y la reserva de ciertas porciones como *lotes de engorde* limitan el acceso a la vivienda de las poblaciones locales.

El precio de la tierra y la vivienda ha subido rápidamente. Mientras que hace cinco años, cuando llegamos, el precio de un arrendamiento en el mercado local alcanzaba los ciento 150 000 pesos, hoy no hay viviendas disponibles por ese precio. Los dueños ciudadanos no arriendan sus casas que permanecen la mayor parte del año vacías y los locales prefieren alquilarles sus casas a los ciudadanos que vienen a practicar montañismo, a montar en cicla por las trochas de la vereda o simplemente a festejar en tierra caliente un fin de semana. Para encontrar vivienda a un precio asequible algunos vecinos han tenido que alejarse de la parte central de la vereda, donde están la escuela, las tiendas y la cancha de tejo, buscando montaña arriba alguna finca que puedan cuidar. Cuando la encuentran, más allá del bosque de eucaliptos, tienen que caminar durante un largo

rato por el camino convertido en placa huella para llevar a sus hijos a la escuela y para ir a trabajar a alguno de los restaurantes de la carretera. La gentrificación rural supone un proceso de desplazamiento de los habitantes locales como consecuencia de la llegada, estable o paulatina, de poblaciones urbanas que buscan en la naturaleza un nuevo entorno para el desarrollo de sus proyectos de vida buena. Es, en este sentido, un desplazamiento suave, casi imperceptible y políticamente correcto.

No hay nada malo en que la gente quiera volver al campo y vivir en la finca. Pero parece que algo anda mal cuando este proceso se adelanta sin tener en cuenta sus efectos políticos, económicos y simbólicos sobre el campesinado. Cuando se hace de espaldas al hecho de su constitución como una *clase objeto*, como una "*clase-para-los-demás* que se impone a ellos como una esencia, un destino" (Bourdieu, 2011, p. 191). Y esta constitución del campesino en un objeto también se relaciona fundamentalmente con su ubicación en un lugar particular de la división del trabajo: "La folclorización, que pone al campesinado en el museo y convierte a los últimos campesinos en guardianes de una naturaleza transformada en paisaje para ciudadanos, es el correlato necesario de la desposesión y de la expulsión" (Bourdieu, 2011, p. 193).

¿UNA UTOPIA REAL?

No es asunto de hoy el que los campesinos, una y otra vez enfrentados a la dominación inescindiblemente económica y simbólica de la burguesía urbana, no tengan otra elección que representar el papel —para los ciudadanos y también para sí mismos— de una u otra de las figuras del campesino: la del campesino respetuoso [...] que habla de su tierra, de su casa, y de sus animales con inflexiones propias de una redacción de escuela primaria, o la del campesino heideggeriano que piensa ecológicamente, que sabe tomarse su tiempo y cultivar el silencio y, por su profunda sensatez, surgida de vaya a saber dónde, asombra a los residentes estacionales.

Pierre Bourdieu, Una clase objeto (¡Paga, campesino!)

These crises are not unhappy accidents of an economy that is simply out of balance, nor do they result from inadequate or excessive regulation or the unjust actions of a few bad apples who let greed get the best of them. Rather, they result from the social relations that define our lives, relations that produce and are produced by particular ways of understanding, knowing, and being in relation to an economy and ecology that we have come to see as natural and inevitable.

Brian J. Burke y Boone Shear, Introduction: Engaged Scholarship for Non-Capitalist Political Ecologies

De pie en la carretera don J. mueve su mano intentando detener una flota que lo lleve a La Mesa para buscar algún taller donde le arreglen la espada de su motosierra china. La motosierra es una de las muchas herramientas

que usa para trabajar en las fincas de los patrones, como la guadañadora, su peinilla, azadones y picas, alguna pulidora y también su caballo blanco Palomo. Desde hace días está atrasado porque no ha podido cortar la leña para la chimenea de los vecinos, ni cortar las ramas de varios árboles que cuando hace viento se enredan con las cuerdas y nos dejan sin luz. La motosierra tiene varios años, se ve antigua, desgastada e insegura. Don J. no encuentra el repuesto, “eso pasa con las motosierras chinas” le explican en el taller, y ahora solo le queda comprar otra, “ojalá alemana”, que tenga una hoja de 65 cm y que vale 1 500 000 pesos que no tiene. Durante mucho tiempo hemos recibido los beneficios de su uso, pero no participamos de su desgaste, ni de los riesgos que supone trabajar con una herramienta defectuosa: ¡Paga campesino!

Y esta anécdota de la motosierra defectuosa intensifica una serie de preguntas que hemos tenido desde que vivimos en la finca y que seguimos intentando resolver ¿Es la relación de patronazgo y jornal aquella que deberíamos reproducir en el mundo rural? ¿Deberíamos conformarnos en la autocomplacencia de decir que al fin de cuentas *estamos dando trabajo y pagando un jornal*? ¿Lo único distinto frente al modelo tradicional de relaciones sociales y económicas entre el patrón y el campesino es que ahora cultivamos *orgánico*? Si bien no tenemos las respuestas a estas preguntas, sabemos que nuestros discursos sobre la vida sana y su relación con la alimentación y la preservación de la naturaleza no son ajenos a las estructuras de clase y raza que condicionan nuestra posición y posibilidades en este entorno social particular (Gutman, 2008b). Por esto mismo, aunque apenas empezamos a articular lo que creemos pueden ser rutas alternativas, sabemos que la clave se encuentra en ir más allá de la crítica para desarrollar prácticas alternativas “in order to foment new desires and foster new political possibilities” (Burke y Boone, 2014, p. 129).

Recogemos a don J. en la carretera y echamos su motosierra en el baúl del carro para llevarlo hasta La Mesa. Durante el trayecto hablamos sobre un esquema de trabajo que le permita participar en los resultados positivos de nuestro emprendimiento más allá del salario que recibe y que, al mismo tiempo, nos transfiera también la responsabilidad por el mantenimiento de unas herramientas que, al fin y al cabo, no queremos comprar porque ni M. ni yo sabemos manejar una motosierra, ni una pulidora. Y aquellas que sabemos usar, como la guadañadora, apenas la pondríamos en funcionamiento una vez cada cuarenta días el pasto ha crecido mucho y no se ve bonito el césped. No nos interesa poseer todos los medios de producción ni tampoco queremos seguir extrayendo plusvalía.

Y mientras sostenemos esta conversación y don J. le dice a M. que eso sería muy bueno porque así puede trabajar mejor en otros lados y contratar a su hermano, que al fin y al cabo es que el usa la herramienta, mientras manejo me acuerdo de un libro que alguna vez un estimado colega

me pidió que tradujera: *Recasting Egalitarianism. New Rules for Communities, States and Markets*. Este libro, editado por Samuel Bowles y Herbert Gintis, es el tercer volumen de un proyecto más amplio denominado *The Real Utopias Project*. Y de los muchos textos sofisticados que leí e intenté comprender, me acuerdo especialmente del artículo de Karl Ove Moene y Michael Wallerstein "Redistribution of Assets Versus Redistribution of Income", en el que, básicamente, sostienen que la mejor manera de lograr un esquema de producción que responda a las exigencias de solidaridad e igualdad y que, a la vez, estimule un mejor desempeño económico, es la redistribución de activos. Mentiría si dijera que esa noche regresé a buscar el libro para leer el artículo y que soy un experto en microeconomía; lo importante es que el mensaje de ese texto que leí tantas veces hace ya tanto tiempo había calado e intentamos llevarlo a nuestra propia situación. Pensamos entonces en asociarnos con don J. y comprar la motosierra alemana con una hoja de 65 cm que le permita trabajar mejor, para él y con nosotros. Si tuviéramos que sintetizar esta apuesta por la construcción de relaciones sociales y económicas entre el campesino y nosotros, ecoburgueses, que se desplieguen más allá de su construcción como clase objeto, acudiríamos y empezariamos por el lenguaje: no me diga patrón, dígame socio y, por qué no, amigo.

BIBLIOGRAFÍA

- Altieri, M. y Toledo, V. M. (2011). The Agroecological Revolution in Latin America: Rescuing Nature, Ensuring Food Sovereignty and Empowering Peasants. *The Journal of Peasant Studies* 38 (3), 587-612.
- Baranski, M. et al. (2014). Higher Antioxidant and Lower Cadmium Concentrations and Lower Incidence of Pesticide Residues in Organically Grown Crops: A Systematic Literature Review and Meta-Analyses. *British Journal of Nutrition*, 112, 794-811.
- Bauman, Z. (2006). *Vida líquida*. Barcelona: Paidós.
- Bourdieu, P. (2008). *Homo academicus*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2011). *Las estrategias de la reproducción social*. México: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bowles, S. y Gintis, H. (1999). *Recasting Egalitarianism New Rules for Communities, States and Markets. The Real Utopias Project, Volume III*. Nueva York: Verso.
- Burke, B. J. y Shear, B. (2014). Introduction: Engaged Scholarship for Non-Capitalist Political Ecologies. *Journal of Political Ecology* 21, 127-144.
- Caldas, A. (2003). *La regulación jurídica del conocimiento tradicional: la conquista de los saberes*. Bogotá: ILSA.
- Cronon, W. (1995). The Trouble with Wilderness; or, Getting Back to the Wrong Nature. En W. Cronon (ed.), *Uncommon Ground: Rethinking the Human Place in Nature* (pp. 69-90). Nueva York: W. W. Norton & Co.

- Escobar, A. (1999). *El final del salvaje: naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Bogotá: ICAN-Cerec.
- Escobar, A. (2003). El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o posdesarrollo? En E. Lander (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 113-143). Buenos Aires: Clacso.
- Fals Borda, O. (1978). *Campesinos de los Andes*. Bogotá: Punta de Lanza.
- Foucault, M. (1991). *Historia de la sexualidad. I La voluntad de saber*. Bogotá: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1995). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Paidós, ICE-UAB.
- Frédéric, R., Dellier, J. y Tommasi, G. (2014). Migration, Environment and Rural Gentrification in the Limousin Mountains. *Journal of Alpine Research | Revue de géographie alpine* [en línea], 102-103, consultado el 2 de octubre del 2015.
- Gros, C. (1992). Los campesinos de las cordilleras frente a los movimientos guerrilleros y a la droga: ¿actores o víctimas? *Análisis Político* 15, 3-23.
- Guthman, J. (2008a). Bringing Good Food to Others: Investigating the Subjects of Alternative Food Practice. *Cultural Geographies* 15, 431-447.
- Guthman, J. (2008b). "If They Only Knew": Color Blindness and Universalism in California Alternative Food Institutions. *The Professional Geographer*, 60, 3, 387-397.
- Gutiérrez, R. (2013). *Colombianos que cambian el mundo. Iniciativas asombrosas al servicio de la gente*. Bogotá: Planeta.
- Housing Assistance Council (2005). *They Paved Paradise. Gentrification in Rural Communities*. Washington: HAC.
- Katz, C. (1998). Whose Nature, Whose Culture? Private Productions of Space and the Preservation of Nature. En B. Braun y N. Castree (eds.), *Remaking Reality: Nature at the End of the Millennium* (pp. 46-63). Routledge.
- Martínez-Torres, M. y Rosset, P. (2010). *La Vía Campesina. The Birth and Evolution of a Transnational Social Movement*. *The Journal of Peasant Studies* 37 (1), 149-175.
- Mejía, M. (2004). *Agricultura y espiritualidad*. Cali.
- Pécaut, D. (1991). Colombia: violencia y democracia. *Análisis Político* 13, 38-58.
- Pécaut, D. (1997). Pasado, presente y futuro de la violencia. *Análisis Político* 30, 1-44.
- Philips, M. (1993). Rural Gentrification and the Process of Class Colonization. *Journal of Rural Studies* 9 (2), 123-140.
- Reyes, A. (1987). La violencia y el problema agrario en Colombia. *Análisis Político* 2, 40-62.
- Rivera, C. y Sicard León, T. (2013). Anotaciones para una historia de la agroecología en Colombia. *Revista Gestión y Ambiente* 16 (3), 73-89.
- Romero, J. L. (1999). *Estudio de la mentalidad burguesa*. Madrid: Alianza.
- Sánchez, G. y Meertens, D. (1983). *Bandoleros, gamonales y campesinos*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Serje, M. (2005). *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Uniandes-CESO.
- Taylor, C. (1994). *La ética de la autenticidad*. Barcelona: Paidós.
- Tovar, H. (1975). *El movimiento campesino en Colombia*. Bogotá: Ediciones Libres.

- Ulloa, A. (2004). *La construcción del nativo ecológico*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH). Colciencias.
- Wade, P. (1999). The Guardians of Power: Biodiversity and Multiculturalism in Colombia. En A. Cheater (ed.), *The Anthropology of Power* (pp. 73-87). Londres: Routledge.
- Weber, M. (1979). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península.
- Wright Mills, C. (2010). *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Zamosc, L. (1992). Transformaciones agrarias y luchas campesinas en Colombia: un balance retrospectivo: 1950-1990. *Análisis Político* 15, 7-47.
- Zuluaga, F. (1981). *Los campesinos colombianos*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

